

Biblioteca de Cuentos
EMI

Colección Sempiterno

TOMÁS ALVA ANDREI

PLANETA
PARAÍSO



Kindle

Título original: PLANETA PARAISO
Autor: TOMAS A. ANDREI
Primera edición: HAWAII - MAYO 2018

ISBN: 9781981024544©

tomasalvaandrei@gmail.com

Todos los derechos reservados
ISBN: 9781981024544

Corrección a cargo de: MARIA GABRIELA AYALA
JOSE ALBERTO GARIJO SERRANO
FRANCISCO ARELLANO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

Este libro está dedicado a todos aquellos que creen en
sí mismos. A los que se animan a lo desconocido. A
los que viven sin miedo. A los que despiertan con
entusiasmo. A los osados. A los libres.

ÍNDICE

LOS PRÓXIMOS MILES DE AÑOS.....	11
PERFECTO CIRCUITO.....	20
EL SABOR DE LA VIDA.....	31
UN AVE BORDADA A MANO	36
LÁGRIMAS DE UNICORNIO.....	46
LA ISLA DEL FRUTO DORADO	52
UN RESPLANDOR METÁLICO	62
LA CORBATA DE SEDA	70
PLANETA PARAÍSO	
Parte I.....	81
Parte II	103
Parte III.....	136

*Busca más allá de donde tu ser dormita,
donde se agita la hierba que te pierdes
en la inagotable pradera que no habitas,
aventúrate a tu propio riesgo
y sé dueño de lo nuevo sin pasado,
sé un caballo alado aunque no exista,
haz así, un llano de tu abismo
y sobrevuela con una visión nueva,
la inmensurable fuente de la vida.*

-María Gabriela Ayala-

LOS PRÓXIMOS MILES DE AÑOS

Nos deslizábamos por la carretera en el automóvil familiar de papá como una canica que viaja suave y veloz por un piso de baldosa recién encerado.

Apenas comenzábamos el largo viaje que habría de mostrarnos el principio y el fin de todos los colores.

Atesoraba en mi memoria millones de momentos idénticos a este, con los mismos olores y las mismas conversaciones. Los ojos de papá nos cuidaban a través del espejo retrovisor. La radio que siempre sonaba de fondo, nos hacía divagar por alguna energía familiar ya conocida. Mamá viajaba delante con su peinado alto y rizado que pendía suavemente colocado sin tocar la parte superior del vestido azulado que llevaba esa tarde. De vez en cuando giraría hacia el pequeño Lucas y la niña Sara y sonreiría como si lo único que existiera en todo el universo fuera ese preciso y único instante... y duraba por siempre.

Yo, el mayor de los hermanos, gozaba de una perspectiva particular desde mi asiento regular, en el lateral izquierdo.

Arrojé a Sara para que no tuviese frío, había cerrado los ojos y parecía dormida, sumergida en un sueño que llevaba, casi aleteando, un sonido de fondo notable; de ruta y de viento.

Pude sentir la brisa en mi rostro como se siente una gota de lluvia fría. Me sentí más vivo que nunca. Disfruté ese santiamén como la vez en que comí por vez primera una exquisita fruta jugosa en un día de furioso calor. Esas siestas de estío inolvidable, tirados en la playa, escuchando el sonido de las olas cayendo sobre sí mismas, esperando hasta el atardecer para llevarnos el aroma de la tibia arena pegada al cuerpo.

Tengo las más claras memorias de una tierna época en la que Sara aún no había nacido. Jugábamos interminablemente en la piscina con el pequeño Lucas mientras los adultos descansaban después del almuerzo. Intentábamos no hacer ruido, y si por casualidad gritábamos sin darnos cuenta o se nos caía algo al suelo, corríamos a toda velocidad entre los largos pastizales hasta saltar la cerca que daba al asfalto, donde ya no existían las reglas.

Los domingos durante el atardecer, papá intentaba encender el fuego para hacer la comida y mamá cortaba y alineaba las ensaladas. Pronto nos llamaría a comer y saldríamos de la piscina de un salto, llegaríamos a la mesa completamente mojados y nos colocaría una toalla seca en los hombros para que no tuviésemos frío.

Decidí romper el silencio.

—¿Puedes encender la radio? Quiero saber qué está pasando allá afuera. Siento que algo no va bien.

Papá relajó los dedos por unos segundos mientras sujetaba el volante.

—Hijo, ya lo hemos discutido. Lo mejor es conducir sin mirar atrás. Ya no importa lo que le suceda a este lugar —las calles se encontraban totalmente desiertas.

Papá miró por el espejo retrovisor y vio que Lucas y Sara aún seguían completamente dormidos. Yo creo que en el fondo ellos sabían más que nosotros acerca de lo que estaba sucediendo y se adelantaron a dormir para descansar y estar preparados. Al igual que un perro que se esconde bajo la mesa con las orejas gachas antes de una fuerte tormenta, anticipándose a los truenos y relámpagos.

—Creo que deberíamos saber lo que sea que vaya a sucederle a este planeta —dijo mamá llevando su mano al aparato electrónico. Presionó un botón y subió el volumen.

Se escuchó una interferencia. Papá apretó el acelerador.

Nos habían indicado la salida de escape por los caminos antiguos. Eran rutas no permitidas pero dadas las circunstancias no habría quien nos detuviera.

El mundo había llegado a su fin, por lo menos lo que conocíamos como mundo.

Mamá buscó emisora por emisora hasta que se escuchó algo, unas palabras entrecortadas. Los tres hicimos silencio y escuchamos lo que decía la voz del hombre que salía por los altavoces del vehículo.

Recuerdo el sonido de mis gotas de sudor

estallando contra el piso. Me sequé la frente.

El continente europeo había sido totalmente devastado por la naturaleza. Se había visto envuelto en bolas de fuego y explosiones colosales que arrasaron ciudades enteras de la misma manera que una cortadora de césped desmocha a la mitad un parque entero. La gente se refugió y corrió por todos lados, pero no hubo lugar que no haya sido asolado. En África, una desmedida ola tsunami había arrastrado las vidas de mujeres y niños, de hombres valientes. Todo había quedado sumergido bajo el océano desconocido.

Según informaba tembloroso el hombre que rugía despiadadamente desde las antenas terrestres, a través del aire cálido, y por último, casi a la velocidad de un chasquido, por los circuitos del aparato de radio para expedirse firme en la voz del locutor; se aproximaba otra lluvia inhumana de meteoritos.

El hombre de la radio continuó, y con su voz describió el maravilloso pero tétrico episodio acaecido en las paradisíacas islas Hawaianas en las últimas horas. Una lluvia de asteroides con destino a Japón iluminó la noche y apagó las estrellas. Los cielos se encendieron de fuego y ardieron, las llamas abundaron y las vibraciones se sintieron en los huesos junto con el calor del viento que despidieron los cuerpos rocosos que rozaron, de manera casi mágica, la atmósfera del archipiélago. Finalmente, durante el atardecer, mientras la multitud se congregó en las costas y bailó despidiendo al sol, al sol y a la vida, un asteroide de un desmesurado tamaño se incrustó contra el espacio oceánico

dejando al conjunto de islas completamente bajo el agua y a toda la población con el recuerdo de una ola gigante cubriéndolo todo con su altura, acercándose, bramando arrasadora.

Por último, la voz, ahora cautivante, recomendó tomar las rutas viejas y escapar hacia el centro de la Tierra.

Mamá y papá se sintieron a salvo por unos instantes. Faltaba mucho por recorrer, pero se habían asegurado de cargar el combustible suficiente para realizar la distancia necesaria.

Aún nos faltaban algunos kilómetros para despedirnos de las arenas y del agua, de los incontables frutos y colores que nos ofreció este planeta, de los aromas más intrigantes. Lo perderíamos todo en cuestión de minutos.

La pequeña Sara era la que había vivido menos tiempo de todos nosotros. Lucas tenía casi diez, pero habíamos vivido tantas aventuras juntos que contaba como una existencia de vejez sin problemas, y podía decir que era un niño feliz, que ya había disfrutado un cúmulo de calor y de frío. Mamá y papá eran los que más tiempo habían pasado en la superficie. Habían crecido en un mundo amenazado por los desastres naturales y los súbitos cataclismos que acechaban día y noche sin discriminar.

Sara despertó.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó.

Mamá miró hacia atrás y contestó.

—No sabía que estabas despierta, hija.

—Lucas, ¡despierta! —exclamó Sara de manera

quejosa.

Lucas despertó con los movimientos y las palabras de su hermana.

—Mamá, ¿dónde estamos? —preguntó Sara mientras abría los ojos.

—Pronto dejaremos el auto para despedirnos —expresó con su voz más fría.

—¿Despedirnos? —replicó Sara con duda.

Papá arrebató la intriga que se sentía dentro del vehículo.

—Viajaremos al centro de la Tierra. Ya no volveremos a subir. Será la última vez que veamos y escuchemos algo de la superficie.

Mis hermanos me miraron en busca de un refugio, alguna explicación que pudiera dar más sentido a lo que estaba sucediendo. Pero yo no supe cómo mirarlos.

Llegamos a un túnel oscuro. Papá detuvo el automóvil y salimos a respirar la fresca terminal que abrazaba el momento. Había un cartel grande que anunciaba el comienzo de la ruta en dirección descendente. Otro cartel mucho más grande advertía acerca de la temperatura y su incremento en la profundidad de la carretera.

Nos incorporamos los cinco como en una fotografía de postal y miramos el Sol por vez última. Recordé la cantidad infinita de veces que me vi iluminado por él, dando por hecho que siempre estaría allí, que nunca tendría que despedirme, que no llegaría a esto. Casi en cámara lenta, lo veo esconderse en las tardes de soledad con alguno de

mis libros.

Lo que aconteció después fue una situación propia de este mundo lleno de espontaneidad. Vi a papá acariciar el momento con sus dedos, intentando retener el sentimiento. Lo vi abrazar a este planeta como nunca antes, a darle las gracias y a no esperar un saludo de vuelta. Lo vi comunicarse con la tierra y el cielo en un mismo acto, el arriba y abajo.

Supongo que debió pensar en los viernes de pelota con sus amigos, en su novia de la infancia, la casa en la que se había criado, y en quién sabe qué otras cosas pueda llevar un hombre de unos cincuenta años dentro de él.

¿Cómo hace uno para despedirse por siempre de algo tan fabuloso como este planeta? Los mares y las montañas, las mañanas y las noches, las poderosas tormentas, los animales y los insectos. Todo habría de perecer tarde o temprano. Quizás no las poderosas tormentas.

Miré las nubes y las disfruté con un amargo deleite, como nunca antes lo había hecho. Eran realmente hermosas, fabricadas con aerosol de gomaespuma, pinceladas por algún dios pintor amante de obras descomunales

Mamá se había arrodillado en los pastizales. Tenía sus manos abiertas y acariciaba el verde de manera infantil. Se recostó en el limbo de sus fantasías terrenales y jugó a revolcarse por la colina, a olvidar todo lo que había deseado en esta vida, a renunciar a un futuro de cuento. Luego se dirigió a una hamaca que yacía oxidada a unos metros y se balanceó por un tiempo.

Sara y Lucas no habían prestado tanta atención a la consigna de despedirse y estaban dando vueltas por el lugar, sin entender la dimensión de la realidad, sin entender que solo volverían a sentirse vivos en películas.

Papá se secó unas lágrimas de sus ojos y al fin dijo unas palabras.

—Bueno, creo que es hora de irnos.

Mamá se acercó y dijo con una voz tan particular, un tono que nunca más volví a escuchar:

—Sí, vámonos ya de una vez.

El cielo y los árboles parecían inmóviles, pero en cualquier momento les alcanzaría lo peor de la catástrofe.

—No deberíamos quedarnos ni un segundo más —concluyó papá con el tono diminuto.

—¡Vamos, vamos! Arriba —agregó mamá. Ella siempre cuidándonos.

Subimos al automóvil.

—Creo que deberíamos escuchar la radio por última vez —propuse sin pensar.

Papá encendió la radio. El hombre continuaba hablando y relatando lo sucedido en cada continente. La mitad de América estaría por desaparecer en cuestión de segundos. Un gran último meteorito colisionaría haciendo volar mitad del hemisferio en pedazos.

Dejamos de escuchar la voz de la radio para escuchar solo ruidos estáticos.

A lo lejos percibimos un sonido parecido a un millón de truenos.

Mientras nos dirigíamos al túnel que teníamos a pocos metros, vimos a través del parabrisas un desastre que se aproximaba. A mí me pareció ver una suma de luces blancas volar hacia las alturas en forma de serafín.

En cuanto nos adentramos en el camino de oscuridad, noté que ya no había árboles, ni brisa, ni pájaros, ni reflejos, ni destellos, ni sonidos del exterior.

Así serían los próximos miles de años.

PERFECTO CIRCUITO

Las siempre peligrosas formaciones de rocas eléctricas nos habían desviado de curso y cada impacto, por pequeño que fuere, amenazaba con derribarnos y hacernos volar en pedazos.

El capitán Jones nos dirigió la mirada con cierta confianza mientras intentaba retomar el eje de la nave.

—Demonios, Hollis. ¿Cómo vinimos a parar directamente al centro de la tormenta? —lanzó el doctor Herbert.

La nave se sacudía hacia arriba y hacia abajo mientras se deslizaba a máxima propulsión por alguna esquina desconocida de nuestra galaxia.

—Rápido, revisa la ruta que la teniente Hollis está trazando en el ordenador de mando. Dime exactamente cuánto tardaríamos en alcanzar el punto señalado —me dijo Jones mientras luchaba incesantemente contra las piedras.

Sentí admiración por nuestro capitán. Pilotaba la nave metálica sin dejarse llevar por el miedo a morir.

Miré el mapa que la teniente analizaba en la

pantalla de control número tres. Su sonrisa eterna me sorprendió, una vez más, entre tanta presión, inquietud, luces rojas prendiéndose y apagándose, alarmas chillando y maniobras bruscas.

—Gracias, Hollis —le dije a la teniente mientras me echaba su mirada de miel.

La chimenea de hadas de la cual intentábamos escapar se había vuelto mortal con el pasar de los miles de millones de años orbitando entre las constelaciones y los agujeros negros. Las mismas rocas que golpeaban la nave, y nos hacían a todos sentirnos tan frágiles como un hilo rojo, habían estado por miles de lugares y habían recorrido los escondites más coloridos del cosmos. En esto último se parecían bastante a nosotros, los integrantes del “V Explorador”.

—En siete u ocho minutos estaríamos fuera de peligro —contesté después de analizar el mapa.

—¿Qué hay del combustible? —preguntó el doctor mientras se sujetaba con fuerza al asiento para evitar ser despedido fuera de su lugar.

—El combustible que quemaríamos no sería significativo. Creo que debería tomar la decisión, capitán, si me permite —le propuse a Jones.

—Estoy de acuerdo contigo. Huyamos de esta maldita tormenta y brindemos en unas horas con mi mejor bebida.

—¡*Aleluya!* —exclamó el doctor Herbert.

—¡*Aleluya!* —exclamó la teniente Hollis.

Logramos reducir la velocidad y la altura, aun a pesar de las condiciones físicas, y evitar la próxima

lluvia frontal de electro piedras. Los tres respiraron con alivio en cuanto di el mensaje de estabilidad.

El frente se veía despejado para los próximos días.

Las cuatro misiones anteriores habían fracasado por completo en manos de los exploradores que intentaron la hazaña.

El nivel de peligrosidad era alto según mis indicadores. Debíamos acercarnos al Sol, lo máximo posible, colocar el dispositivo en la trayectoria indicada y huir antes de que se retorciera la nave y los metales se fundieran como hojas de papel lanzadas a la hoguera.

Fracasar y morir en el intento era algo que estaba dentro de las posibilidades. Los cosmonautas precedentes se habían hecho cenizas en una mala maniobra.

El mismísimo brillo del Sol puede llegar a ser tan cautivante, que si te acercas demasiado, su ser se apodera de ti; luego te pierdes en él. Cuando quieres salir, ya eres polvo espacial.

Nuestro capitán había nacido en un pequeño pueblo y se había criado sin hermanos. Su padre fue de los primeros cartógrafos espaciales en recorrer galaxias cercanas. Voló por el espacio en varias misiones programadas mientras su esposa e hijo esperaban su regreso. Fue la nave que condujo en la última expedición la que cambió su vida y la de los tripulantes para siempre. Un agujero negro de gran tamaño los había desviado de curso y obligado a permanecer en un planeta de lagos sólidos. Cuando

finalmente regresó habían pasado más de cuarenta años.

Durante uno de nuestros ciclos nocturnos nos sentamos a beber juntos y me contó su historia. Degustamos un whisky añejo que había traído con sus pertenencias y que decidiría, en un acto de generosidad, compartir conmigo. Qué ironía.

Además, trajo más de doscientos libros en su equipaje; algunas veces entro a su cuarto sigilosamente y tomo alguno de ellos para olvidar la distancia y acercarme un poco a las historias terrenales. Mis preferidos son los de Julio Verne, aunque admito que son los únicos que he leído hasta ahora. En los ocho años que habíamos recorrido el espacio solo había sentido el frenesí de la sangre en mis venas en sus mejores y más extraordinarias novelas.

Contábamos también con la amplia experiencia del doctor Herbert, que era también programador de la nave y mi mejor amigo.

Durante los meses anteriores al despegue, el doctor me había enseñado la totalidad de los circuitos, aplicaciones y sistemas operativos de los cuales debía ser consciente.

En los días más tranquilos de viaje jugamos al ajedrez. Llevamos la cuenta de los partidos jugados en una pizarra de tiza. Fue necesario esconder el tablero y las piezas para subir a la nave, ya que no estaban permitidas a bordo por estar construidas a máquina biológica en madera de nogal, un material altamente inflamable.

—Jamás lo descubrirían —aseguró el doctor

Herbert antes de abordar—. Y, si lo hacen, ¿qué importa? No irán a cancelar la misión por unas simples fichas de tablero —concluyó riendo.

Por último, nos acompañaba, gratamente, la luz de mis ojos dentro del transportador metálico, la teniente Hollis. La espiritual del grupo. La voz más suave y comprensiva.

Ella era la única capaz de calmarnos en momentos de exaltación, la que nos rodeaba de paz cuando extrañábamos nuestros hogares y deseábamos volver a nuestras casas de ladrillo y calles de asfalto, a los murmullos de una sociedad compleja.

En una de las tantas misiones de rutina, el capitán, cuya mirada siempre había permanecido intacta y al frente, se encogió y, como un niño con frío bajo la lluvia, se quebró por dentro.

—Extraño el verano —declaró Jones—. El mar y las voces de mis hijos jugando en las olas. ¿Cuántos días han pasado? ¿Cuántos años?

—He perdido la cuenta —respondió Hollis.

—Yo echo de menos el viento y la lluvia. Daría lo que fuera por estar en un fuerte temporal —agregó Herbert con los ojos llenos de olvido.

Sus palabras fueron arrastradas por el silencio y la lejanía de una nave de gran tamaño.

—Aquí arriba uno pudo olvidarse de que existe la lluvia —expresé pensando en voz alta.

—Es como si estuviéramos dentro de una cápsula de vidrio, donde el tiempo no avanza, en una dimensión lejana, atrapados eternamente sin poder escapar —señaló Herbert—. Esta nave sí que es de

locos.

—Puedo escuchar el sonido de la tormenta, el rugir de los truenos y relámpagos —agregó Hollis, siguiendo el juego de la imaginación.

El capitán miró hacia el lado de la memoria.

—Daría lo que fuera por encontrarme en el patio de mi casa, totalmente mojado, sacudido por las ráfagas de algún temporal, para luego entrar con frío a la casa y darme una ducha caliente mientras miro el paisaje alborotado y movido desde la ventana pequeña del cuarto de baño. Echo de menos el sol que sale después, y ese primer canto de los pájaros que nos dice que ya podemos salir, que se ha alejado el desastre.

Los cuatro nos quedamos en silencio por unos minutos, imaginando nuestro mundo desde el silencio del espacio.

Esa noche la teniente rompió con la pesadumbre trayendo su instrumento criollo. Cantaría canciones del pasado que había escuchado en viejos archivos de su abuelo.

Apagamos las luces de la nave.

Nos acostamos alzando la vista hacia el vidrio que rodeaba la parte superior de la nave, regalándonos una vista luminosa que daba paso a estelas de asteroides y a los fuegos del universo entero. Juro que durante esos instantes me sentí vivo, enteramente maravillado por el poder de la oscuridad y la infinitud que esconde el universo. Hollis tocó el instrumento con sus suaves manos y nos cantó encantándonos con su dulce voz. Vi al capitán mirar las estrellas con ojos de artista.

Permanecimos acostados, con la mirada clavada en la amplia vista. Observé el verdadero color negro del espacio cercano, esos grises que esconde y todas sus excentricidades de tinte rojizo y amarillo. La nave se encontraba en completo reposo, sin causar el más mínimo sonido ni movimiento. Pero si forzabas la vista, se podía apreciar a lo lejos pasar algún grupo de pequeños asteroides o estrellas fugaces.

Estábamos cada vez más cerca del Sol.

Faltaban días para el momento esperado. Nos habíamos estado preparando desde aquel brusco despegue. Llevo en mi memoria la cuenta interminable. Los motores rugieron y las múltiples explosiones nos expulsaron hacia una verdad universal.

Vi por la ventana los mares y las montañas, los océanos y las luces que resplandecían en alguna ciudad en la otra mitad del mundo que aún permanecía bajo el velo de la oscura noche.

Sentí que dejaba todo en ese planeta, y que era el lugar a donde pertenecía. Antes de marcharme, escondí en algún lugar una pequeña caja de madera que enterré con todos mis recuerdos; una lista de los mejores momentos de mi vida. La escondí para que nunca los pudiera olvidar. Deseaba volver después de una década de viajes por la galaxia y desenterrar la caja para abrirla y sentir esas vivencias nuevamente. Pensé que los años seguramente me harían alguien diferente. Intenté imaginar cómo sería el yo que abriría esa caja muchos años en el futuro.

Había algo en el paso del tiempo, en el paso de los

años... que me hacía desconfiar de mí mismo.

Llegó el día que imaginamos durante los últimos noventa meses. El calor se apreciaba de una manera desconocida.

He estado cerca de motores ardientes y de llamas brutales, pero no existe nada igual al Sol. Estando a miles de kilómetros aún, la luz de su ser nos entró de lleno por la mirada y el alma.

Encaminamos la nave hacia el punto de colocación del dispositivo solar. Tan solo contábamos con unos minutos para llevar a cabo la tarea.

Uno de los indicadores de mi sección marcaba que se aproximaba una ola de densas llamaradas en nuestra dirección.

—Capitán, debemos salir cuanto antes de esta maldita cueva de calor —dije al observar los datos en mi ordenador.

No hubo realmente tiempo para reaccionar.

—¡La nave no aguantará! —exclamó el doctor Herbert.

El miedo fue real, jamás imaginé que el calor pudiera ser tan violento y negador.

La nave parecía no soportar mucho más tiempo. Sus extremos comenzaron a doblarse, de manera lenta pero rápida a la vez, a la misma velocidad en la que avanza despiadadamente la lava de un volcán en bajada.

—¿Cómo se encuentran los indicadores de temperatura? —me preguntó el capitán

—Demasiado por encima del nivel, capitán. Perderemos los escudos de resistencia. Debemos

alejarnos de inmediato —dijo increpante.

—Hollis, apaga motores de segunda y tercera línea. Herbert, activa emergencia de localización. No queremos que piensen que nos perdimos si no llegáramos a salir de aquí —dijo el capitán con seguridad.

—Sí, capitán. Ya mismo —dijo Herbert desde su asiento.

—Hollis, es tu turno. Enciende los motores de primera y cuarta línea. Sácanos de aquí —ordenó Jones. Pero antes de que terminara de hablar, se sintió un cercano estallido de calor.

Una pequeña granizada de rocas de magma sacudió el cohete y penetró en uno de los motores principales haciéndolo estallar, arrojándonos en picada hacia lo más profundo de nuestro Sol.

El fuego nos reprimió como la electricidad reprime la piel humana y le quita todo su encanto.

La teniente Hollis tenía su rostro completamente rojo. Miré a Herbert y vi en sus ojos una preocupación resignada, como si ya supiera que no habría salvación al final del túnel.

El capitán se apartaba los pelos de su frente completamente mojados por el sudor mientras luchaba para retomar el control perdido de la nave.

Ante tanta emergencia no había tenido tiempo de pensar en mí y por primera vez desde que la temperatura se había elevado abruptamente, miré mi propia mano.

La vi derretirse.

Nunca pensé que mi piel llegaría a desintegrarse a causa del calor.

Después de que la piel desapareciera por completo observé algo que me confundió aún más. Había cables y metales dentro de mí. No había venas ni huesos.

Un perfecto circuito.

El calor se apoderaba de los hilos de bronce que recorrían todo mi organismo metálico.

En una placa debajo de mi brazo izquierdo, sobre la piel derretida, pude ver la marca de mi fabricante, *Kaiser*.

Emití un sonido de corto circuito mientras mi mente y mis recuerdos producían chispazos en forma de lágrimas.

La teniente Hollis empalideció al ver mi asombro y mi consternación.

Pero yo no supe que hacer. No supe qué extrañar o qué olvidar. Nunca detonaríamos el dispositivo ni volveríamos con éxito a la Tierra, a esos paisajes que tanto me habían intrigado, pero que jamás había visto más allá de los cobertizos donde fui creado y configurado al parecer de algún programador.

La caja con mis recuerdos permanecería enterrada en algún lugar inexistente de mi memoria.

Intenté recordar mi planeta, pero no había casi nada dentro de mí. Nunca había tenido una infancia, ni padres, ni amigos. Probablemente había sido creado por algún ayudante en un verano intenso de mayo.

Las múltiples chispas que brotaban de mis orejas, el centelleo que provocaron las convulsiones de electricidad y el falso miedo a la muerte que salía de mis pupilas formaron parte de los últimos momentos

que pasé junto a la tripulación del “V explorador”

En un abrir y cerrar de ojos lo vi al capitán con su botella de whisky en la mano, alzándola a lo alto, dándome una palmada en la espalda, al doctor Herbert abrazarme entre lágrimas, entregándome el rey de su tablero de ajedrez, y por último la vi a la eterna teniente Hollis agitar su mano en el aire, tocando una de sus canciones del pasado para mí.

EL SABOR DE LA VIDA

Después de divagar en círculos por más de dos horas, llegué a la conclusión de que estaba totalmente perdido. Mis pies amenazaban cansados. El camino de asfalto, en una sigilosa distracción, se había convertido en un camino de tierra.

Se escuchaba, claramente, el sonido de la brisa que abrazaba el sendero por el que me deslizaba, ya con desesperación. Las enredaderas se cruzaban por mis pies y me apuñalaban causando un cierto placer. Escuché diversos tipos de cantos de pájaros; algunos de esos cantos venían de mi memoria.

Recordé una extraña sensación que tuve a los seis años. Me perdí en la playa junto a la laguna. Seguía a mi padre unos pasos atrás y en una ola que reventaba a lo lejos lo dejé de ver. Por un tiempo caminé sin saber dónde estaba ni adónde iba. Me vi solo por primera vez en la vida. Mi padre y mi hermano mayor estuvieron gritando mi nombre y corriendo por toda la arena desesperados. Miraron hacia el mar. Por fin aparecí al rato y sólo fue un buen susto.

Continué recorriendo la franja arbolada, miré una rosa en particular.

Esta rosa era hermosa. Me detuve a olerla. Me trajo el recuerdo de la adolescencia en el verano junto a mis amigos, con el bañador húmedo... de las noches con seres que ya no veo. Me devolvió el espíritu de los últimos sesenta años.

En cuanto pude reaccionar, volví al sendero de árboles y fuertes ráfagas.

El cielo se veía cada vez más rojo y las cosas que veía en el camino habían perdido la forma de todos los días. Los colores de la vida a mí alrededor se habían saturado de una manera que mi mente no lograba explicar.

Indagué a través de ese mundo mientras las agujas del reloj hacían todo lo posible por detenerse en un acto de trampa. Llegué a un arco de madera que cruzaba la calle de punta a punta, como esos que se encuentran cuando uno entra a una ciudad o a un pueblo. En letras talladas a mano se podía leer:

La Tranquilidad

Se había vuelto oscuro y ventoso. Todo me parecía igual. Me ensimismé en la búsqueda de una salida. Me vi amenazado por el paso del tiempo y las arrugas de mis manos, mi cara.

Me encontré en un lugar extraño, con los aires agitados y los cielos ametrallados de bronce. Una pequeña casa de madera asomaba detrás de una curva que se veía a poca distancia.

La figura de una persona a lo lejos me devolvió

algo del aliento que se había esfumado en mí. Su sombra me hizo notar que llevaba puesto un sombrero sobre la cabeza y, sin ver con claridad sus ojos, noté que me miraba fijo. Me acerqué a paso lento.

Otro cartel tallado en madera, un poco más pequeño, me recibió antes de llegar:

Todos Bienvenidos

Por fin, a unos pocos metros, pregunté:

—Discúlpeme, ¿me podría decir dónde estamos?

—¿Cómo dice?, ¿realmente usted no sabe dónde está? —me increpó mirándome fijamente con sus pupilas atacantes.

—Pues no, no lo sé —admití—.

—Por alguna razón que aún desconozco, usted se encuentra en La Tranquilidad —respondió con cierta serenidad.

—¿Qué es ese nombre? —pregunté confundido.

—Es la comuna en la que vivimos aquí.

—Jamás he escuchado hablar de este lugar, tengo que confesarle —agregué.

—Esta casa en la que tengo mi brazo apoyado en este mismo momento, esta casa, fue la primera de toda la comuna en ser construida —miró su casa con cierta admiración y nostalgia—. Aquí frente a sus ojos, en La Tranquilidad.

—Yo lo comprendo perfectamente, créame. Pero entienda usted que nunca había oído hablar de un lugar como este. Sobre todo por sus colores y formas.

—Bueno, esta comunidad que tenemos aquí, usted verá, es... algo exclusiva. ¿Cómo llegó hasta aquí?, ¿fue caminando?

—Simplemente llegué. No lo puedo explicar. Estuve perdido por horas hasta que me encontré con usted. No sabía qué hacer. De hecho, sigo sin saberlo.

—Bueno, tranquilícese hombre, que llegó a un buen lugar.

—Me alegra escucharlo —contesté con algo de paz.

—Tengo que decirle, igualmente, que tengo dos noticias para usted.

—¿Dos noticias?, ¿de qué noticias me habla? —pregunté.

—Sí, dos noticias, como le digo. Una buena y una mala —declaró con las manos dentro de sus bolsillos, como si hubiera hecho esto numerosas veces.

—¿Una buena y una mala? Dígame de una vez entonces —dije ansioso.

—La buena noticia es que aquí usted puede cumplir cualquier sueño. Deje volar su imaginación y llegará a donde quiera. Tan lejos como se lo proponga.

—¿Y, la mala? —pregunté siguiendo su juego.

—Bueno, la mala es que una vez que usted llega aquí, una vez que conoce este sitio, ya no se puede marchar.

—Yo soy libre de hacer lo que me plazca —contesté soberbiamente.

—Verá que no funciona de esa manera, y no se lo

digo por mí, sino por las maravillas de este lugar. Aquí, usted no volverá a sentir aburrimiento. Le aseguro que este lugar tiene una clave poética que ni en sueños podrá reconocer —miró hacia el horizonte—. Y aquellos que se han marchado, añoran esta luminosidad por el resto de su vida.

Lo miré con un tanto de esperanza, creí en todo lo que no había creído nunca.

El hombre del sombrero continuó:

—¿Le puedo hacer otra pregunta? —asentí con mi cabeza—. ¿Usted se cruzó con la rosa, verdad?

—¿Qué rosa? —pregunté.

—La rosa en el camino —contestó.

—¿Por qué pregunta?

—Solo una inquietud —y rió dándome una palmada en el hombro.

Me recosté en el limbo de mis recuerdos, cansado, listo para morir. Qué regalo perfecto.

En un abrir y cerrar de ojos me encuentro junto a la rosa; siento el sabor de la vida.

UN AVE BORDADA A MANO

Cenábamos con mamá en la galería de piso de madera a la luz de la vela. Traía en sus dulces manos con olor a infancia, varios platos calientes que apoyaría sobre el mantel de tela a cuadros.

En las noches de calor comíamos en el corredor lateral, a la vista de quienes pasaran por el frente de la casa. El alumbrado que venía de los faroles de la calle reflejaba un dorado nostálgico en los platos de porcelana. La brisa se paseaba por el porche y escuchábamos un silbido sin preocupaciones, un silbido amable, que en días de aflicción extraño en lo profundo de mi retina olvidada.

Nos habíamos acostumbrado a cenar con el ruido de la vida que aullaba al aire libre, las bicicletas pasar, las voces de los niños jugando en la vereda y los gritos de sus madres llamándolos a la hora de la cena. Carol, la vecina de vestidos largos, pasaría a visitarnos todas las tardes a eso de las siete, mientras preparaba la comida para su familia. También me resultaba curioso el vecino de la casa de piedra a la vuelta de la esquina, que cortaba flores de su jardín

todas las mañanas para decorar los maceteros naranjas de la manzana.

Y en todo ese murmullo, yo miraba el cielo, esperando a papá que vuelva en su cohete.

Los sonidos de una noche calurosa nos acompañaban mientras llevábamos la comida a la boca.

—¿No vas a comer más? —preguntó mamá.

—No tengo hambre —contesté con la mirada aún clavada en las estrellas.

—Pero te preparé las verduras que te gustan —dijo amablemente.

—¿Qué tan grande es el espacio, ma?

—Es infinito —declaró con cierta fantasía.

—¿Infinito? —pregunté asombrado.

—Que lo puedes recorrer por siempre. Imagínate que viajas a miles de años luz por segundo, y aun así jamás alcanzarías su final.

—Entonces, ¿no tiene fin? — pregunté.

Mamá movió su rostro de un lado a otro.

—No —dijo finalmente.

Mi rostro se mostró perplejo. Pensé en las distancias y los tamaños.

—¿Y, papá no puede perderse en el espacio?

Mamá no contestó una palabra. Sabía la respuesta.

Había semanas en las que hablaba por horas de él. Me contó varias veces con vehemencia acerca de cómo se habían conocido y de sus aventuras antes de que él eligiera convertirse en viajero del espacio. Esas noches mamá se las pasaba mirando hacia lo alto, hacia las estrellas y los cometas que iluminaban

nuestro techo. Pero los demás días permanecía con la mirada triste y los ojos brillosos. No miraría el cielo ni la luna, y si por casualidad algo parecido a un cohete se asomaba por el horizonte, ella sonreía incrédula, su esperanza se mostraba ansiosa, pero siempre terminaba siendo un reflejo en la montaña o el imaginario de sus días pasados.

Pensé en la última vez que lo vi, entre la multitud, despidiéndose de millones de personas que agitaban sus brazos y sus banderines, a la espera del gran estallido que daría fogosidad a su vida y quebraría su pesada rutina de pueblo. Lo vi sonreír, por la seguridad de la misión o quizás por una aspiración de su niñez que se había cumplido.

Llevaba un traje blanco con detalles en azul y plateado. A la altura del corazón se destacaba una imponente ave bordada a mano. Se apreciaban con claridad los hilos de color azul marino junto con los hilos rojos y marrones que integraban el imponente escudo. Mamá la había cosido años atrás cuando papá se embarcaba en las primeras misiones. Decía que le traía suerte en galaxias lejanas.

Explosionaron los motores de la nave lanzando tres inmensas bolas de fuego y entre las llamas desapareció, como una línea que viaja velozmente.

La noche anterior cenábamos en la mesa del comedor cuando sonó el teléfono. Papá y mamá discutieron y luego él la abrazó fuerte. Le prometió que sería la última vez, que lo hacía por nosotros. Antes de que pudiera cerrar los ojos se despidió entre

historias y cuentos. Vino a mi habitación y me contó algunas anécdotas de sus odiseas en el espacio. Esta noche recorrió cada uno de los detalles del día en que tuvieron que descender de emergencia en el planeta de luz negra para descansar los motores y poder regresar a la Tierra con toda la tripulación a salvo.

Los días en que nos quedábamos solos eran días de espera. Ya nos habíamos acostumbrado a mirar por la ventana y esperar el día en que el cohete se escuchara llegar de regreso.

La segunda noche después de su partida me desperté empapado de miedo. Tuve un sueño en que papá y su equipo se perdían. Corrí sudando hacia la cama de mamá.

—Son las tres de la mañana —me dijo sin abrir los ojos.

—Tuve un sueño —le dije con voz de asustado.

—¿Un sueño? —me preguntó sin darme importancia.

—Papá quedaba atrapado en una galaxia desconocida.

—¿De qué hablas hijo? —preguntó mamá.

—Su cohete entraba en un agujero negro —afirmé.

—Tranquilo, hijo —dijo mamá tomándome el rostro.

—El agujero los transportaba a millones de kilómetros. Lo vi en mi sueño —continué relatando.

—Fue solo una pesadilla —concluyó mamá.

—Eso no es todo, ma. Pasaban años intentando regresar, pero... —mamá me miró esperando que

continuara—. Para nosotros sólo pasaban semanas, no envejecíamos un solo año.

—Tienes que ir a descansar. Mañana ya te habrás olvidado.

—Tengo miedo de que no regrese nunca —dije.

—Tú sabes que tu papá regresará en el verano —dijo mamá.

—Pero, ¿cómo lo sabes? ¿Si algo salió mal? ¿Si ya están muertos?

—¡Basta de tonterías! Es hora de dormir. A la cama ahora mismo que mañana tienes que ir al colegio —dijo mamá gritando y me envió a mi habitación.

Esa noche mamá no pudo volver a dormir y estuvo mirando la oscuridad que brillaba por su ventana hasta que salió el sol y se hizo la hora de preparar tostadas.

En el colegio todos hablaban de papá. El mismo que yo había visto partir entre las multitudes, el que me había contado cómo era ser disparado hacia la oscuridad. Ese era el ídolo de mis compañeros.

Se contaban historias acerca de las avalanchas de gravedad y las tormentas de electricidad que debió superar para poder descender en el Sol, tocarlo y robar una parte por siempre. O de la vez en que vencieron la velocidad de la luz camino a Marte y por unos segundos dejaron de ver sus propias manos.

En la Tierra mamá no tenía a nadie con quien reír mientras cocinaba en las tardes de lluvia. Esas tardes tenían un ligero sentimiento de tristeza. Sabíamos

que íbamos a tener que cenar adentro, escuchando el agua caer en gotas desde los techos blancos. Con el tiempo también entendí la razón por la cual cenábamos afuera, en la galería, viendo con mayor claridad el cielo de la noche y esos extraños planetas inalcanzables, que escondían cohetes y maridos... pero esos cohetes habían desaparecido, al igual que habían desaparecido los atardeceres en los que la luz de la tarde entraba por las cortinas del living y ellos bailaban mientras sonaba *Honey pie* en el viejo aparato de radio. Papá era un romántico.

Las noches refrescarían de un día para otro. Las sombras de los árboles que alcanzaban mi cama se movían como si tuvieran vida propia y quisieran tomarme de los pies en una débil distracción.

Me sumergí en un sueño de dioses brillantes y mareas fuertes, de naves metálicas y astronautas desterrados. Después de deambular por los rincones de una galaxia irreconocible, el cohete de papá había sido golpeado y desviado por un asteroide de silicio, provocando una falla en los motores que causaría el descenso en un planeta con lagos extrañamente sólidos. El mar se hallaba totalmente seco, las montañas silenciosas. La nave se encontraba totalmente destrozada y les llevaría años repararla, el equivalente a días en la Tierra.

Bajo la eterna luz de ninguna luna, antes de dormir, papá abriría el compartimento superior del asiento del capitán y vería la foto de su mujer y su hijo. Era una vieja y desgastada foto carnet que llevaba consigo en cada viaje. Por las tardes oscuras

en que no se veía ningún sol cercano, solía mirar la fotografía mientras yacía acostado en su pequeño habitáculo. Derramaría una gota de sal y pensaría en las cenas en la galería, el mantel de tela a cuadros y la voz de su mujer en las tardes de primavera. Si fuera a morir en este planeta, lo esperaríamos por siempre.

Me desperté corriendo hacia el cuarto de mamá. Le conté lo que había soñado y le dije que debíamos hacer algo, pero mamá me envió a dormir nuevamente, sin siquiera escuchar lo que tenía para contar.

Al otro día tuvimos una conversación y me explicó detenidamente que había sido producto de mi amplia imaginación; una simple pesadilla. Me repitió varias veces que lo que pasa en los sueños no tiene relación con el mundo real y que no tenía de qué preocuparme. Que mi papá estaba perfectamente bien.

Ese día mamá no miró hacia el cielo ni se dejó ilusionar por algún reflejo en la montaña.

El pueblo comentaba el feroz despegue y todavía se escuchaban al pasar las historias de algunos de los cosmonautas que viajaban con él. Estaba, por ejemplo, el chico de los periódicos que se había ido a la gran ciudad a entrenar con los mejores para pilotar grandes aeronaves y alcanzar sistemas solares lejanos. También los acompañaba el hijo del panadero del pueblo, que había crecido leyendo cuentos de ciencia ficción y fantaseaba con conocer las hojas de su biblioteca en carne propia.

Esta noche los familiares de toda la tripulación se

reunían en casa. Había decenas de platos de comida que todos habían traído.

Sobre todas las cosas, hablábamos de ellos, de los que se habían ido en el aparato de metal, tras la nube gigante de humo.

Dormí por horas esa noche. Fue uno de los sueños que más recuerdo. Papá estaba mucho más viejo y delgado, con su barba crecida y arrugas de tristeza. Luchaba por sobrevivir y alimentarse en el planeta de lagos sólidos. El resto de los viajeros que lo asistían en la misión habían muerto. Los escombros del siniestro yacían oxidados.

El sueño casi vivo, me pareció real.

Papá intentaba alcanzar refugio detrás de las colinas para ocultarse de la tormenta de arena que lo destinaba a una muerte segura.

Pensó que no lo lograría. Sujetó con fuerza el ave bordada a mano en su traje antes de gritar:

—¡Ahhh! —y fue despedido por una fuerza extraña parecida al viento.

Esta vez no salí corriendo. Permanecí en la cama.

Pensé en la distancia. Cerré los ojos.

Había llegado el verano. Los sueños habían desaparecido.

El tiempo entre galaxias parecía arrugarse y estirarse a pesar de la física. La distancia era incalculable. Ahora era yo quien miraba hacia abajo la mayor parte del tiempo y mamá la que no podía dejar de mirar hacia las estrellas.

No había querido contarle nada sobre el último sueño.

Mamá sirvió la comida sobre el mantel a cuadros de la galería. El sonido al aire libre, las bicicletas y las voces de los niños generaban un clima de cotidianidad. La luz que reflejaba un dorado nostálgico en los platos de porcelana y el silbido de la brisa que se paseaba por el porche la llenaban de tranquilidad y la hacían olvidar la ausencia de papá.

Miré las estrellas con la esperanza de ver algún destello en el horizonte.

Levantamos los platos sucios con un sentimiento extraño en el cuerpo. Mirándonos, pero sin hablar.

De pronto, un haz de luz inmenso resplandeció en el cielo.

Sentimos una hermosa vibración familiar.

Soltamos los platos de porcelana haciéndolos estallar contra el piso de madera de la galería.

Una estela de fuego se vio por encima de toda la cuadra.

Salimos al jardín.

Miles de personas agitadas dejaron sus casas.

—El cohete, ¡ha vuelto!

Los comerciantes salían de sus negocios.

—¡Han regresado!

Las sirenas de la ciudad se encendieron y sonaron a gran volumen para dar aviso a la comunidad.

Una gran raya de combustión aún reposaba sobre los cielos del pueblo iluminando cada callejón y jardín a la redonda.

¿Acaso estaban de regreso? ¿Habían sido capaces de reparar el cohete, y de alguna manera imposible encontrar el camino de vuelta a casa?

Miramos hacia la colina para ver dónde había

caído.

Corrimos de la mano con mamá a toda velocidad.

Se escuchó el sonido del estallido de toneladas de papeles de colores lanzados al viento.

Una lluvia de fuegos artificiales preparados para la ocasión fue lanzada e iluminó el claro de la noche.

Corrimos hasta llegar a la multitud. Nos hicimos paso empujando gente para llegar al lugar del impacto.

Llegamos.

Era el cohete de papá.

Se abrió la puerta.

Un anciano salió de la nave. Una barba crecida y arrugas de tristeza. Los mismos ojos.

Totalmente descosida, aún se vislumbraba una especie de ave bordada en su traje.

LÁGRIMAS DE UNICORNIO

Recuerdo el verde de mi jardín a través de la ventana de la cocina de nuestra pequeña casa de colores. Siempre relucían los pastos dorados mientras los vecinos nos envidiaban desde lo absurdo de sus rutinas. Teníamos rosas, margaritas y pensamientos que combinaban con el azul del cielo, y este con las casas de toda la manzana. Una fila de hogares del pasado componían la armonía de nuestra calle; una casa era amarilla, otra completamente rosa, la de la mitad de manzana relucía celeste y la última en la esquina, bordó malbec.

El pequeño mundo se veía saturado de perfección, con calles de cristal extraordinariamente pulcras y senderos angostos para los peatones que nunca pasaban. Un magnífico atardecer lleno de naranjas se esfumaba en casi todas las tardes mientras las luces de todas las veredas se encendían e iluminaban la cadencia de la noche.

El amor esfumaba por la chimenea y goteaba por las canaletas de los techos. Gritaba a los cuatro vientos y llegaba a todas las esquinas del barrio del

ayer.

Había amor en nuestras conversaciones, en su forma de caminar, en todo lo que tocábamos.

El amor vivía en mí y en Clarisse, en su mirada de lladró.

Por las mañanas se sentía el aroma del desayuno en nuestros aires, también su tierna voz mientras la observaba desde la cama.

—¿Te espero para desayunar? —me preguntó mientras reía en el aire de la mañana.

—Por favor. —Retuve esa sonrisa por siempre.

Despertar para verla a ella era todo lo que necesitaba en esta vida para ser feliz.

Al final de la calle de cristal con faroles que se encendían en las noche, había una laguna de agua dulce a la que solíamos ir. Pasábamos inolvidables atardeceres durante la semana, compartiendo la luz del mismo sol que desaparecía en el horizonte de ese mágico lago unas horas más tarde.

Los días de calor paseábamos en el antiguo *Cadillac* rojo. Era más divertido conducirlo en el verano porque podíamos andar sin techo con los cabellos sueltos, sintiendo las ráfagas de vida en nuestras pestañas. Giraba en la Avenida rodeada de palmeras para ver el rostro de Clarisse y sus ojos de alegría. Por alguna razón que nunca supe, ella amaba el viejo boulevard.

A millones de años luz, en una galaxia de metal, fuera de nuestro sistema solar, traspasando nubes, lluvias y toneladas de electro piedras, en un planeta

de fuegos azules, una bruja de alma sencilla observaba todo con un sabor amargo en su estómago. Un veneno de envidia corría por su interior, una racha de ira imparable.

Tenía en su oscura memoria cientos de conjuros de maldad, hechizos y encantamientos de crueldad. Los conocía al pie de la letra y había jugado con ellos por los últimos siglos —una bruja que vende su alma al diablo puede vivir por siempre—.

Durante una noche giratoria en lo alto de su morada, entre espejos de aluminio y pisos de plomo, le pareció sentir el dulce y lejano aroma de una *viola odorata*.

Se valió de su viejo telescopio de espejo líquido con arista de cristal. A través de miles de estrellas y oscuridad nos vio. Lo pudo sentir, al excéntrico amor, en todas las partes de su cuerpo, en el aullido que salía de la montaña de hierro, en las hojas de cromo que caían de los árboles de puro metal. El suelo gris con lagos de mercurio se llenó de soledad.

Estábamos amándonos en nuestro jardín, plantando una flor.

—Estas flores que conseguiste, ¿son hermosas verdad?

—Me las dio Perkins, el de la floristería —contestó Clarisse.

—El color de sus hojas... era justo lo que le faltaba a nuestro jardín.

—Claro que sí, Clarisse, claro que sí. —Le di un beso en la mejilla. Yo sabía que a nuestro jardín nada le faltaba.

Esa tarde plantamos algunas petunias y una viola con aroma penetrante. Fue el peor error de mi vida, llamar así su atención... maldita odorata.

La bruja en su universo color malva con sus ropas de plata violetas, se pasó días sin despegar un solo ojo de su telescopio. Observó sin descansar el amor que nos teníamos, envidiándonos en lo más profundo de su extraño ser. Mientras más nos miraba, más enfurecía. Buscó y buscó algún hechizo que pusiera fin a su cólera, debía romper con el fino hilo que ataba nuestros corazones.

Pasaba mi tarde en la cocina color blanco felicidad con Clarisse frente a mí, con el sol por detrás. Si pudiera guardar el tiempo en una botella, guardaría ese instante hasta que se quiebre el cristal.

—Mmm, que rico aroma —exclamó.

—Estoy haciendo un pastel de peras. Estará listo en unos minutos —le dije.

—Mi preferido —agregó, y me envolvió en sus brazos de calor.

La besé.

—¿Vamos a salir esta noche? —me preguntó.

—¿Quieres ir a algún lugar en especial? —le respondí para darle el gusto.

—Sí —contestó.

—¿A dónde iremos?

—Al puerto, a los restaurantes de la costa —me dijo a los ojos.

—¡Vamos al puerto, claro que sí!

Esa noche caminamos tomados de la mano,

mirándonos entre las luces de la marea y los faroles de las cálidas calles de la vieja ciudad.

Aún llevo el aroma de su mano tatuado en el corazón, lejos de la parte que ya la olvidó.

Lloró un unicornio.

En algún jardín olvidado de un planeta habitado por arcoíris y cascadas, la bruja sustraía las gotas de sal del bello animal, resistente a la magia, inmune a los hechizos más poderosos... y voló de vuelta a su morada.

Se hizo de pura magia para vengarse y echar su mal sobre nuestra casa; tan fuerte como el sol de Dios.

Fue una noche de tormenta en la que varios litros de agua de nube cayeron sobre nuestro hogar. Recuerdo que dormí abrazado a Clarisse en una oscuridad que no olvidaré jamás.

Escuché cada gota que cayó esa noche en nuestras tejas, y puedo asegurar con convicción que fueron siete las lágrimas que impactaron nuestro techo causando un sonido diferente. No eran gotas de lluvia, eran la esencia más pura del peor hechizo que nos condenó.

Clarisse no era Clarisse.

Los poderes oscuros habían tomado su ser, y frágilmente, nuestro amor se había hecho pedazos en las tinieblas de la noche.

Ya no volvería a mirar mis ojos de la misma manera en que lo hacía sin que el mundo se diera cuenta, en nuestra pequeñísima burbuja de jabón.

Olvidó el *Cadillac* rojo y el viejo boulevard. Ya no volvió a tomar mi mano ni a acariciar lo más endeble de mi ser. Su sentimiento murió con la felicidad de aquel unicornio.

No quisiera saber qué daño causó la bruja en él para que vertiera sus lágrimas en el arrebol de aquel anochecer bajo la fría luz de la tercera luna.

La maldición cayó en nuestros aires y, en vez de asfixiarnos, nos quitó el mayor regalo que nos habíamos dado, el regalo del amor.

Clarisse se marchó. Se llevó todas sus cosas. Dejó lo único que sentía algo por ella, lo único que la acariciaba en los días de invierno.

Algunas mañanas, desde el abandono de mi cama, me pregunto si realmente existe una galaxia de metal con un planeta de fuegos azules y una bruja que viste ropas de plata cosidas con hilo de mercurio.

LA ISLA DEL FRUTO DORADO

Lo que sentía era sed, pura y desesperada sed. La tierra se veía tan seca como las plantas que habían dejado de existir. Acaricié con mis pies el polvo seco que arrastraba en cada uno de mis pasos. Caí al suelo con la piel deshidratada. Tosí esperando escupir algo de saliva para mojar mis labios. El sol penetró con fuerza mis hombros y mi espalda. Su eterno amarillo era todo lo que se podía ver.

Si el viejo Branson me llegara a ver sin trabajar, me volvería a meter en el calabozo y me azotaría con su látigo. Ya había estado allí. Había pasado cincuenta noches escuchando la misma brisa asesina que corre intrépida por los pasadizos. Y por las noches, dentro del calabozo, se veía la luna entre las rejas, iluminando todo lo que escondía la sed.

La imaginación tomaba vuelo; algún día escaparía hacia las lluvias.

Por ahora no había señales del viejo Branson ni de su caballo. Esta vez no había podido conseguir agua ni comida y sabía que se enteraría de una u otra

forma.

Hace tan solo algunas décadas las mañanas eran diferentes. El pueblo abundaba en recursos. Por las noches de carnaval se colgaban luces de colores en los balcones y decoraciones en las calles camino a la Plaza de los Columpios. Los vecinos descorcharían botellones de sidra y las madres llevarían la comida a las grandes mesas que ocupaban todo el largo de la plaza. Los niños nos quedábamos jugando a la pelota bajo la última luz de los faroles de metal que iluminaban en perfecta hilera, todo el verde y naranja de la plaza.

Por las tardes húmedas, mamá me enviaría a buscar moras en nuestro cubo de madera. El trayecto sinuoso de piedra hacia los campos frutales llevaba en sí mismo la frescura del océano y el aroma del hielo.

Hoy los árboles de moras habían muerto. No quedaba ni uno en todo el terreno. Las tormentas de polvo habían devastado toda plantación y habían quitado el regalo de la vida a la mayoría de las especies. Algunos de los que sobrevivimos rogamos por alimento y bebida desde el instante en que dejamos de soñar y abrimos los ojos al alba.

Por alguna extraña razón, las lluvias dejaron de verse y oírse, ni una gota en años. Los diluvios de verano expiraron. El agua ya no caería de los cielos fácilmente.

He visto a gente morir frente al mar. Tomar un litro de agua salada en un acto de desesperación absoluta, saciar la sed, llenarse de agua para luego morir.

El viejo Branson era el dueño del lugar donde vivíamos. Era dueño de todo. Trabajábamos los siete días de la semana para él y para sus hombres, que a su vez trabajaban para él.

Todo lo que se veía desde la colina era tierra seca y algunas casas que todavía se mantenían en pie. Ya no teníamos escuelas, ni hospitales, ni cines ni restaurantes. Era como si una bomba de polvo hubiera caído sobre todo el otoño, sobre todo el verano y la primavera. También sobre el invierno, condenándonos por siglos a una triste existencia de necesidad y escasez.

Mi trabajo era idéntico al de todos los que vivíamos bajo la sombra del viejo: conseguir agua y comida. Agua y comida. Era todo lo que uno podía escuchar en esos días sin lluvia.

Ya nadie ambicionaba tener un automóvil, un perfume, un aparato electrónico o un juguete de plástico. Esos objetos habían perdido todo su valor.

Comenzábamos temprano con la salida del sol y volvíamos con las pocas provisiones que encontrábamos cuando atardecía y soplaban el viento que venía desde la colina.

Comíamos una vez por día, y en ocasiones nos tocaba saltarnos la comida por el bien de los niños. Yo estaba completamente solo. Contaba con la posibilidad de huir, cambiar de destino repentinamente.

Algunas tardes en que pasaba frente al mar, introducía los pies en la arena, cerraba los ojos, y escuchaba leyendas que hablaban de un lugar

completamente diferente; una isla, pequeña, mágica. Un lugar donde no faltaba nada. No faltaban la comida, ni el calor o el agua. Según relataban algunos, la isla, alejada del continente, no había sido alcanzada por la dureza y el polvo, por la tragedia de la sequedad. Pero no conocía a nadie que hubiera estado allí, aunque si escuché hablar del capitán Pikes, que era conocido por ser el único que deliraba y describía la isla con lujo de detalle.

Contaba con pasión la misma historia una y otra vez. Según contaba su historia, hace varios años, en una de las tantas expediciones con sus hombres en alta mar, habían visto a lo lejos una pequeña formación rocosa de cielo rosado. Desde la nave se percibía el verde de su flora y el azul de las cascadas de lluvia que bañaban las laderas de la isla.

—Si hay verde en sus costas, tiene que haber agua y alimento en su interior —comentaba Pikes a quien escuchara la historia.

Por último, recuerdo que el capitán nos hablaba de unos puntos dorados que brillaban en las costas, sumamente cautivantes.

—Y a kilómetros de distancia resaltaban unos puntos brillantes. Solo imagino que podían ser frutos de un enorme árbol... exquisitos frutos —declaraba Pikes con los ojos perdidos en la marea.

Nadie podía explicar con lógica la razón por la cual la embarcación no logró llegar a la isla. Según Pikes, hombre conocedor de las aguas y mareas, el lugar era simplemente imposible de alcanzar. Cuanto más se acercaban ellos, más lejos se veía el punto. De un segundo a otro, pudieron observar desde la

embarcación una borrasca que se lanzaría sobre ellos, haciendo imposible la vista al frente, frustrando cualquier navegación posible.

No eran más que cuentos o leyendas para mí. Sin embargo, algunas noches de calor y sed soñaba con este lugar. Soñaba que era real y que era lo único que me sacaría de la miseria del día a día, de la escasez.

Un nuevo día. El mismo viejo Branson y la misma tarea de siempre: buscar agua y comida, sobrevivir en el intento.

Conocía la calle de salida de memoria, los pozos y las pequeñas piedras suavemente colocadas por la naturaleza. Conocía las sombras de ida y las sombras invertidas cuando regresaba. Cuando el sol quemaba los pensamientos.

Esta vez, se me había hecho algo tarde, la luna iluminaba el mar tenue a lo lejos. El viejo me estaba esperando en su caballo.

—Si piensas regresar al pueblo, será mejor que traigas algo en esa bolsa.

—Señor Branson, no pude encontrar nada de alimento —respondí con la boca seca y los labios partidos.

—Entonces no entrarás —anunció enfado.

—Ya no queda nada por encontrar —dije intentando hacerlo entrar en razón.

—¿Estás diciéndome que ya no piensas traer nada más a tu pueblo?

—No, señor Branson. No es eso. —En ese preciso momento pensé que volvería al calabozo.

—Hasta que no traigas, al menos, medio litro de

agua, no eres bienvenido aquí. —El viejo miró hacia el pueblo, unos cien metros hacia abajo por la calle de tierra.— A menos que quieras pasar otras cincuenta noches encerrado.

—Pero el calabozo es para los criminales, no para los que trabajamos durante el día —respondí.

—Si quieres matar a tu gente de hambre y sed, entonces te denunciaré ante el juez. Él te juzgará criminal si así lo deseas.

—Está bien. Pasaré la noche buscando provisiones —dije con la mirada baja.

—Ya sabes cómo funciona esto, si mañana no traes nada, irás a la prisión —concluyó el viejo antes de volverse con su caballo y marcharse a paso lento.

Me adentré nuevamente en la luz de la noche sin lugar a donde dormir. No había comido en dos días y tenía los labios descascarados. Daría lo que fuera por uno de esos cubos de madera llenos de moras. El jugo que acariciaba mi paladar y el ruido de las semillas contra mis dientes aparecía en cuanto cerraba los ojos. Aunque extrañaba aún más el sonido de la lluvia.

Recuerdo también una enorme bañera de agua fría, en la que jugábamos con mis hermanos entre los reflejos de las luces del baño, salpicándonos y aguantando la respiración. Esa inmensa cantidad de agua.

Caminé por un largo rato hasta llegar a una de las orillas. Pensé que quizás podría llegar a encontrar algún insecto para comer y pasar el dolor de estómago intenso que no me había dejado disfrutar la

calma a orillas del mar salado.

Recorrí las costas durante varias horas, esperando encontrar algo que me devolviera la vida, con la respiración de los mosquitos alentándome.

La única luz que se veía era la de la luna que alzaba todo movimiento en la noche. Su reflejo creaba en las pequeñas olas algo parecido a miles de diamantes chocándose unos con otros, flotando y bailando en la calma que generaba el silencio con el movimiento de la marea. El bote de madera a lo lejos era mi salvación, mi última oportunidad para confrontar mi coraje. Una invitación a cambiar de destino.

Lo dejé todo.

Zarpé a mar abierto con un remo. En cuanto fui consciente de lo que estaba haciendo ya no tenía manera de regresar. Vi la primera rompiente formarse lentamente y me preparé para adelantarme a la gran ola. Continué hundiendo mi remo, apuñalando el mar, depositando en cada brazada mi esperanza de encontrar algo que me llevara a una nueva historia que devuelva algunos colores, y a través de un caleidoscopio ver la imagen de mi isla perdida.

Miré por última vez hacia mi pueblo. Había pasado la vida entera y mis últimos años en esas colinas y calles de frutas muertas. Conocí sus más generosos árboles.

Me despedí.

Remé.

Pensé que el viejo Branson se enfadaría mucho, pero yo ya no estaría ahí. Eso significaba que no

podría volver a este lugar... nunca más. Debería olvidarlo por siempre.

Si alguna vez regresara, me meterían en el calabozo de por vida, o peor, me colgarían en la Plaza de los Columpios.

No tenía agua ni comida, pero me alimentaba el impulso de aventurarme a una nueva vida.

Entendí ahora lo lejos que estaba de todo. Si fuera a morir en esta marea, lo haría solo.

El ruido del agua me elevó. Esperé atravesar la oscuridad sin el más mínimo silencio.

Las gotas me despertaron. El ruido de una tormenta que no existía me abrió los ojos. En pocos segundos mi bote era acechado por las mareas fuertes y el poder de un viento capaz de elevarme a las alturas y no bajarme en siglos. Litros de agua cayeron en mis hombros. Aproveché para llenar y tomar medio balde en menos de diez segundos. Fue una sensación que no había tenido hace tiempo. Tragar, tragar, tragar; después de tantos años de sed.

Tomé el remo y luché por mantenerme en mi pequeño vehículo de salvación por más de una hora contra la corriente... después no recuerdo lo que pasó.

Desperté junto al bote de madera totalmente destruido contra las rocas en la arena movida sin saber dónde me encontraba.

Me levanté algo adormecido. Mis dedos descalzos acariciaron una arena suave, tan amigable a mi piel.

Vi los cielos rosas.

La sal del mar volaba por los aires y rozaba mi rostro; una sensación tan particular. La humedad de las pequeñas rocas entraba entre mis dedos.

Eché una mirada a las aguas que había dejado atrás, aguas picadas y difíciles.

Las nubes que todo lo cubrían se veían como si estuvieran apoyadas sobre un vidrio de cristal, detrás de la luna brillante.

A lo lejos hice oídos al sonido de cascadas y colas de caballo.

Comencé a apreciar el verde que me rodeaba, las diferentes plantas, arboledas y frutos olvidados por mi alma. Me acerqué a uno de ellos rápidamente y robé uno sin saber que era. Sabía delicioso, parecido a un melocotón sin corazón. Comí varios sin descansar.

No del todo saciado, fui a mojar mis labios en el agua pura del manantial que se encontraba detrás de los arbustos.

Me zambullí en él. Nadé y tragué agua. Salí corriendo y a punto de comer otro fruto, observé un punto brillante a lo lejos, al otro lado de la isla.

Llegué hasta el punto que brillaba, atravesando todo tipo de maleza y paisajes nuevos para mis ojos. Llegué a otro manantial, pero éste era exageradamente más grande que el anterior. Tenía pasadizos debajo del agua que conducían a cuevas y formaciones de roca en forma de archipiélagos, lo suficientemente grandes como para construir una casa.... Y detrás de todo eso se observaba un árbol robusto, con las ramas más magníficas y las hojas

más peculiares que mis ojos hayan visto jamás.

Y de todas esas ramas brotaba un fruto singular,
grande como una mano, un fruto totalmente dorado.

UN RESPLANDOR METÁLICO

Caminábamos a través del vasto desierto de Marte, alejados el uno del otro, a gritos de distancia.

—¡Ven para aquí! —gritó con desesperación mientras me perdía entre los altos médanos y las cumbres invisibles de relieve de piedra infinita.

Me volví sin dar importancia a su llamada. Lo que tenía delante era lo que realmente perseguía.

—Pero, estoy muy cerca. —Miré la arena rojiza mientras se elevaba mágicamente agitada por el viento que soplaba desde el interior de las colinas azules. —¡Ya casi lo logro!

—¡Vuelve para aquí ya mismo! —apenas se escucharon las palabras entre las fuertes ráfagas.

Corrí hacia mí.

Me alejé a paso lento pero eterno.

—¡Te he dicho que te detengas! Es muy peligroso.

Mi padre cayó de rodillas, como cae el plomo al vacío, lleno de angustia mientras me ve ir.

—¡Nathaniel! ¡Detente!, no sigas por ahí. ¡Morirás!

Esas palabras fueron llevadas por el silencio a una ciudad perdida de Marte bajo la montaña mecánica

para nunca ser escuchadas.

Atravesé el angosto sendero de suave arena roja que conducía a la colina, olvidando los gritos de mi padre y el peligro que pudiera asomar en cualquier arista del camino.

Llegué a un pueblo abandonado, a orillas del mar seco. No se mostraba un alma en las calles. Las casas permanecían deshabitadas por siglos.

Unas luces solitarias brillaban durante todas las horas de todos los días. Arriba, en los edificios de mentira, las luces nunca se apagaban.

Era un viejo sueño que ya había tenido. Llegaba a Marte, era el primer niño del planeta Tierra en abordar el astro rojo.

Caminé esas calles mirando hacia todas las direcciones. Nunca había visto algo parecido ni en fotografías, y me preguntaba cómo era posible que tuviera dentro de mi inconsciente tales edificios, estructuras y colores nuevos. Por momentos, si uno imaginaba que no existía línea entre el cielo y el suelo, se podía ver como si todo fuera una sola cosa. La arena rojiza se desvanecía lentamente en un cielo sin nubes.

Sentí un fuerte rugido, igual al de una tormenta que se avecina a gran velocidad. Miré hacia mis alrededores y sentí en la piel una suave brisa, una calma parecida a la que antecede a una dolorosa tragedia.

Tuve miedo.

La sensación que corría por mis venas y cartílagos era parecida a la de una de esas tardes en que el cielo se cubre de salpicaduras y cambia de color, las nubes

se oscurecen, las montañas parecen de hierro.

Detrás de las colinas azules, entre los oscuros valles, apareció una gigante colmena que avanzaba ferozmente en mi dirección. Mientras galopaba como un caballo asustado, escuché una voz electrónica, un conteo que iniciaba con el número diez.

Desperté en mi asiento de mando. La alucinación había sido tan real como un recuerdo. Tardé unos segundos en acomodarme.

Escuché la voz aún titubeante; 3... 2... 1.

Se sintió un temblor parecido al de un terremoto. Estábamos en el aire, flotando hacia las estrellas a toda velocidad. Y a mi lado, Bert, el copiloto de la nave y compañero de expedición por los últimos siete años. Juntos volamos alrededor del planeta Tierra en varias misiones programadas.

Nos habían comunicado la soberbia noticia un martes de septiembre. Seríamos los primeros hombres en Marte. La fecha estipulada para descender en el *Valle Verde* era el 2 de febrero de 1999.

Los motores bramaron fuego.

Apenas pude mirar a Bert. La inercia empujaba todas mis verdades hacia el centro de nuestra conciencia, de la misma forma que lo hace una persona que tira de las ropas de su amante para que no lo abandone, de esa misma forma el planeta nos arrastraba hacia él y nosotros luchábamos contra la física para acariciar la atmósfera y sobrenadar en el espacio en silencio absoluto.

La cara de Bert estaba completamente morada. Sus dos manos sujetaban con fuerza los cinturones que

lo cruzaban por el pecho y se ajustaban en el centro.

El metal que todavía relucía a la luz del sol se sacudía con fuerza.

Bert dijo algo pero no lograr entender que estaba diciendo.

—No puedo escuchar nada de lo que dices, Bert. Tienes que hablar más fuerte —contesté aturdido.

—¿Está todo bajo control, capitán? —repitió aún más fuerte.

Levanté mi dedo pulgar hacia arriba.

Bert suspiró con tranquilidad o con susto, pero suspiró. Luego respondió llevando su pulgar hacia arriba.

Por las pequeñas ventanas del aparato plateado, largo y extraño, se podía ver el alucinante color azul de nuestro cielo, alejarse y alejarse. Lo que era azul pasó a ser blanco, el blanco pasó a ser gris, el gris a negro y el negro pasó a ser completa oscuridad. Luego solo quedaron las estrellas entre nosotros dos.

Nos detuvimos a mirar el punto rojo que se veía a la distancia, el punto rojo que ansiamos conocer durante toda la vida. Nuestras acciones habían sido dirigidas hacia ese destino, la ley de la atracción nos había puesto en ese cohete, y ahora nos pertenecía.

—Es impresionante, Bert. Totalmente desquiciado —lo tomé del hombro—. Tú y yo, amigo, seremos los primeros humanos en Marte.

—Así es, capitán. Jamás pensé que algo así pudiera ocurrirme—declaró Bert mientras miraba el planeta rojo acercarse cada vez más por la pequeña ventana de la nave metálica.

—Correremos por los altos médanos. Conoceremos colores que jamás hemos visto. Y por las noches observaremos las mellizas lunas blancas iluminar todo eso que desconocemos y que nos aguarda.

—¿Lo puedes creer?, ¿acaso no es esto algo insólito? —agregó Bert.

—Estamos en camino. Se volverá realidad, muchacho. Y dentro de unos años, el planeta entero estará poblado de personas y nosotros habremos sido los primeros en pisar esa tierra. Las calles llevarán nuestros nombres, los museos y los teatros tendrán nuestras iniciales, y habrá fotografías de nuestras sonrisas en los libros de historia marciana.

—Seremos próceres —agregó.

—*La primera expedición*, le llamarán —alcé mi mano y señalé un haz de luz que pasó por el frente de la nave a miles de años luz—. ¡Mira eso, Bert!

El cometa tenía una estela de colores. Resaltaba su gran velocidad y el brusco romper de las partículas de nada en el espacio que se dignaban a enfrentarse a él. Sin destino, viajaba abriéndose paso sin brazos, empujando todo lo que se le cruzaba y destruyendo lo que tocaba.

Mi rostro se iluminó. Recordé los días de colegio en que solía decirles a todos que sería un gran astronauta y que viajaría por los espacios conociendo planetas desolados.

Entré en un gran sueño.

Descendía de la nave de aluminio que relucía sobre las cumbres invisibles de piedra infinita.

Una hermosa mujer de tez clara, un poco parda, de ojos amarillos y rasgados se acercó sin acercarse.

Hablé primero.

—He venido en mi nave desde el tercer planeta. Me llamo Nathaniel York. Este es el primer viaje por el espacio. Somos dos en mi nave, yo y mi amigo Bert. Venimos de una ciudad de la Tierra. Así se llama nuestro planeta.

El viento acarició los labios de la mujer cuando estaba a punto de soltar unas palabras.

Me desperté sudando hasta los pies.

Una alarma sonaba a todo volumen en la sala de mando. Abandoné mi habitáculo, corrí por los pasillos de plástico blanco pasando por el módulo de servicio hasta llegar al rojo chillido.

Bert se había adelantado y estaba resolviendo el problema.

Se apagó la alarma. El día de rutina continuó.

Al finalizar el ciclo, me arrimé a mi compañero.

—Cuando seamos viejos, recordaremos estos viajes y nos harán sentir llenos de juventud.

Viajar a través del espacio no era como nos los habían anticipado. Era algo completamente diferente. Podíamos sentir la velocidad, la desmesurada velocidad a la que nos hacíamos lugar en la sombría galaxia, pero a la vez era como si estuviéramos perfectamente quietos, sostenidos en el aire por un péndulo invisible, flotando entre los pequeños brotes de cristal.

—Es como nadar —dijo Bert con los ojos cerrados.

Fui en busca de uno de mis discos de vinilo para dar melodía al inmenso cosmos que presumía frente a nosotros.

Mi padre colocaba, en el aparatoso reproductor, un disco diferente todas las noches antes de irse a dormir, y este era mi preferido. Sonaba una y otra vez en el tocadiscos de la sala de estar, debajo de la cortina por la que entraba la luz de la tarde.

La púa de zafiro nos suspendió en un momento de admiración por el espacio interminable:

*Drink to me only with thine eyes,
And I will pledge with mine;
or leave a kiss within the cup
And I'll not ask for wine.*

Nos encontrábamos a poca distancia del astro rojo. El 2 de febrero se avecinaba según nuestro calendario. Por las ventanas se veía con claridad el relieve y la forma del planeta. Tuve un sentimiento de peligro, como si el planeta hubiera querido dar aviso de que algo muy malo sucedería ahí abajo. Pensé en lo agitada y estresante que había sido la jornada, en el tiempo que habíamos pasado encerrados en esta cárcel, que nos transportaba a millones de teas al viento hacia algún dios olvidado.

Estaba aturdido.

Eché una siesta.

Un resplandor metálico en el cielo me llevó directamente al planeta de las mujeres de ojos rasgados. Aterrizamos en el *Valle Verde*.

La mujer hermosa posaba feliz sobre los médanos

de arena marciana. Bajé del aparato metálico riendo. Me acerqué y la besé.

Su boca me deshizo en mil pedazos.

—Te llevaré al cielo en mi nave, de vuelta a mi planeta —le declaré.

A lo lejos hubo un ruido que crecía y las aguas frías se agitaron en los largos canales.

Se podía oler una fuerte tormenta a lo lejos. Se esperaban rayos, pero no había ni una nube.

Nos encontramos frente a un hombre de máscara de plata labrada, inexpresiva. Lo último que vi fue el arma que me disparaba hordas de chillonas abejas doradas.

Me desperté exaltado. Miré a Bert a mi lado.

—¿Dónde estamos?

—¿Estás bien? Te oí gritar.

—¿Qué día es? —pregunté ardiente.

—Primero de febrero —respondió.

—Es solo que tengo ganas de llorar. No puedo contenerme. Estoy triste y no sé por qué.

La nave se dirigía firme y destinada a descender en el *Valle Verde*.

—Mañana estarás bien.

—Si —dije—. Mañana estaré bien.

LA CORBATA DE SEDA

La pesada noche me había envuelto en sueños confusos que alteraron mi quietud. De pronto ya no se trataba de seguir durmiendo, sino de escapar. Quería ver el amanecer, fugarme hacia la rutina, dejar pasar la noche silenciosa, oír los primeros ruidos de una mañana mecánica y poco a poco escuchar a la ciudad tomar vida.

Lentamente los pequeños recovecos de una ciudad de celofán, con calles, luces y personas de celulosa, abrirían los ojos. Los vecinos comenzarían a hacer pequeños ruidos y la noche habría pasado.

Entre las pequeñas ranuras de la persiana entraba cegadoramente el sol iluminando de manera poderosa el placar de madera con picaportes dorados. La rutina diaria me había amaestrado de tal manera que no necesitaba una alarma para despertar. La dulce experiencia de ir al trabajo de forma automática, sin pensar ni observar las miradas de los demás que llenan los vacíos de las calles de la desventurada ciudad.

La corbata de seda que combinaba con todas mis

camisas brillaba los días de primavera y sol... pero otros días, los días nublados, la corbata tenía un color triste, un tono apagado que combinaba perfectamente con las tareas interminables de oficina y mi falta de ganas. Mi oculta depresión.

Almorzaba en la plaza frente al trabajo durante los quince minutos que nos daban. Volvía a mi cubículo solo para clavar la mirada pensativa en el escritorio y el cartel plateado con detalles en bronce que relucía sobre él:

Douglas Spaulding — Secretario de Proyectos

...Y pensaba que no era nadie.

Las letras que lo conformaban lo hacían un nombre importante, imponente. Pero no había logrado nada con él. Reposaba inservible en el cartel, mirándome con ojos prejuiciosos. Sabía que era una gran decepción a mi ego.

Por las noches tenía problemas para dormir.

Esa noche en particular había estado soñando con La muerte.

El rostro de la muerte se mostraba confuso. Se diferenciaba una sombra oscura y algo parecido a rasgos faciales, pero lejos estaban de ser humanos.

Conversaba con un amigo que no veo hace años. Veían la televisión con antena en el living-comedor. No se veía con claridad el lugar que los rodeaba de naturalidad, pero se los escuchaba con precisión.

—¿Sabes una cosa? —dijo mi amigo—. Estuve pensando y hay algo que todavía no logro entender.

—¿Qué cosa? —preguntó la muerte sin despegar los ojos del televisor.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Pásame el mando de control —dijo la muerte.

—¿Por qué a mí?, ¿por qué ahora?

—¿Me puedes pasar el mando de control remoto de una vez? Por favor —insistió la muerte—. A todos les llega la hora tarde o temprano. No hay nada que yo pueda hacer.

—Te equivocas, no era mi hora —respondió él.

—¿Qué has de saber tú sobre la vida y la muerte? —preguntó irónicamente.

—Sé que andas a rastras por la noche y que te escondes en las mañanas. Sé que te avergüenza lo que haces y que no tienes escrúpulos.

La muerte se puso de pie.

—¿Acaso me estás desafiando? —preguntó la muerte embravecida.

Permanecí oculto intentando no hacer ruido para que no me vieran. En una distracción la muerte me miró directamente a los ojos.

Desperté.

Miré por los pequeños agujeros de la persiana cerrada el despertar de otra mañana sin sentido en una ciudad sin anhelos. El clima estaba alborotado.

Me puse la corbata de todos los días y salí por la entrada de vidrio de mi edificio camino al trabajo.

Llegué con tres minutos de retraso. El Sr. King me esperaba en la oficina.

—¿Podría hablar con usted, Spaulding? —me lanzó con su mirada soberbia.

—Sí, como no. Déjeme que me acomode un segundo y ya estoy con usted —respondí.

—No tengo todo el día, ¿sabe?

Colgué mi chaqueta en el perchero.

—Lo escucho.

—A ver, Spaulding, a ver si usted me entiende. Esto no es un centro comercial, aquí usted no puede llegar e irse a la hora que le dé la gana. Hay horarios y reglas que usted tiene que respetar.

—Yo lo entiendo totalmente, pero hoy...

Me interrumpió.

—Imagínese si todos hiciéramos lo que hace usted, esto no funcionaria. Usted tiene que ver a esta empresa como una rueda que gira en un engranaje, y ese engranaje mueve a otro, y así sucesivamente. Si yo saco uno de esos engranajes, ¿qué es lo que sucede?

—Le pido mil disculpas, Sr. King.

—No me ha contestado lo que le pregunté, Spaulding. ¿Qué sucede si quito uno de los engranajes?

—Se deja de mover la rueda —contesté.

—¿Lo ve, Spaulding? Usted no es ningún tonto.

—Le prometo que no vuelvo a llegar tarde, Sr. King —declaré pensando en partirle la cabeza con la silla de hierro que tenía a mi lado.

—No quiero tener que volver a hablar del tema, ¿me puede hacer ese favor?

—Sí, no se preocupe. Hoy pienso quedarme un tiempo extra —concluí.

—Lo que usted diga, Spaulding, lo que usted diga —contestó mientras dejaba mi oficina riendo.

Salí del trabajo camino a la estación de tren junto con el sol que desaparecía detrás de la línea de edificios que bordeaba una autopista llena de automóviles con sueños estancados, olvidados. Una fila de luces rojas destellaba desde el tráfico. Eran las horas pesadas, la lenta y cotidiana vuelta a casa.

Recordé que tenía que caminar unos cientos de metros más para pagar las cuentas que llevaban dos meses de vencimiento. Apenas tenía el dinero necesario para cumplir con la maldita deuda.

Me senté en el último vagón del tren, miré los rostros de todos ahí dentro, busqué a la muerte y no la encontré. Si la cruzara un día cualquiera en alguna estación de algún barrio de alguna ciudad, le arrancaría los ojos.

La gente a mí alrededor se veía cansada, enteramente desgastada. Las últimas horas de la tarde eran las peores para volver a casa. En invierno era de noche y hacía frío, en verano era de día y hacía mucho calor.

Pensaba que algún día podría elegir el horario de mi trabajo. Tendría que ascender y ganar más dinero, ser independiente, quizás. No tendría que volver a ponerme una de esas ridículas corbatas de seda. No tendría que tragarme las palabras frente al Sr. King.

El tren se detuvo en mi parada. Padecí las diez manzanas que separaban la estación de mi casa.

El cielo cubierto de nubes negras llevaba en sí mismo el duelo de cinco amigos. Detrás de los altos edificios, varios relámpagos anticiparon una tormenta que no tardaría más de diez segundos en irrumpir en los aires. Sentí la pesada lluvia caer desde lo más alto.

En tan solo instantes el agua corría por las veredas y rebalsaba en las esquinas; me aventuré corriendo. Salté a través de los charcos, viendo una cortina de agua caer frente a mis ojos, intentando no resbalar en las baldosas relucientes.

Llegué a la puerta de cristal de mi edificio totalmente empapado. La camisa blanca se veía transparente y mi pelo estaba aplastado, inundado hasta la raíz. En el corto trayecto, mis zapatos se llenaron de agua, y ahora, al dar cada paso, se oía como mi pie aplastaba cada partícula causando un ruido extraño. Subí por el ascensor con aire acondicionado, tiritando de frío.

Entré a casa y vi la foto de mi amigo. El fuerte viento que silbaba a través de la ventana de la cocina la había tirado al suelo. La tomé con las manos mojadas. Miré el rostro de mi amigo. Lo miré en detalle. Recordé cada pedazo de su cara, de su risa y sus rasgos. Quise poder hablar con él en ese preciso instante.

—Hey, amigo. ¿Cómo estás?

Pero ya no estaba aquí.

Abrí los ojos. Era la hora de ir a trabajar. Era miércoles. Aún restaban dos días de trabajo. El desayuno de las seis de la mañana nunca fue mi preferido. Ese extraño sentir en que todos están durmiendo mientras uno está obligado a salir al mundo, a la ridícula obligación.

De regreso en mi cubículo blanco con paredes blancas y una molesta luz blanca de tubo que iluminaba vergonzosamente el cartel plateado con mi nombre, debía esperar lentamente hasta que fuera la

hora de volver a casa a, a mi libertad, a ser *yo*.

—Buenos días, Sr. King.

El Sr. King pasó por delante de mí. No me miró. Me pareció mejor que si hubiera venido a saludar. Era temprano para fingir simpatía.

Ese día en particular fue interminable, las horas no pasaban. Miré el reloj y noté que las agujas no avanzaban. Puedo jurar que por momentos se quedaban quietas, paralizadas en el sinfín de una vida sin sentido.

Tomé el tren de vuelta.

La gente entraba en el vagón, casi dormitando, por las puertas corredizas. Pensaba que cada una de las personas que veía a diario en ese tren tenían un Sr. King con quien lidiar cuando llegaran a sus trabajos. Había una cuota de fastidio en cada uno de los rostros que viajaban conmigo de ida y vuelta sin retorno. Pero había un rostro que estaba confuso; solo se distinguía una sombra oscura y algo parecido a rasgos faciales, pero lejos estaban de ser humanos.

¿Acaso yo estaba delirando, alucinando por completo?, ¿o era el único en este vagón que había notado la presencia de la temida muerte?

La gente seguía su mundo. Algunos leían el periódico, escuchaban música, y otros como yo, mirábamos por la ventana hacia los cementos de un camino gris.

Pero yo había tenido ese sueño tan particular, yo la había visto. Yo había conocido su rostro y su expresión en un sueño de final causado —de algunos sueños se puede tardar años en despertar—.

Decidí no revelarme y seguir a la presunta muerte hasta su morada.

Su traje negro, largo hasta el suelo, no fue difícil de seguir entre la multitud desconocedora que transitaba por la estación de tren.

La seguí por unas cuantas manzanas a varios metros de distancia.

Llegó a su casa. Era la casa de mi sueño.

La vi entrar y cerrar la pesada puerta a su paso.

Esperé.

Me acerqué con prudencia hacia la ventana y observé dentro.

¿Cómo sería la casa en donde vive la muerte? Era completamente normal. Había una cocina con un frigorífico, había una sala de estar con un sillón y una televisión, había dos baños, uno para la muerte y otro para las visitas. Había una cama para que durmiera y una pequeña mesa para apoyar la lámpara de luz cálida y tenue que alumbraba sus noches de lectura.

Pero había algo que no hay en otras casas.

Había nombres escritos sobre todas estas cosas. La cama, la lámpara, la televisión, los baños, los techos y los pisos, todo se encontraba soberbiamente cubierto de nombres, millones de interminables nombres que se acomodaban apretados en una casa del siglo veinte.

Derribé la puerta con mi pierna derecha.

La muerte veía televisión en su sillón.

Me quité la corbata de seda.

La tomé de atrás en un vuelco de venganza, le sujeté el cuello con la corbata, la asfixié con fuerza y luego le partí el cuello.

La suicidé.

Salí de su casa totalmente liberado. Me dirigí a la estación de tren. Todavía se veía algo del sol amarillo.

El tren estaba lleno de gente. Me hice lugar entre la muchedumbre y esperé llegar hasta mi estación. Caminé hasta mi edificio sin mirar a nadie. Entré y me fui a dormir sin cenar.

Me deslicé con tranquilidad en una noche de brisa extraña, una noche en la que una mujer de ciento cinco años dejaría de respirar, pero se quedaría allí, no se iría a ningún lugar.

Bajo una nueva luna un hombre de mediana edad tendría un ataque al corazón pero ninguna muerte tocaría a su puerta.

Desperté. Desayuné con ganas. El café de las seis de la mañana puede ser muy entusiasta.

Llegué al trabajo. Miré a mí alrededor. Aprecié y agradecí cada segundo de vida que pasaba por mi cuerpo.

Una pila de más de un metro de hojas para fotocopiar me esperaba eternamente. Era pasada mi hora de entrada. Me senté en mi silla con los zapatos sobre el escritorio y la camisa fuera del pantalón, decidido a esperar al Sr. King que viniera a despedirme. Contemplé el cartel plateado con mi nombre detallado en bronce. No tuve dudas acerca de quién era ese día.

Douglas Spaulding. Sí, ese mismo.

Yo asesiné a la muerte, le quité la vida con la corbata de seda que llevo puesta.

PLANETA PARAÍSO

PLANETA PARAÍSO

PARTE I

Una explosión de velocidad.

Luego otra. Y otra aún más lejana.

Se podía apreciar, a simple vista, una inmensa cantidad de pequeñas luces alejándose hacia el infinito.

Despegaron miles de cohetes.

El cielo bañado de atardecer se vio colmado de puntos brillantes. Parecían fijos y, sin embargo, se desplazaban tan rápidos como un rayo. Los resplandores metálicos escaparon de la Tierra expulsando fuego, llevando millones de vidas a un nuevo mundo.

Este era un día muy particular, ya que se trataba del último. El único propósito consistía en salvar a toda la gente, llevarla fuera de este planeta antes de que el desastre nos alcanzara.

Sería la humanidad transbordada directamente a Galilei, la primera estación espacial giratoria de nuestro sistema solar creada por el hombre con un tamaño similar al de la Luna. Ubicada a novecientos

mil kilómetros de distancia, las mejores viviendas tendrían vista a los anillos de Saturno.

La Ciudad Encendida, como fue apodada, tenía la capacidad de albergar a trece mil millones de personas. Contaba con escuelas, plazas, avenidas y mercados. No tendríamos viento ni pasto, pero al menos veríamos el Sol una vez por día.

Nosotros, seres del espacio, fuimos los únicos capaces de tomar la decisión cuando tuvimos en nuestras mesas la noticia fatal.

Osiris fue el nombre dado a la última pesadilla. Un planeta dorado con un diámetro de cuatro mil kilómetros. El revés del universo para la burla de nuestras costumbres terrenales. El Guerrero de la destrucción, el Padre de toda catástrofe o el Fin del mundo, lo llamaban en los diarios.

En ese momento entendí nuestro poder sobre todas las demás especies, animales e insectos. Entendí, al fin, lo que nos diferenciaba de ellos; era el espacio. Siempre fuimos nosotros los únicos capaces de llevarnos a todos, transportarnos a través del cosmos y emigrar a otro sitio. Cargaríamos no sólo nuestras cosas, sino todas nuestras frustraciones, nuestros deseos, nuestros reproches y nuestra esperanza. Lo llevaríamos todo a costas en una mochila invisible.

Una casa destrozada era lo que dejábamos atrás. Durante las últimas décadas los grandes avances tecnológicos y la industrialización exacerbada habían maximizado las ganancias de muchos y alterado paulatinamente los suelos y las aguas. La mitad de las especies animales habían visto la guillotina en manos

de nuestros químicos y nuestras pretensiones absurdas. Muchas de esas especies quedarían extinguidas en la eternidad; el crimen completamente impune.

Ahora veríamos todos esos errores desaparecer. Habíamos recibido el regalo de poder ocultarlos debajo de la alfombra. Transformaríamos la mala noticia en una especie de nuevo comienzo para todos nosotros. La mudanza habría de redimirnos, quitarnos la pesada culpa. El espectáculo de desastre nos llevaría más allá de nuestra imaginación. Purgarnos, el fin último.

Gavin se acercó caminando.

—General, ya hemos ascendido el cincuenta por ciento de las naves. En total veintitrés mil cuatrocientas cincuenta y seis atravesaron la atmósfera con éxito.

—Bien, estamos justo a tiempo —dije con una cierta tranquilidad—. Ya puedo ver la sombra del desastre asomarse en algunos países del Este.

Llevé mis manos a los bolsillos de la gabardina negra que llevaba esa tarde. Me refugié dentro de ella por unos segundos. En la solapa interior llevaba mis iniciales bordadas en bronce: *SWM*.

—Los cohetes de primera línea alcanzaron altura con éxito y tomaron el rumbo esperado. Llevan dos horas y dieciséis minutos en camino —dijo Gavin.

—¿Te refieres a los cohetes de oro? —pregunté.

—No comprendo, general.

—Los adinerados estaban ahí dentro, ¿verdad?

—Sí, señor. Afirmativo.

—¡Bah, es una lástima! Pensar que pudieron haber estallado en pedazos y, sin embargo, serán los primeros en llegar. ¿Qué clase de justicia hemos creado?

—¿Justicia? —preguntó Gavin sin entender.

—Es solo un comentario sarcástico, Gavin. ¿Tu familia ya se encuentra en línea para embarcar?

—Sí, general. Acabo de asegurarme de ello. Mi hija está un poco asustada. Ha tenido una pesadilla. No confía en el espacio.

—¿Quién podría confiar? Un loco, un ser demente. —Miré una chispa encenderse a la distancia.

Otro cohete era lanzado a millones de kilómetros hacia la perfecta e imponente Galilei.

Un largo silencio en los aires.

—¿Crees que podremos ser felices allí arriba? —le pregunté a Gavin mientras miraba el suceso.

—No lo sé —respondió—. Es que no he tenido tiempo de pensar en nada más que en escapar en todo este tiempo.

Los últimos meses habían sido alarmantes. Especialmente desde que se adelantaron las fechas y comenzó una carrera hacia la locura en cuenta regresiva.

Otro despegue cercano interrumpió la conversación. Los motores se encendieron expulsando un viento cálido y una nube de tierra nos cubrió por completo.

—Puedes ir, Gavin —dije junto con el aturdimiento y le hice una seña indicándole que se podía retirar.

Hoy era el día en que nos marchábamos todos. No quedaría una persona detrás.

La gigantesca nave *Mercury* nos llevaría hasta la estación espacial a nosotros, los cientos de héroes que integrábamos la misión.

Siempre había sentido que yo podía ser un héroe, pero nunca se había presentado la oportunidad.

La *Mercury* sería la última en elevarse. Había una cabina personal para cada uno de nosotros en los pisos 300 al 311.

Debíamos asegurar la llegada de todas las demás naves y, si algo fallaba, seríamos los primeros en sacrificarnos por el bien común.

El correr de un reloj con agujas filosas amenazaba con cortarnos en pedazos con cada hora que pasaba. Una vez que el planeta dorado alcanzara una distancia menor a los 11 millones de kilómetros, seríamos comida para bacterias espaciales. Los efectos propios del acercamiento evaporarían los mares, quemarían las plantas y dejarían a nuestros paisajes sin vida en menos de una millonésima de instante.

Los cohetes estaban informatizados y programados por el doctor Barnard, que había diseñado un sofisticado sistema de control. Operaba desde un cuarto cubierto de cristales que se encontraba en la pequeña colina al lado de los campos de algodón, donde la vista era total. Esa tarde nos serviría de resguardo entre tanto estallido y estruendo. Dentro sonaba un eterno *Chopin* que

bañaba los cielos de arte. En la puerta colgaba un pequeño cartel de madera que develaba: *Soñar no cuesta nada.*

Desde el cristal se podían ver todas las líneas de ruta espacial. Lo que no se veía a puro ojo era nuestro depredador, el cual se acercaba lentamente.

El Centro de Lanzamientos, donde se habían edificado los cientos de plataformas metálicas, se encontraba ubicado en un punto del mundo en el cual no se veía el voluminoso planeta encima de nuestro techo. Los físicos habían determinado que esta sería la ubicación más cercana al ecuador, lo que le ahorraría a la humanidad el tétrico enfrentamiento con su enemigo. Pero, a medida que las horas pasaran, con la propia rotación terrestre, Osiris quedaría al descubierto.

A unos cuantos metros se inició una cuenta regresiva. Me volví para ver el cohete con precisión.

Desde que me dedicaba a la ciencia espacial nunca había tenido la oportunidad de visualizar un evento de tal magnitud. La propulsión a reacción me dejó helado. Supongo que mi cercanía tuvo algo que ver en la concepción de los hechos. En su inicio de fuegos rojos causó una fuerte vibración en el suelo mientras flotaba casi en cámara lenta, acelerando furiosa pero lentamente. Luego fue un milagro lleno de luz.

Es impresionante tener frente a los ojos un cuerpo de millones de toneladas haciéndose paso a través de la gravedad, arrasando con los números y la física, deslumbrando a todos con la mejor lección de magia

dada al ser humano.

Las líneas de fuego derretido que habían dejado los anteriores viajeros en el cielo eran despedidas en miles de cenizas hacia los lados, dejando otras líneas de fuego que serían arrasadas por el próximo cohete. Si uno miraba a lo lejos, podía vislumbrar rastros de estos incendios voladores por todos los aires del terreno hasta donde terminaban las últimas líneas de ascenso, a cientos de kilómetros.

Vi a Gavin llamarme a lo lejos. Me dirigí hacia él mientras tomaba lugar otro despegue cercano.

—General, el ochenta por ciento de los cohetes han sido ascendidos.

—¿Es eso una buena noticia? —pregunté.

—No sé qué decirle, general. Creo que lo es. Mi familia estaba en uno de esos. Ya se encuentran camino a la estación espacial.

—¿Qué te dieron a ti Gavin?, ¿un modelo tipo familiar?, ¿un apartamento?, ¿un piso?, ¿dos pisos?

—Nos asignaron una casa Clase A —contestó Gavin—. Dos pisos. Dos autos. Muchas ropas y perfumes. Tú conoces a Clara, estaba fascinada.

—Me alegro. Estaremos en el mismo distrito. —Había visto las listas unos meses atrás y sabía cómo estaban asignadas las viviendas de cada uno de nosotros.

Me dieron a elegir entre una enorme mansión con cuarto de huéspedes o un apartamento de lujo con varios pisos. Finalmente opté por un estudio clase E, sin espacio de sobra ni excesos innecesarios. Si fuera a empezar de nuevo, esta vez lo haría de forma

simple.

—Estamos en Kepler IV, a la vuelta de una plaza de papel —aclaró Gavin—. Dicen que es como las plazas de aquí, casi no puedes notar la diferencia.

—Será una vida diferente allí arriba —dije pensando en una vida sellada al vacío.

Miré lo que quedaba del cielo rosa.

—En menos de una hora habremos cumplido el noventa por ciento de la misión, mi general.

—Gavin, Gavin... solo hablas de números. ¿Acaso te has detenido a ver el espectáculo que sucede frente a nuestras narices? —Eché un vistazo a los cohetes que viajaban por encima de nosotros. A la distancia se veían estelas blancas y amarillas que se desplazaban enérgicamente con gran rapidez. —Mira estos pastos con atención porque nunca más verás algo crecer del suelo.

Gavin no respondió, pero miró los pastos verdes en sus pies.

—Definitivamente echaremos de menos este lugar como a ningún otro. —Se hizo una pausa. —Puedes volver, Gavin.

Salvar a la humanidad no era poco para una tarde de sol espectral. Cumplíamos puntualmente el protocolo de emergencia iniciado semanas atrás. En unas cuantas horas estaríamos instalados observando la ceremonia de colisión, el momento en que nuestro querido planeta llegará a su fin, el baño de humildad.

El grupo *Kaiser*, reconocido fabricante de aeronaves, sería el encargado de ejecutar y supervisar cada vuelo que partía rumbo a la estación espacial. También había señalado la conveniencia de realizar

todos los ascensos en un mismo día para abaratar costos. Por otro lado, habían sugerido que dicho plan se ejecutara exactamente el mismo día en el que la gravedad del planeta dorado se fusionaría con la nuestra. De esta manera, la humanidad se sentiría socorrida, salvada en el último momento. Como una gran publicidad de algo atroz.

El temido Osiris nos impactaría en una suerte de culminación estallido para el viejo verde y azul, mientras el humano, ser de la Tierra, observaría a salvo a la distancia.

El apresurado programa de salvación debió ponerse en marcha después de que la masa del cuerpo espacial aproximándose ganara una velocidad galopante. La prematura llegada de Osiris nos tendría a todos tan frágiles como un cacharro de cerámica.

Un aroma extraño en el Centro de Lanzamientos recorría los rincones, una brisa poco amigable. La sombra esférica asomaba a lo lejos. Si fuéramos a quedarnos aquí, comenzaríamos a sentir un cosquilleo de electricidad en nuestras venas. Luego nuestros pelos se erizarían. Al cabo de varios minutos nos sentiríamos menos pesados, y para el momento en que el astro dorado se encuentre a cinco millones de kilómetros, nuestra existencia sería tan solo una luz negra que gira y gira al infinito.

Lo veríamos todo desde las ventanas de nuestros cuartos de plástico blanco, con flores de plástico rojo; observando la muerte del planeta, a lo lejos, desde lo más cercano a la cobardía, evitando el destino, eludiendo a la naturaleza y la sabiduría.

Las pocas personas que quedaban en contacto con el aire estaban por entrar a las plataformas, dejando para siempre este suelo. Había largas filas en cada una de las líneas. Se podían ver los pequeños grupos de personas a lo lejos sosteniendo sus billetes numerados a punto de embarcar.

Abandonaríamos el navío cual capitán cobarde.

La multitud seguía siendo eyectada a razón de millones por minuto, enviados en un viaje de pocas horas. El sonido de los motores de fuego jamás cesaba.

Me tomé un instante para observar nuevamente las pequeñas luces en el cielo, todas humanas, explotadas por nuestra pólvora, rompiendo récords con nuestra lógica, nuestro metal.

Caminé por las calles de tierra hacia el cuarto de cristal. Me acerqué al ordenador de control.

El doctor Barnard tenía el mando de todo lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante.

—General, estamos por alcanzar el noventa y ocho por ciento de personas puestas a resguardo. Hasta el momento no hemos tenido el mínimo desperfecto. Tenemos unas tres mil naves en el cielo.

—¿Tú también me vas a hablar con números?

—Es una misión muy exitosa, general —agregó Barnard.

—Nosotros seguimos aquí abajo. Yo seré el último en abordar la *Mercury*. Hasta ese entonces, no puedo hablar de nada exitoso.

—Yo le garantizo, mi general, que...

Interrumpí.

—Podemos volar en pedazos. La implosión aún

sigue siendo una posibilidad para algunos de los escépticos.

—No es usted muy optimista.

—Solo soy realista —respondí—. ¿Cómo se encuentran las almas que llegaron a la base?

—Ya se están ubicando, general. A la espera de las últimas naves por llegar.

—Hay algo que no me gusta de la tal Galilei —dije pensativo—. Desconfío de un lugar sin naturaleza viva. ¿Quién nos salvará ahí arriba? Únicamente seremos nosotros, algunos pobres animales y una gruesa pero débil pared humana que jamás nos salvaría del desastre.

—Nos encontramos en horario para iniciar protocolo de embarcación de la *Mercury*. ¿Doy la orden, general? —preguntó Gavin.

—Todas esas mascotas aquí abajo. Hay algo que no está bien en todo esto. —Introduje mis manos en los bolsillos. —Sí, Gavin. Que comience el embarque de nuestra nave.

Desde el cuarto de cristal se veían las estrellas a la perfección y, entre todas ellas, miles de luces resplandecer en su quietud.

Me sentí, de alguna manera, lleno, ansioso.

Si este plan resultara, sería lo primero en mi vida que habría hecho bien.

Interminable cantidad de nombres y apellidos se encontraban en camino a lo que llamaríamos La Nueva Era. Serían las próximas generaciones las que cambiarían el estado de vida de los humanos y nos adentrarían en el futuro espacial. En estos viajes se encontraban todos ellos; los abuelos, los padres y los

hijos, en sus capsulas de plástico. Y si todos ellos lograban vivir mejor, salvarse del desastre que llegaría en largas horas, mi misión en esta vida estaría cumplida. Podría descorchar mi botella de champán envasada en el espacio, mirando por la ventana la grandeza de los océanos, podría ver la oscuridad desconocida que rodeaba el planeta.

Echaré de menos mis días terrestres, pero cuando llegue el momento, desde la posición horizontal de mi butaca, cerraré los ojos y festejaré gritando por dentro tan fuerte como pueda. Me escucharán en todos los brazos de la galaxia.

Gavin se acercó corriendo. Algo no andaba bien.

—Un magneto en cortocircuito en el cuarto de cristal, general —dijo agitado.

—¿Cómo sucedió? Olvídalo, no hay tiempo para explicaciones. —Tuve que empujar la situación a un resultado positivo.

Corrimos hacia la colina. De fondo nos acompañaban las explosiones de fuego. Supuse que no era tan grave si aún continuaban eyectando vidas a través de la atmósfera.

Barnard había intentado lo imposible, pero se encontraba averiada una fase completa del mando de control. El cartel de madera estaba hecho cenizas.

—Gavin, ¿cuántos cohetes nos quedan en tierra? —lancé en una encrucijada.

—Ochocientos veintidós en total, general.

Miré a Barnard directo a los ojos.

—Doctor, ¿cuánto tiempo para ascender las ochocientos veintidós naves?

—Unos treinta minutos.

—Bien. Gavin, es hora de enviar a todos a sus puestos. No tenemos más de una hora antes de que la electricidad penetre en nuestros organismos. La *Mercury* tiene que estar completamente abordada y lista para ascender en un cuarto de hora. ¿Las demás naves se encuentran listas?

—Sí, general. Todas listas para ganar altura.

Barnard dio la orden.

Las ochocientas veintidós naves restantes serían llevadas fuera de nuestra atmósfera en tiempo récord.

Barnard orquestaba una ola de despegues masivos mientras la sombra del miedo se acercaba. No había tiempo para retrasos ni cambio de planes.

De pronto apareció en los cielos una horda de luces de fuego, alejándose hacia lo que quedaba del cielo rosa que traía la inevitable noche, dirigiéndose hacia el punto blanco que brillaba a lo lejos. Nuestros rostros y los paisajes a nuestro alrededor se vieron iluminados por los cohetes que se perdían en las estrellas, alejándose del gigante astro que destruiría todo a su paso.

Me transporté a una navidad de mi niñez.

Subíamos las escaleras de hierro negras en forma de caracol hacia lo más alto del edificio. El abuelo me llevaba en brazos mientras yo miraba maravillado los colores y sentía el aire cálido del verano. Los fuegos artificiales fosforescían en el cielo iluminando la ciudad entera.

—Ya casi llegamos —me dijo con anhelo sosteniéndome con fuerza.

Acaricie su barba, esa con la que jugaba y enredaba con mis manos sin que él se diera cuenta. Llegamos a la terraza y miramos hacia la gran ciudad. El viento soplaba fuerte. Podíamos ver las copas de los árboles de todas las manzanas. Las calles estaban colmadas de gente festejando. Por las ventanas de los edificios se veían las familias reunidas, con esa pura energía que se comparte en un día festivo, en que por tan solo ese día, todo pareciera estar bien.

—Ahora te toca pedir un deseo —me dijo el abuelo con el rostro iluminado por los colores de la noche.

Miré las estrellas y pensé en qué pedir.

—Tómate tu tiempo —agregó—. Piénsalo bien, porque para aquellos que creen, los deseos siempre se cumplen.

Pensé qué pedir por un segundo.

—Quisiera salvar a la humanidad —dije en voz alta.

—Entonces lo lograrás —concluyó el abuelo señalando el cielo, riendo.

Abrí los ojos. El recuerdo habitaba intacto en mi mente.

Gavin se acercó con los últimos rayos de sol.

—General, ya hemos ascendido al cien por cien de los cohetes.

—Eso es una buena noticia —contesté—. Ese número me agrada.

—Me temo que tenemos un problema.

—¿Qué problema? —pregunté.

—Bueno...

—¡Dímelo ya!

—Es la *Mercury*. El magneto en cortocircuito, general —dijo Gavin.

—¿Qué significa eso? Habla de una vez.

—El ascenso. Únicamente puede realizarse desde el control de mando —concluyó Gavin.

—¿A qué te refieres? —pregunté ardiente.

Barnard entró en la conversación.

—Al menos uno de nosotros debe quedarse aquí abajo. El despegue únicamente puede ejecutarse desde el cuarto de cristal en forma manual.

Existía una sola persona responsable por todo el operativo, solo una persona que pudiera renunciar a todo para salvar a los suyos.

Por unos segundos sentí como si el tiempo se hubiera detenido y todo mi destino se arrugaba y chamuscaba en una apresurada respuesta.

—Yo me quedaré —declaré sin pensarlo siquiera.

—Pero, general, quien lo haga morirá. El planeta, usted sabe...

Lo interrumpí.

—Gavin, soy un hombre sin familia. Toda esa gente ahí arriba —miré a través del vidrio del cuarto de cristal hacia lo más alto del cohete—. Soy el indicado, yo me quedaré. Ustedes pueden salvarse.

—General, es usted un héroe.

Se encendieron los motores de la *Mercury*. Los fuegos sacudieron lo que quedaba de la tarde.

—Yo me voy de aquí. Un placer trabajar bajo su mando, general. Tiene usted mis respetos de por vida. Ya he dejado todo listo para que ejecute el

ascenso. Deberá bajar esta palanca cuando el conteo llegue a cero —dijo Barnard antes de marcharse.

—Váyanse de una vez, malditos cobardes —les dije con una palmada en la espalda—. Voy a estar bien.

El doctor Barnard estrechó mi mano y huyó hacia las escaleras que conducían a la entrada de la plataforma metálica. Dejó atrás el cuarto de cristal luchando contra los vientos. Lo abandonó al igual que se abandona a un cachorro bajo la fría lluvia, en un fiel acto de cobardía.

—¿Algo más que pueda hacer por usted, mi general?

—Puedes tomar mi champán, Gavin. Lo estaba guardando para festejar, pero ya que no estaré allí arriba con ustedes. Puedes hacerlo tú. Festeja con tu familia un nuevo comienzo. Lo merecen. Y dile a tu hija que no tiene nada de qué preocuparse.

—Lo haré, general. No olvidaré lo que hizo por nosotros. Habrá una gran avenida, la más importante de la ciudad. Llevará su nombre.

Gavin también me abandonó. Desapareció como una visión entre los pastizales que conducían a la *Mercury*.

Me vi solo, frente a un objeto de tamaño desmesurado.

Las últimas personas de este planeta estaban ahí dentro. En los cielos todavía se apreciaban las últimas luces con destino a Galilei.

Las llamas y los ruidos de carburación habían cesado. El barullo y las voces también.

Ya no era general de nadie, no había ni un

subordinado a quien acudir. Si no había otras personas tampoco tenía nombre, títulos, ni cargo. No tenía espejos en donde reflejarme.

Los motores hicieron el ruido de un cúmulo de encendidos. Miré hacia lo más arriba que pude, hacia las pequeñas ventanas en la punta del cohete, donde se encontraban los pilotos. Les hice una seña con mi pulgar, indicándoles que todo estaba bajo control, que podían contar conmigo.

El conteo se inició.

Corrí al cuarto de cristal.

La máquina anunciaba: tres, dos, uno, cero.

Bajé la palanca.

Se liberó la pesada estructura y se desplomó la plataforma entera causando una gran nube de tierra y metal.

Salí al descampado sin poder ver el horizonte.

Imaginé a los ocupantes mordiéndose las uñas de los nervios, sujetándose de sus apoyabrazos, mirando a los ojos a sus amantes, tomándose de las manos, mirando hacia afuera, volando hacia las alturas.

La intensa explosión —tan cercana como verdadera— me despidió por los aires, arrojándome contra lo más duro de los suelos.

Me puse de pie ante tan imponente invento humano.

Recordé el deseo que pedí con el abuelo en la terraza mientras el cohete se elevaba. Su fuerza de empuje me impulsaba hacia el suelo y cerraba mis párpados dejándome ver muy poco.

Levanté mis brazos a lo alto, saludando a cada niño, madre y padre que llevaba ese último viaje.

Les grité con toda mi fuerza; ¡Adiós!

Les deseé suerte en su próxima vida de juguete.

Corrí por las calles de tierra, siguiendo en el cielo el lento pero veloz suceso.

Saludé y agité los brazos mientras corría a la par de mi euforia.

Los cuidé hasta que la insignificante *Mercury* fue una pequeña luz camino a una luz más grande.

El mundo ahora contaba con un habitante. Una sola persona esperando la sentencia de la naturaleza. De pronto, el silencio era lo único que gobernaba este lugar. Ya no había opiniones ni fundamentos. No existían las ofertas, ni los empleos, ni todas aquellas cosas que nos habían llevado tanto trabajo construir. Yacían abandonadas, olvidadas en el limbo de todos los días. En cambio, las montañas seguían siendo iguales de imponentes, y los ríos aún más transparentes.

Las ciudades dormirán al fin, aunque sea por un tiempo hasta que acaeciera el desastre.

La última persona en la Tierra. Ese soy yo.

Sentí un éxtasis inigualable.

Al otro lado del mundo, oculto al Centro de Lanzamientos, la sombra del astro ya ocupaba la mitad de nuestro suelo. Sentí mis cabellos erizarse hacia el Este. Respiré con mayor frecuencia. Comprendí que cada segundo que pasaba valía menos que el próximo.

En las últimas horas recorrí los senderos más intrigantes y caminé en busca de algo nuevo. Divagué en línea recta para conocer un poco más, llegar a ver

una colina que nunca había visto o una flor que jamás haya cruzado mi camino. Vi a lo lejos unos edificios y mientras los miraba me sentí menos pesado. Era capaz de subir y bajar mis brazos sin el más mínimo esfuerzo.

Como cientos de estrellas polares, las últimas naves a la vista me servían de referencia a lo alto. Una de esas luces debiera ser la mía. En algún punto del cosmos, Gavin estaría descorchando mi champán y festejando junto a su familia.

En cuestión de minutos la totalidad de los pasajeros sería puesta a resguardo y en poco tiempo se asomarían por sus ventanas para contemplar la ansiada ceremonia de colisión, tal como lo había proyectado el grupo *Kaiser* originalmente.

Supongo que Gavin no esperaría el momento con ansia, sabiendo que yo había quedado atrás.

En cuanto me di cuenta ya no se veían luces en el cielo, solo el destello de una ciudad de plástico perdida entre las estrellas.

Los viajes habían llegado a tiempo. La misión había sido todo un éxito. Supuse que los que se hallaban en la nueva Tierra postiza estarían a la espera del momento culminante. Algunos lo hacían con angustia y otros con júbilo.

Para la mayoría de las personas esto era una oportunidad para empezar de cero. La destrucción de nuestra casa era para unos pocos una manera de vivir un nuevo día de la independencia. Para otros, una excusa para poder cometer los mismos errores.

Un leve rugido se sintió en Japón. Osiris sería

atraído por nuestra gravedad mientras a miles de kilómetros la humanidad estaría mirando por sus ventanillas el destino del planeta, pero algo inesperado ocurrió.

Una implosión espacial.

Una realmente poderosa.

La pequeña luz que giraba y giraba estalló en pedazos.

La gran Galilei se esparcía por los cielos.

El fracaso más grande de la historia presumía frente a mis ojos.

La onda expansiva generó una bola de fuego rojiza que se propagó en milésimas de segundos por todo el espacio visible.

Se diferenciaban con claridad los pedazos de metal con los cuerpos de las personas volando por todas partes.

La estación espacial nombrada en honor a Galileo Galilei, aquella que albergaría a nueve mil millones de personas por los próximos años, se desintegraba frente a mi retina mientras se veían las múltiples estelas de humo que salían de los escombros voladores. El cielo se inundó de pequeños meteoritos de plástico atraídos por la masa del planeta desorbitado. Disfruté la fotografía con una amarga sensación a muerte, la extinción de una especie entera; la mía.

La ingeniería humana caía en pedazos sobre mis hombros.

Pensé en las personas que conocía, todos estaban ahí dentro. La raza humana desaparecía casi en su totalidad en cuestión de segundos. No habrá quien

escuche nuestra música ni quien pinte bellos cuadros. La mejor literatura ahora reposará por siempre en algún cajón de un escritor desconocido. Después de que yo me haya ido, también el lenguaje carecerá de valor.

¿Sabe algún Dios de cualquier religión que significado tendrá la palabra Ser cuando la nada, sea todo lo que quede?

El rugido que se aproximaba se sentía más intenso con cada grado que la Tierra giraba. Algunas hojas de los árboles eran arrancadas y volaban hacia los cielos. Se contemplaba a la distancia una cantidad inimaginable de rayos horizontales y verticales que avanzaban en todas las direcciones. Una lluvia que nunca tocó el suelo empapó mis cabellos.

Supuse que había llegado mi hora. Esta vez no tuve miedo.

Me alegré por la naturaleza. Era ella quien tenía razón. No somos mejores que ninguna especie, ni siquiera somos seres del espacio. No sé a quién quisimos engañar esta vez.

No había redención alguna para nosotros, los grandes usurpadores. Ni siquiera la merecíamos.

Me detuve frente al planeta entero. Llegué a ver la circunferencia de nuestro más salvaje predador, el verdadero Diablo.

Acomodé mi abrigo, cerré los botones uno a uno y di el discurso más importante de mi vida.

—Sueñen, crean, proyecten, planifiquen apuntando hacia el modelo... si así quieren llamarlo, pero sepan que los modelos, sus modelos, no deben

ser piedras preciosas, pues solo si son flexibles verán si realmente existe otra manera de vivir —me detuve a mirar las estrellas y lo que quedaba de nuestra especie—. Jamás vengan a decirme que encontraron la solución, que la tienen en brazos.

Miré a la multitud inexistente, sabía que muchas de mis palabras ya estaban muertas.

Una luz blanco dorada me absorbió en el todo de la última explosión de velocidad.

PLANETA PARAÍSO
PARTE II

El amor de papá era un amor que no se podía medir en cucharadas de miel. Tampoco se podía calcular con exactitud contando la cantidad de veces que me había llevado a la Feria de la Diversión. Era allí donde trabajaba como operario de algunas de las atracciones. Los martes eran los únicos días que tenía libres. Aprovecharía para pasar la tarde llevándome de la mano a cada uno de los juegos y tableros de luces solo para ver el destello de alegría en mis ojos.

Los días de feria eran nuestros días. Por la tarde papá me compraría un helado de cucurucho. Esperábamos escuchar la música del carro y cuando sonaba a la distancia, lo seguíamos con nuestros oídos, corriendo entre la gente, empujando y haciéndonos un lugar hacia la melodía que expulsaba el vehículo con ruedas mientras avanzaba a paso lento iluminando de rojos y azules el sendero de asfalto.

Nos encontrábamos frente al carro blanco.

—¿Qué sabor vas a querer hoy, pequeña?

Miré a papá. Me tomó de los hombros.

—Puedes elegir el que tú quieras —dijo sonriendo.

—Hoy quiero de... frambuesa —dije mirando el letrero con luces.

—¡Un helado de frambuesa para la niña! —gritó al aire el vendedor, como si alguien detrás de él estuviera tomando el pedido. No había nadie más allí.

Recuerdo esos cucuruchos de barquillo como si aún estuviera sosteniendo uno en la mano antes de saborearlo con todo mi paladar.

Por la noche volveríamos caminando a nuestra pequeña casa remolque al límite de la ciudad. La mayoría de las veces nos quedábamos en la feria hasta que se apagaran todas las luces, se cerraran los juegos y los demás empleados comenzaran a levantar sus puestos. Esta vez nos fuimos con la caída del sol. Papá tenía un nuevo trabajo nocturno. Había sido llamado por la UNE para colaborar en una misión secreta. Era todo lo que sabíamos hasta el momento.

Recorriamos la acera iluminada.

—Pa, ¿están lejos las estrellas? —pregunté en el silencio de la oscuridad.

—Millones y millones de kilómetros —contestó papá.

—Pero entonces, ¿por qué las vemos como si estuvieran tan cerca?

—¿Te has preguntado a qué distancia se encuentra el Sol? —me preguntó.

—Mucho más lejos que esas estrellas —dije señalando el cielo.

—Bueno, hija...el Sol es una estrella.

—¿En serio? —pregunté asombrada.

—Sí, claro que lo es. De hecho es la estrella más cercana que existe.

—Pero las estrellas se apagan, ¿el sol también se va a apagar?

—Claro, hija. El Sol se apagará algún día —respondió papá.

—En serio? —pregunté asombrada.

—Así es. Pero no te preocupes, seguro fabricaran un sol mecánico o crearan uno nuevo.

En todo el espacio oscuro resaltaba un punto dorado.

—¿Y, esa estrella? —pregunté intrigada.

—Eso no es una estrella, es un planeta.

—¿Qué planeta es?

—Podría ser Venus... o Júpiter. No estoy seguro —respondió papá sin dar importancia.

Continuamos camino a nuestra casa.

No me gustaba el nuevo trabajo de papá porque ya no cenábamos juntos ni estaba para leer cuentos en mi cama después de cenar.

En un comienzo era un trabajo de pocas horas, pero a medida que pasaron las semanas fueron aumentando. Pronto, papá trabajaba los siete días de la semana moldeando las masas gigantescas de metal y trabajando la pólvora que nos salvaría en el futuro.

Salía tarde luego de que me fuera a dormir por la noche acompañado por su bicicleta y las estrellas que iluminaban las calles por las que transitaba para llegar a los cobertizos que se encontraban fuera de la

ciudad.

Guardábamos cuidadosamente, desde hacía varios años, un jarrón de vidrio donde poníamos las monedas que nos sobraban del día. Algunas veces serían unos cuantos billetes y otras apenas unos pocos centavos. Por fuera llevaba, pegado con cinta, un cartel escrito a lápiz que decía: *Soñar no cuesta nada*.

Pensábamos que con esas monedas algún día seríamos capaces de viajar a un lugar desconocido y cambiar de vida para siempre, dejar el remolque atrás, los trabajos de papá y vivir un nuevo mundo.

La mayoría de los empleados que trabajaban en los cobertizos no tenían idea alguna de qué era lo que estaban haciendo o para quién. Habían escuchado rumores y tenían algunas sospechas, pero no existía un comunicado oficial... hasta que llegó el segundo día del mes de febrero. Ese día papá llegó más temprano de lo acostumbrado. Entró a la casa dando un portazo y en cuanto me percaté ya se encontraba al pie de mi cama.

—¡Hija, despierta! Hay algo que tengo que contarte. ¡Vamos, arriba!

Nunca había visto esos ojos en papá. Eran ojos de esperanza.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras bostezaba.

—Espera un segundo —papá corrió a la cocina a buscar el frasco de monedas que guardábamos. Lo tomó en sus manos fuertemente.

El día había llegado.

—Nos marchamos, hija. Nos vamos para siempre.

—Pero, ¿a dónde?, ¿qué sucede?

—Ya lo verás. Está en las noticias, en la radio. Lo dicen por todos lados.

Miré a través de la cortina de mi cuarto hacia la calle y vi a varios de los vecinos salir de sus casas agitados.

—Vamos, levántate de una vez —papá señaló por la ventana hacia la calle—. Ahí están los Mackenzie. Voy a hablar con ellos. Y mira, también salieron los Simmons.

Papá salió de la casa. Lo vi entre mis cortinas abrazar a Kelly Mackenzie. Algunos estaban muy angustiados. Señalaban el cielo.

—¿Tú lo puedes ver? —preguntó Kelly.

—No, no lo veo —contestó su marido, Peter.

—¿Acaso hay que esperar a que sea de noche para que podamos verlo? —largó Robin Simmons quien acababa de salir de su casa después de enterarse de la gran noticia en su gigantesco televisor de última tecnología.

—Puede ser. Era de noche cuando lo vimos el otro día. Es dorado y brillante —agregó papá.

—En la radio dijeron que tiene seiscientas veces el tamaño de la Tierra, ¿será verdad? —preguntó Daniel Simmons sin esperar una respuesta acertada.

—¡Oh, Dios mío! Estamos perdidos. Todos nosotros estamos muertos —exclamó Kelly Mackenzie.

—Ya tienen una ciudad construida en el espacio, lo tienen todo pensado. Galilei la llaman. No hay de qué preocuparse —dijo papá con esperanza, intentando aliviar la incertidumbre que los rodeaba a todos esa mañana histórica.

—¿Vivir en el espacio?! Esto no puede ser verdad, no puede estar pasando —exclamó Kelly Mackenzie y se agarró la cabeza con ambas manos.

—Volvamos a casa —declaró su marido—. No tenemos de qué preocuparnos. Por ahora son conjeturas... tontos rumores hasta el momento.

Los Mackenzie caminaron en silencio de vuelta a su casa.

—Vamos a ver las noticias, hija —dijo papá tomándome de la mano.

Regresamos a la casa.

Encendí la pequeña televisión de la cocina. En todos los canales decían lo mismo, y recuerdo esa palabra porque fue todo lo que escuché hasta el día de los ascensos, la palabra del miedo; Osiris.

—¿Qué es exactamente lo que está pasando? —le pregunté a papá con una sensación rara entre mis venas mientras sintonizaba los distintos canales de noticias.

—Deja el mando en la mesa, hija. Y escúchame atentamente.

Dejé el aparato en la mesa y presté atención a papá.

—¿Recuerdas cuando leímos ese libro acerca de la extinción de los dinosaurios?

—Sí, ¿el del asteroide?

—Ese mismo. Ahora está por suceder algo parecido.

—¿Un asteroide chocará contra la Tierra?

—Es un planeta —respondió papá. Lo llaman Osiris.

—Tengo miedo —declaré.

—No hay razón para tener miedo. Será un espectáculo maravilloso. Es una lástima que no lo podamos apreciar desde aquí abajo.

Papá me tranquilizó.

Llegaría el día en que papá trabajara día y noche fabricando cohetes. Pedaleaba varios kilómetros hasta los cobertizos fuera de la ciudad mirando la totalidad de las estrellas que brillaban en lo alto. Se preguntaba en qué rincón del universo se encontraría hoy la tal Galilei de la que hablaban en las noticias a diario. Se comercializaban los pasajes más lujosos y las personalidades famosas y adineradas ya tenían un excéntrico apartamento reservado o una casa tipo familiar con césped de nylon de poliéster y cerca de madera plástica.

Finalmente nos entregarían los billetes numerados. Los vuelos hacia Galilei serían operados por *Kaiser*.

Nuestro cohete pertenecía a la última línea de despegues. Viajaríamos con la clase trabajadora.

Al sonar la sirena de cambio de turno, con el amanecer por detrás, papá pedaleó con fuerza hasta llegar a casa. Pensó en mí, en la vida que me podría dar, pensó que ya no tendría que dejar la casa por las noches y volver por la madrugada, pensó en una nueva oportunidad para ser alguien a quien nunca había conocido. También pensó en que ya no existirían las madrugadas.

Llevaba cuidadosamente en sus manos toda la fe que siempre había buscado y ahora era el momento para soñar con el futuro, para planear al fin una vida

sin gravedad.

Entró en la casa eufórico.

—¡Tenemos los billetes, tenemos los billetes!

Grité de felicidad. Corrí hacia la cocina.

—¿Cuándo despegas? —pregunté.

—Tenemos que embarcar la semana próxima. ¡Está todo aquí! —dijo papa leyendo los documentos—. Nos pasarán a buscar para llevarnos al Centro de Lanzamientos donde se encuentra nuestro cohete.

—¿La semana próxima? Pero, ¿y el colegio?

—No habrá más colegios terrestres, a partir de la semana siguiente irás a las clases en alguna escuela de la Ciudad Encendida.

—¿Y, tu trabajo?, ¿tampoco irás más a trabajar por la noche?

—A partir de la semana próxima ya no tendremos más días y noches, será todo parte de un nuevo ciclo, hija.

Papá leyó los documentos adicionales.

—Aquí dice que trabajaré tres veces a la semana, en jornadas de cuatro horas —continuó leyendo—. ¡Y mira! Estamos junto a una plaza de papel.

—¿Qué es una plaza de papel?

—No lo sé, hija, realmente no lo sé —dijo papá riendo—. Pero suena divertido, ¿no es así?

—¿Qué nos dieron? —pregunté ansiosa.

Papá leía rápidamente los papeles que le habían otorgado.

—Es una vivienda clase E.

—¿Qué más dice?

—Nuestra propia casa. ¡Solo nuestra!

—¿Los Mackenzie y los Simmons vendrán con nosotros también?

—Claro que sí. Hay un cohete para cada persona de este planeta. En todas las casas de todos las cuadras, en este preciso momento la gente está leyendo sus billetes. Toda la humanidad abre sus correos y accede a su fortuna.

Dejamos la cocina y fui de la mano con papá hasta sentir la fuerte luz del sol en mis párpados. Caminamos hasta la silenciosa y apagada calle. Papá se puso de rodillas y me tomó de los hombros.

—¿Puedes verlo? —preguntó señalando el planeta dorado.

El planeta que antes era un punto brillante parecido a una estrella ahora se veía como una pequeña esfera de tamaño significativo.

—Es un planeta interestelar —agregó papá.

—¿Qué significa eso?

—Que viene de muy lejos, de una galaxia olvidada.

Me pregunté cuan olvidada podría estar una galaxia.

Quedaba una semana en la Tierra. Siete días. Después todo sería un complejo recuerdo.

Decidimos aprovechar hasta el último de nuestros minutos, teniendo en cuenta que los relojes serían detenidos el día del ascenso por la mañana.

Se anunció luna llena para el lunes. Sería la última vez que la veríamos desde aquí abajo. Esa noche tomamos un mantel de tela a cuadros y lo colocamos en el césped frente a nuestro remolque.

Papá cocinó unas verduras en el fuego. Mientras

comíamos saludamos a los Simmons que salieron a pasear a su perro como todas las noches, pero esta noche algo en sus rostros los mostraba diferentes, preocupados, quizás. En cambio nosotros nos tendimos boca arriba a mirar nuestra futura casa. Esa noche Galilei se vería más cerca que nunca.

—Papá, ¿servirán nuestras monedas allí arriba?

—Por supuesto que no —contestó papá muy seguro.

—Entonces, ¿por qué las guardamos por tanto tiempo?

Hubo un Silencio. Papá no contestó.

Faltando solo días para la fecha de los ascensos, ya se respiraba un aire diferente.

Los negocios estaban todos cerrados. La gente ya no iría a trabajar. El dinero yacía esparcido por las calles, arrastrado por un viento que no volvería a soplar nunca más. Se había anunciado una nueva reestructuración económica que ya no se basaría en números ni montos cuantificables. Habían creado un sistema digital para redistribuir los bienes y activos espaciales.

Se escuchaba Osiris en una esquina, Osiris en algún bar, Osiris en las plazas de verdad. Todo de lo que se hablaba era del temido planeta que colisionaría con nuestro pacífico caos.

Por algunas horas era imposible tener contacto visible con él, pero cuando aparecía por encima de nuestras casas, lo único que podíamos hacer era mirarlo, mirarlo interminablemente.

Era un día nublado y plantábamos flores en el

frente de la casa. Teníamos dos cajones llenos de violetas y hortensias.

No se veían los cielos. Las nubes negras tapaban al gigante de Osiris.

Papá me explicó cómo hacer el trasplante para que no sufran el proceso.

—Toca sus raíces. Siéntelas con tus manos —dijo.

Papá tomó una de las pequeñas macetas y desnudó el cuerpo de la bella planta. Luego me la traspasó de mano en mano.

—Ahora coloca sus raíces suavemente en la tierra —explicó papá.

—¿Debo cubrirla toda? —pregunté.

—Claro —contestó—. Trae esa tierra de allí.

Tapamos la flor de tierra.

—¿Sabes una cosa, hija?

—¿Qué cosa? —pregunté con mis manos llenas de barro mientras soltaba la pala.

—Es verdaderamente una pena que estas hortensias nunca lleguen a ver la próxima primavera.

—Quizás sí lo hagan —contesté con cierta fantasía, imaginando por un segundo que todo iría a estar bien.

Se despejó el cielo. Lo que pensé que era el sol de siempre iluminando nuestros jardines era en realidad el intenso reflejo del planeta depredador impactándonos de lleno.

Papá no lograba despegar sus ojos del astro. Sus dorados rayos invitaban a admirarlo eternamente.

Nos iluminó por el resto de la tarde mientras algunos vecinos salieron a contemplar la luz de la tarde y el extraño reflejo naranja que emanaba de él.

Nosotros aprovechamos para seguir decorando la casa de rosa y violeta.

—¿No echas de menos la feria? —pregunté.

—¿Quieres que vayamos mañana por la tarde? —respondió papá.

—¿Podemos correr al carro de los helados y quedarnos hasta tarde en la noche?

—Claro que sí. Te compraré dos sabores y nos quedaremos hasta que apaguen las luces y cierren los juegos.

Los dos sabíamos que la feria había cerrado hacía semanas cuando la totalidad de los empleados fueron llamados para trabajar en los cohetes.

Cada día que pasaba, Osiris se vería aún más grande y ya se apreciaban, con claridad, su relieve y sus diferentes colores.

Llevábamos con nosotros a donde quiera que fuéramos una extraña sensación de apego y abandono. Lo que teníamos en frente a los ojos nos asustaba sin asustarnos. Sabíamos que eventualmente destruiría todo lo bello que alberga este mundo... aun así nos gustaba observarlo, jugar con nuestro tiempo. Era como esperar acostado en las vías a que pase el tren para moverse en el último momento.

En la radio y en los programas de televisión, los que todavía transmitían, opinaban acerca de la decisión de albergar a nueve mil millones de personas en una ciudad del espacio. Algunos escépticos aseguraban que tal cosa era imposible y que no habría manera de evitar la implosión. Otros explicaban con argumentos los apartados y las

diferentes alas de la estación espacial que hacían posible el funcionamiento de tan extraordinario invento humano.

En cambio yo solo podía sentir esperanza, la misma esperanza que me había contagiado papá.

Se anunció el fin de las clases en la Tierra. Ese mismo día nos asignarían nuestra ficha escolar espacial. Seríamos los primeros niños en la historia en tener clases fuera del planeta.

Llegó el último día en el colegio. Sonó el timbre de salida, pero nadie se fue a su casa. Maestros, estudiantes y directivos se negaban a marcharse. A despedirse de sus viejas historias.

Saludé a todos con la extraña sensación en mi cuerpo de que ya no se repetiría nada de lo que siempre sucedía, de lo que estábamos acostumbrados a vivir. Nuestros uniformes verdes con escudo amarillo eran abandonados en el desastre y, con ellos, todos los manuales escolares con sus absurdos conocimientos universales que ya no aplicarían en el resto del universo.

Esa tarde, antes de marcharme, miré el ombú que había bailado frente a nuestra aula por años. Miré hacia las estrellas y soñé por un instante que el planeta forastero se encontraba más lejos que antes, como si por obra de algún Dios la Tierra fuera puesta a resguardo y nos hubieran regalado una segunda oportunidad. Un error de cálculo a nuestro favor. Pero nada de eso pasó.

Lo observé.

El astro tenía el doble de tamaño que la última vez

en que lo había visto de cuerpo completo.

—Te voy a extrañar —le confesé al ombú en voz baja y me fui sin saludar a nadie.

Faltaba tan solo un día para que enviaran los autobuses a recoger a cada una de las personas que vivían en cada manzana de cada ciudad de cada país y los llevaran al Centro de Lanzamientos que habíamos visto en los televisores.

Limpiamos la casa como si estuviéramos a punto de entregarla a una nueva familia. Una familia llena de furia, fuego y desastre que demolería el lugar en una fracción de segundo.

Papá me recordó el día en que llegamos al barrio por primera vez y lo entusiasmada que yo estaba por tener un diminuto jardín de césped y una cerca de madera.

Hicimos nuestras maletas con lo poco que teníamos permitido llevar a bordo. Papá tomó el frasco de monedas y lo colocó dentro de su bolso de mano.

Por la tarde fuimos al cementerio a visitar a los abuelos. Papá lloró y les pidió disculpas. Les explicó que no los podía llevar con nosotros pero que los llevaría en el corazón hasta el día de su muerte.

Dejamos unos pensamientos celestes sobre la hierba que cubría su paz.

—¿Te conté sobre aquella vez en que tus abuelos dieron la vida por mí? —preguntó papá mientras colocaba cuidadosamente las flores.

—No, nunca me has contado —respondí con atención.

—Fue de a un minuto por día, casi sin darse cuenta.

Sonó un relámpago, pero no se aproximaba ninguna tormenta.

Llegamos a casa camino del cementerio, pero ya no se sentía nuestra casa. Era más bien un lugar de parada en el que algún día habíamos crecido y soñado con ser mejores.

Sabíamos que sería nuestra última noche con oxígeno y gravedad, con el particular sonido de los grillos.

—Me gustaría comer una enorme ensalada —dije mientras entrábamos en la cocina.

—Con tomates y aguacate —contestó papá inmediatamente.

—Lechuga, zanahoria y berenjenas —agregué.

—Aceite de oliva.

—Y un poco de limón —concluí.

El inigualable sabor de los suelos.

Cenamos con cubiertos de madera mirando las casas de nuestros vecinos por la ventana. Los Mackenzie cenaban escuchando música clásica. Los Moore habían salido a pasear en su automóvil con la caída del sol y los Simmons paseaban a su perro. No había lugar para todas las mascotas en los cohetes y eso era lo que los tenía tan deprimidos. La tarde anterior los habíamos visto abrazar a su perro en la plaza y llorar junto a él. Le hablaban al oído como si fuera un hijo a quien abandonaban.

Hablamos horas sin parar.

—¿Y, cómo era el mundo cuando eras un niño?
—pregunté.

—Totalmente diferente al mundo que conoces hoy —respondió papá.

—Diferente, ¿cómo?

—No éramos tantos. La comida era mejor, era comida real, no como esos palillos de zanahorias o el gel de gallina que puedes comprar en cualquier tienda hoy en día. Teníamos mares y playas para ir de vacaciones en el verano y montañas nevadas con cauces y ríos en el invierno.

—¿Llegaste a conocer la nieve?

—Claro que lo hice —contestó papá.

—¿Y, la tocaste con tus manos?

—Sí, hija. Teníamos nieve tres meses al año. Para nosotros era algo normal. Al igual que las playas. La marea llegaba hasta lo más alto de la costa. Debiste haber visto las olas que tumbaban a la gente en la orilla.

—Puedo imaginarlo. ¿Qué más cambió?

—No había tanta tecnología y para conocernos solo bastaba con mirarnos a los ojos. Desconocíamos mucha información y apenas estábamos comunicados entre nosotros... pero eso sí, el carro de los helados era exactamente igual al de hoy en día. Solía correr a su lado con los chicos del barrio hasta la esquina antes de que tomara la curva. Tu abuela me dejaba llegar hasta allí, pero tenía prohibido cruzar la gran avenida.

—¿Había tránsito?

Papá rio.

—No, para nada. Íbamos en bicicleta a todos

lados. Esta misma bicicleta la usaba yo cuando tenía tu edad —papá señalo su antigua bicicleta azul descolorida.

—¿La bicicleta con la que vas a trabajar todos los días? —pregunté asombrada.

—Así es. Esta misma. Me la regaló tu abuelo cuando conseguí mi primer empleo por la mañana.

—¿Me llevas a dar una vuelta como cuando era una niña?

—Pero, sigues siendo una niña. ¡Vamos! Claro que sí.

Recorrimos la clara noche y escuchamos los sonidos que emitía un barrio que estaba a punto de cerrar sus puertas para siempre.

Me senté en el cuadro de la bicicleta y papá me rodeo con sus brazos protectores.

—Ahora solo somos tú y yo, hija.

—Y el espacio, pa —agregué.

—Claro, y el espacio —concluyó papá.

Nos acompañó una suave brisa en el rostro. Nos recordó que todavía estábamos en nuestro hogar, fuera de todo peligro espacial, que todavía era la gravedad la que nos mantenía en pie.

Regresamos a la casa.

—¿Última vuelta a la manzana? —preguntó agitado.

—¡Sí! Última vuelta —grité de alegría.

Salimos de la casa con el empujón de la bajada.

—Próxima parada, ¡la Luna! —exclamó papá.

Regresamos para ver a los Simmons salir de su casa paseando junto a su perro. Nos acercamos.

—¿Cómo los trata la última noche en el barrio? — preguntó papá.

—Nada de eso, no viajaremos mañana —dijo Daniel Simmons mirando a su mujer.

—Pero, ¿cómo?, ¿qué ha sucedido?

—Nos quedamos con Otto —declaró Robin Simmons y largó una sonrisa.

—¿El perro?

—No podemos dejarlo aquí —largó ella.

—No después de catorce años —concluyó él.

—Pero muchos están dejando a sus mascotas, no hay otra opción —dijo papá.

—Por supuesto que la hay —contestó él.

—Nosotros somos una familia —dijo ella—. ¿Qué clase de persona abandonaría a un familiar de forma tan cruel?

—Así es, somos una familia —agregó él y se volvió hacia ella.

—Nos quedaremos juntos—concluyó Robin Simmons y le dio un beso en la cabeza a su perro.

La última noche fue muy difícil poder dormir.

Me levanté a las cinco de la mañana y vi los primeros rayos de sol entrar por la ventana del baño. En el otro extremo de la casa el devastador Osiris asomaba arrasador. Aún a millones de kilómetros, ocupaba gran parte del cielo. Lentamente lo dejaríamos de ver mientras estuviésemos aquí. Desaparecería junto con la rotación de nuestro planeta y para la hora en que debíamos abordar nuestro cohete, ya no lo tendríamos encima.

En unas horas nos vendrían a buscar. Y en

cuestión de tiempo, conocería los cohetes que tanto había imaginado. Era el día en que terminaban las vacaciones, el día en que te despiden de alguien e impregnas su nombre en tu piel para no olvidarlo nunca más.

Según lo estipulado, los relojes dejarían de marcar la hora a las diez en punto de la mañana. Las agujas serían paralizadas por una sociedad que ya no se regiría por un ciclo de veinticuatro horas. El número sesenta no sería más sinónimo de un giro completo.

Hasta el momento en que llegáramos a Galilei no tendríamos ni horas ni minutos, y una vez allí nos explicarían el funcionamiento de los nuevos relojes, con un sistema que aún desconocíamos, pero que gobernaría nuestro tiempo por los próximos siglos.

Llegadas las nueve y cincuenta y nueve minutos nos sentamos en la cocina a mirar el reloj blanco que había estado colgado en la pared desde que yo había nacido y mamá se había marchado. Incluso creo llevar en mi memoria todos y cada uno de los tic-tacs que produjo el segundero en todos sus giros. Era quien me avisaba si papá estaba por llegar del trabajo o si ya era la hora en que abría la Feria de la Diversión.

Avanzó el segundero al mismo tiempo que el minuterero y por último se movió la manecilla de las horas marcando las diez en punto de la mañana.

Nos miramos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Alcánzame el reloj, hija.

Tomé una silla y me paré en ella para descolgar el

reloj de la pared.

—¿Sabes una cosa? —dijo papá.

—¿Qué? —pregunté.

—Siempre soñé con detener todos los relojes de una ciudad. Ahora serán por siempre, en esta casa, las diez en punto de la mañana.

Y papá, llevando a cabo un acto fantástico, quitó las pilas del reloj deteniendo el tiempo.

Cerramos nuestras dos pequeñas maletas. Recorrimos la casa y revisamos cada cajón para no dejar nada olvidado.

Nos sentamos en el frente de la casa en nuestras reposeras de madera observando el último día de rutina quebrada. Puedo jurar que los colores eran los mismos, pero se sentían diferentes. Sucedió lo mismo con los olores y los sonidos; todos pertenecían a mi manzana, pero esta ya no era mi vida.

Eché de menos el lugar sin ni siquiera haberme marchado. Permanecimos sentados sin hablar hasta que los Moore salieron de su casa y se acercaron para calmar sus miedos.

—Dicen que en poco tiempo ya no seremos capaces de verlo —dijo Bárbara Moore.

—Así es. ¿Imaginas lo terrible que sería si hubieran decidido que los ascensos fueran en Japón? —preguntó papá.

—Es realmente una suerte que hayan escogido una ciudad a unos cientos de kilómetros para el despegue de los cohetes ¿verdad? —agregó Kelly Mackenzie.

—Sí que lo es —dije para conversar con los adultos.

—Nosotros acabamos de terminar de hacer nuestras maletas —dijo papá para distraernos aunque sea por un breve periodo de tiempo.

—Nosotros las tenemos listas desde hace varios días. Imagínate que si decidieran adelantar la fecha o el horario deberíamos estar preparados —dijo Paul Moore convencido.

—Nunca se sabe qué puede pasar —agregó ella.

—Bueno, a decir verdad, parece que hoy todo sucede de acuerdo a lo estipulado. Nos pasarán a buscar en unas... —papá miró su reloj—...bueno pues, no sé exactamente en cuanto tiempo pero cuando suenen las sirenas a todo volumen, estaremos aquí afuera esperando nuestro transporte.

Los Mackenzie y los Moore se dirigieron de regreso a su casa.

Pasamos un minuto de silencio y luego papá se levantó de la silla del jardín dando un salto.

—¡Mi casete! —declaró repentinamente.

—Papá, ¿a dónde vas? —pregunté.

—No puedo creer que casi olvido mi antiguo *TDK* —dijo mientras entraba en la casa.

Salió rápidamente con un casete compacto de música en su mano.

—Yo escuchaba esto durante todo el día cuando era chico. En esa época eran muy comunes los casetes de cinta y había un aparato en todas las casas del barrio —me contó entusiasmado.

—¿Tenemos tiempo para escucharlo? —pregunté sin saber el horario.

—Busquemos el aparato antes de que suenen las sirenas —exclamó papá mientras entraba en la casa

nuevamente.

Debiera ser el mediodía de un día que no sería entero.

Papá salió con un viejo aparato a pilas que colocó en el césped.

—¿De qué lado va? —pregunté con el casete en mi mano.

—Lado A —contestó.

Coloqué el viejo casete en el aparato.

La canción sonó como nunca en los oídos de papá y salió por sus ojos en forma de lágrimas.

Sonaron las sirenas a todo volumen, como un apocalipsis ya anunciado.

De repente sentí un nudo en el estómago parecido al que tienes cuando pronuncian tu apellido para hacer un examen final.

Nos encontrábamos totalmente listos con nuestras maletas en la puerta y nuestras almas en vilo para tomar el transporte que nos llevaría hasta los campos de algodón donde se encontraban los cuarenta y seis mil novecientos doce cohetes que llevarían a la raza humana a una nueva vida de la mano de la indestructible Galilei.

Salimos a la calle con todas nuestras cosas. Se veían, hasta el final de la manzana, a todas y cada una de las familias con sus maletas en el borde de la acera.

Las sirenas cesaron.

Los Simmons se acercaron con su perro.

—Tan solo queríamos saludar, desearles un buen viaje —dijo Robin Simmons mientras estiraba su

mano para estrecharla con la de papá.

—¿Están seguros de que quieren quedarse aquí abajo? —preguntó papá.

—Es una decisión ya tomada —contestó ella.

El perro respiraba paz y compañía, como un bebé en manos de sus padres.

—Entonces les deseamos suerte aquí abajo. Espero que disfruten el espectáculo —dijo papá.

—Lo haremos. Faltan unas... —Robin miró su reloj—... seis o siete horas para que comience a verse afectada nuestra gravedad.

—¿No han detenido sus relojes? —preguntó papá sorprendido.

—Por supuesto que no —contestó Daniel Simmons.

—Suena lógico —confesó papá.

—Míralo ahí arriba —dijo Daniel señalando hacia lo alto—. Casi podemos ver sus rocas y el relieve que le da forma, ¿verdad?

—Yo no puedo mirarlo ni una vez más. Me hace mal —agregó ella.

El excepcional Osiris amenazaba desde una distancia que crecía con cada giro terrestre.

—Bueno, vecinos. Supongo que esto es un adiós para siempre —dijo papá.

—Así lo creo —contestó Robin.

—No tienen de que preocuparse. Los estaremos cuidando desde aquí abajo —expresó Daniel Simmons y le dio a papá una palmada en el hombro.

—Y nosotros desde allí arriba —culminó papá.

Aprovechamos el último silencio para mirarnos a los ojos y despedir nuestros espíritus.

—Me pregunto si pudiera pedirles un último favor —dijo papá.

—Lo que sea —contestó Daniel.

—¿Ustedes podrían regar nuestras hortensias hoy por la tarde? Les vendría bien un poco más de agua.

—Considéralo hecho, vecino.

Nos despedimos de los Simmons como si los fuéramos a volver a ver algún día cualquiera paseando a su perro por nuestra vereda o saliendo de su casa a sacar la basura por la noche, sin hacernos a la idea de lo que les esperaba.

Decidí encender la televisión. Tenía curiosidad acerca de lo que fueran a transmitir un día como hoy. Me llevé un asombro al ver que en todos los canales emitían la misma señal. Se veía un fondo gris con un mensaje atravesado por un arcoíris que decía: *¡Hasta siempre planeta Tierra!*

Llegaron al barrio cientos de transportes para cada una de las manzanas. Subimos al nuestro donde ya se encontraban los Mackenzie hablando con Los Moore.

—A nosotros nos dieron un departamento clase B, por el trabajo de Peter, claro —explicaba Kelly Mackenzie a los Moore en cuanto abrimos la puerta.

—Nosotros pedimos si nos podían cambiar de distrito, ya que la escuela que adjudicaron a los chicos quedaba a unos setenta pisos del que nos habían otorgado.

Entramos al transporte.

—Hola, buenos días —dijo papá mientras nos acomodábamos en nuestros asientos asignados.

Nos detuvimos en la siguiente casa a la nuestra, la casa de los Simmons.

—¿Crees que vendrán, papá? —le pregunté en voz baja.

No podía imaginarlos morir aquí abajo cuando el astro se incrustara contra nuestro fino cielo.

—No lo sé, hija. Realmente no creo que vayan a venir. Los vi muy convencidos.

Los esperamos un largo rato. Luego se abrió la puerta y salieron con su perro. Se encontraban completamente desnudos, sin ninguna ropa que cubriera sus cuerpos. Pasaron justo por al lado del transporte y nos lanzaron una última frase.

—¡Suerte en su próxima vida de juguete! —y rieron mientras se alejaban tomados de la mano.

Mientras recorríamos la carretera con otros cientos de traslados, uno atrás del otro en una fila interminable, yo miraba por última vez lo que quedaba del impresionante Osiris. Desafiándonos entre el Sol y la Tierra.

—Papá, ya casi desaparece por completo.

Papá se asomó por la pequeña ventana y miró hacia los cielos. En el horizonte, a lo lejos, avanzaba a miles de kilómetros por hora hacia nuestro océano más pacífico.

—Supongo que la próxima vez que lo veamos será desde nuestro nuevo hogar.

—Salúdalo papá, no queremos que se enfade con nosotros, ¿verdad?

Lo saludamos desde la distancia de la carretera.

A medida que recorríamos la ruta nos

acercábamos a los campos donde se realizarían la totalidad de los despegues.

Faltando unos kilómetros para llegar se visualizaban las partes superiores de los cohetes más cercanos. Nunca había visto uno y desde que nos dieron los pasajes no hacía más que imaginar cómo serían.

Había leído algunos cuentos espaciales en el colegio y los imaginaba en mis sueños profundos. Algunos de mis compañeros habían tenido la oportunidad de viajar con sus familias adineradas a alguna base espacial con vista al Polo Norte o a la Luna y habían tomado cohetes más de una vez.

Se rompió el silencio dentro del vehículo.

—Me pregunto cuándo se comenzarán a sentir los cambios en nuestro planeta —comentó Paul Moore.

—Los científicos en la televisión dijeron que despegaríamos antes de que nuestra gravedad se viera comprometida. No creo que llegemos a sentir nada extraño —agregó papá para tranquilizarnos.

—Ojalá así sea. No quisiera estar aquí cuando los cambios comiencen a suceder —dijo Kelly Mackenzie imaginándose todo tipo de alteraciones físicas.

—Yo creo que debe ser divertido volar —pensé por un segundo—. ¿Los Simmons podrán volar en unas horas, papá?

—Seguramente puedan, hija —contestó papá riendo.

—Me han dicho que el agua sabe diferente en el espacio —agregó Lawrence, que vivía a tres casas de la nuestra.

—Eso es porque la fabrican allí arriba —dijo Peter Mackenzie.

—¿Se puede fabricar agua? —pregunté asombrada.

—Claro que se puede —contestó Lawrence—. Es un proceso un tanto peligroso, pero es posible.

—¿Y cómo lo haces? —pregunté.

—Se llama síntesis. Debes mezclar los elementos que la componen y... ¡magia! Tienes agua.

—¿No es arriesgado beber esa agua? —preguntó Kelly Mackenzie

—Bueno... es la única agua que tendremos en Galilei —respondió Lawrence.

—Agua fabricada en el espacio, suena tan absurdo como esas plazas de papel —dijo Paul Moore y nadie agregó una palabra. Todos permanecieron mirando por sus ventanillas el verde del horizonte.

Finalmente llegamos al Centro de Lanzamientos donde reposaban los más de cuarenta y seis mil cohetes a punto de despegar. Al otro lado del mundo, fuera de nuestras vistas, asomaba el planeta dorado.

Nunca antes había visto tal infraestructura humana. En un mismo lugar se encontraban las gentes de todas las nacionalidades. Los carteles que indicaban los números de las filas y las compuertas de cada cohete habían sido grabados en más de cincuenta idiomas. Cada una de las personas sostenía su preciado pasaje en su mano, mirando la documentación y el número de asiento que les había sido otorgado para el viaje.

Saludamos a los Mackenzie y los Moore.

—Nos veremos allí arriba —nos dijimos, sin saber si eso realmente sucedería.

Ya no éramos vecinos, en realidad ahora seríamos vecinos de toda la humanidad.

Volvimos a ser nosotros dos y el espacio.

—¿Qué número tenemos nosotros, pa? — pregunté.

—Somos cuarenta y seis millones y... algo.

—Entonces es por allá —le dije señalando una flecha que llevaba a una cinta metálica que transportaba a cientos de familias hacia su cohete.

Papá sacó el boleto y leyó minuciosamente.

—46585338, ese soy yo. Y 46585339 eres tú. Recuérdalo, hija, en caso de que nos separemos.

—46585339 —repetí en voz alta.

Tomamos más de quince cintas metálicas y entramos en seis túneles hasta llegar a nuestro cohete. Al salir del último túnel, allí se encontraba, tan alto como un edificio, tan imponente como un vehículo a la salvación. El fuerte metal había sido gigantescamente grabado. Reflejaba en un intenso negro mate su fabricante y el número que lo identificaba: *Kaiser* C5-12

Poco a poco la gran fila de humanos iba siendo ingresada al cohete y la gente avanzaba unos pasos.

No teníamos apuro. Ya estábamos a resguardo.

—Ven, hija. Hay algo que debemos hacer antes de subir —dijo papá en voz baja.

Me tomó de la mano y caminamos a la par hacia la pequeña colina junto a los campos de algodón. Por el aire se paseaban olores a combustible y cenizas de los

motores. A lo lejos se dirigían cientos de despegues simultáneos desde un cuarto de cristal.

Se escuchaba un silencio ruidoso que anunciaba el fin del verano

Miramos hacia lo más lejos que nuestros ojos alcanzaban. Papá esperó sin emitir una palabra por varios minutos, luego sacó el frasco de monedas que llevaba en su mochila. Lo tomó fuertemente en sus manos. Nos acercamos al borde del pequeño acantilado.

—¿Qué haces? —cuestioné inmediatamente.

—Ya no necesitaremos esto en el lugar a donde nos dirigimos —declaró papá sosteniendo el frasco en el aire.

—Pero...es todo lo que tenemos.

—Así es como funcionan los sueños, hija.

—¿Así cómo? —pregunté.

—No siempre es necesario gastar el dinero, a veces basta con pensar que algún día haremos algo grandioso con él —y en el mismo acto arrojó el frasco lleno de monedas con todas sus fuerzas hacia el completo vacío.

Una fuerte explosión de velocidad a cientos de kilómetros nos distrajo.

—¡Mira! —dije asombrada.

Miramos al cohete elevarse del suelo y abandonar este planeta.

La nube de polvo que dejó atrás lo acompañó hasta que penetró la atmósfera y desapareció en forma de luz hacia el infinito.

La multitud que presencié el ascenso comenzó a aplaudir repentinamente. La gente no estaba

acostumbrada a tal espectáculo y el máximo sentimiento que nos gobernaba era la expectativa. De pronto todo era euforia y gritos entre los aplausos.

—¡Realmente está sucediendo! —se escuchó el grito de una mujer.

—Es mucho más sorprendente de lo que imaginaba —confesó un hombre alto con barba en una de las filas.

Papá se volvió hacia mí y me levantó en sus hombros para que pudiera ver mejor.

—¿Puedes ver ese punto brillante? —preguntó papá señalando la estación espacial que se encontraba por encima de nosotros.

—Sí, lo veo.

—Esa será nuestra casa por las próximas décadas. Hacia allí nos dirigimos con el cohete.

—Parece un largo viaje —declaré.

—Lo es. Pero estas naves alcanzan velocidades increíbles. No hay nada de qué preocuparse —agregó papá—. En cuestión de horas estaremos bebiendo zumo de naranjas espaciales exprimidas.

Volvimos hacia nuestro cohete y nos posicionamos en la fila nuevamente.

Permanecemos en ella por más de una hora hasta que llegamos a la compuerta de entrada.

Fue nuestro turno para entrar.

—Una vez dentro, no toques nada, hija.

—No lo haré —respondí.

Se abrieron las compuertas y se escuchó una voz metálica.

—Pasajero 46585338 y pasajera 46585339, tres pasos hacia adelante —formuló la voz dieléctrica.

Avanzamos tres pasos hacia adelante y las compuertas se sellaron detrás de nosotros.

Nos encontrábamos dentro del C5-12. Parecía que no nos movíamos y, sin embargo, viajábamos en un ascensor sofisticado a cientos de kilómetros por hora.

Mientras el ascensor se desplazaba a toda velocidad sin que lo notáramos, papá dijo unas palabras.

—Recuerda todo lo que has visto en tu vida. Los olores, los sonidos, las luces y las sombras de todo lo que alguna vez tocaste. Recuerda los paisajes que has visitado. Recuerda todo eso, hija, porque ya forman parte de tu pasado. Nunca debes olvidar que vienes de aquí, de este planeta maravilloso. Que fuiste criada con amor bajo un techo azul y diste tus primeros pasos en el verde. No olvides que tus alimentos fueron frutas que cayeron de los árboles y vegetales que crecieron en nuestros suelos. —El ascensor se detuvo. —Recuerda el calor del sol en tu frente y el sonido de las cigarras por la noche. Recuerda a la tierra de los insectos y animales más maravillosos que puedas ver jamás. —Papá hizo una pausa. —Tan solo recuerda todo esto.

Se abrieron las compuertas y un cartel holográfico con azules y verdes indicaba el trayecto hacia nuestros lugares.

—Aquí es —le dije a papá al ver el número de nuestros asientos en la parte superior del mismo.

—Aquí mismo —replicó papá.

Nos sentamos y observamos a nuestro alrededor.

Por la pequeña ventanilla se podían ver los miles de cohetes en fila hacia el horizonte.

Papá colocó nuestro ligero equipaje en el compartimiento superior y finalmente se sentó a mi lado.

—Lo logramos, hija —dijo papá con voz de alivio—. ¡Lo logramos!

Pasamos unos minutos en silencio esperando el ruido de los fuegos que nos llevarían al espacio, lejos de todo impacto.

Observé por la pequeña ventana. Si me fuera a llevar una última imagen de mi planeta, no sería esta. Millones de humanos ingresaban en los cohetes de metal mientras animales e insectos se refugiaban a la espera de una muerte honrosa.

Me sumergí en un sueño compartido.

Pedazos de plástico blanco derretidos se vinieron hacia mí y cayeron lentamente a la nada. Un centenar de truenos eléctricos resonaron en el eco de la catástrofe mientras todas las almas lucharon por sobrevivir en vano. Gritos y llantos se escucharon en mi cabeza justo antes de abrir los ojos sobresaltada.

Desperté en mi asiento con el sonido que provocaron los motores, totalmente sudada con el fuerte recuerdo de una explosión y la imagen de cuerpos volando por doquier.

—Papá, tuve un sueño —dije exaltada—. Llegábamos a Galilei, pero todo se hacía trizas en un solo segundo. Fue muy real. Tú estabas allí.

—Lo sé, hija —dijo papá—. Tuve el mismo sueño.

El dorado de Osiris iluminó los metales de furia.

—Quiero volver a casa —dije.

—Yo también —respondió papá tomándome de la mano dejando su asiento.

El tiempo se detuvo. Se abrieron dos caminos.

—¡Alto! ¡Esperen! ¡Queremos bajar! —gritó papá mientras caminábamos hacia los ascensores que nos habían traído hasta aquí arriba.

La gente volteó y murmuró. Un agente de káiser se nos acercó.

—Queremos regresar a nuestra casa —dijo papá y la mujer nos dejó pasar.

Tomamos los ascensores hasta bajar al nivel de la tierra. Se abrieron las compuertas y respiramos profundamente.

—Todo estará bien —dijo papá.

Regresaríamos justo a tiempo para regar las violetas y las hortensias. Y así, esperar juntos la próxima primavera.

PLANETA PARAÍSO
PARTE III

Cien mil días de sueño desaparecieron junto con las toneladas de cuerpos humanos que volaron por el cielo del espacio cuando el destino devino en fracaso.

La imperfecta Galilei comandada por un ejército de llamas cayó sin gravedad hacia lo más profundo de la oscura galaxia. Infinitos pedazos de plástico derretido fueron expulsados del centro de la estación espacial, cuando apenas era habitada por humanos desesperados y flamantes cohetes que conocieron la inercia en sus metales por vez primera.

Eternos truenos eléctricos se vieron en el núcleo de la tormenta apocalíptica mientras la ciudad encendida de fuegos se quebrantaba en trillones de pedacitos. Plazas de papel y escuelas que nunca enseñaron fueron destrozadas por la historia en cuestión de minutos. Calles y faroles para humanos exiliados no soportaron la falta de gravedad a la que fueron sometidos; y cedieron. Casas familiares con techos de pintura azul ardieron y fueron hechas partículas cuando la irremplazable estación espacial dio su último giro hacia el sol; como una Ópera

Prima que jamás llegaría a los cines.

Más de cuarenta mil cohetes acariciaron la atmósfera de nuestra Tierra para perderse en lo más hondo de una victoria jamás celebrada. La totalidad de los humanos se había puesto de acuerdo por única vez en la historia, y su solo propósito era llevar a cabo la misión espacial más ambiciosa de todos los tiempos con el fin de sobrevivir.

Puedo imaginarlos a todos gritando desesperadamente a algún dios para que los escuchara y los salvara de todo mal. Pero ni siquiera los dioses lograron llegar a un acuerdo para determinar cuál de todos ellos era el único y dios verdadero.

La apresurada misión cuya programación había empezado hace tan solo unos pocos meses, resultaba ser un fracaso frente a mis ojos. Estos eran los únicos ojos que habían sobrevivido a la última catástrofe terrestre. Lo único en este universo que no había sido alcanzado por la inoperancia humana era mi nave. Intacta, había logrado salir de las coloridas llamas de plástico cuando la implosión fue una realidad presente.

Miles de millones de personas a bordo, y tan solo un sobreviviente, un condenado a observar el final desde la soledad.

Llevaré dentro de mí por los siglos que vendrán la última imagen del planeta que me regaló la niñez.

Mi nuevo hogar después de la desgracia era una nave del más fuerte metal humano construida para escapar y soportar cualquier desastre. La inmortal

Kaiser M9-29, cuyo nombre llevaba grabado en su exterior, había sido ensamblada en los climas más fríos del planeta, sobre los médanos de hielo y los monstruosos glaciares de la Antártida. Programada para ejecutar y evadir cualquier situación de emergencia, sus diez pisos con provisiones y comida empaquetada eran todo lo que necesitaba para permanecer con vida en suelo espacial por las décadas a venir. Eso, y algunos viejos libros de literatura cuyas delgadas páginas se rompen al pasar.

Aquí arriba, en la amplitud de todo lo que no tiene fin, absurdamente sigo contado el tiempo en días, horas, minutos y segundos. No transcurre ni uno solo de ellos en que no conmemore la estruendosa explosión.

Todo ese día fue un gran desastre, una equivocación masiva. Comenzando por una mañana que no pasaría del mediodía. Aún conservo mi viejo reloj cuyas agujas quedaron clavadas en las diez en punto. Suena tan absurdo ahora.

Desperté junto a Daniele como lo había hecho por los últimos cuarenta años en nuestra casa de campo, bajo las estrellas.

—¿Te encuentras despierta? —pregunté con los ojos entreabiertos.

—Apenas pude dormir —contestó Daniele con los ojos cerrados y la cabeza pegada a la almohada.

—Fue una noche tranquila, ¿verdad? —agregué.

Daniele abrió los ojos y me miró fijamente.

—Fue una noche un tanto extraña —se hizo una breve pausa—. ¿Sabes qué hora es?

—No lo sé. Parecieran las ocho...o cerca de las

nueve, quizás —contesté.

Me despabilé y dejé la cama. Abrí las cortinas para ver fuera. Encendí la televisión, pero no se emitía programación alguna. En vez de eso televisaban una marquesina con el mismo mensaje en cada canal. Sin importar qué señal uno sintonizara, solo se podía leer: *¡Hasta siempre, planeta Tierra!*. Por detrás de la frase cruzaba un arcoíris lleno de colores y un absurdo fondo gris.

Pensé que sería una forma un tanto sarcástica de ausentarse del planeta. Un simple, triste cartel en la televisión.

Por la ventana se vivía un silencio total. Las plantas y las hierbas comprendían lo que estaba por suceder. Podían sentir en sus raíces los escasos instantes que restaban para que los humanos se marcharan y poder así alcanzar el silencio olvidado. Como se siente a una visita no deseada que se retrasa para irse cuando al fin cierra la puerta.

Regresé a nuestra habitación.

—¿Sabes, algo raro sucedió en la noche? —dijo Daniele desde la cama.

—¿Qué sucedió?

—Tuve un sueño.

—¿Qué tipo de sueño? —pregunté intrigado.

—¿Quieres escucharlo?

—Sí. ¿Por qué no querría escucharlo?

—Es un tanto extraño —contestó Daniele.

—Vamos, cuéntame de una vez.

—Estábamos en el cohete que nos llevaba a la Ciudad Encendida. Ya sabes, a Galilei. El sueño tiene

que ver con lo que pasa hoy, Edward.

—Continúa, pues. Tengo curiosidad —dije.

—Nos encontrábamos en el cohete camino a la estación espacial. Todo sucedía de acuerdo a lo planeado. La Tierra había quedado atrás y por las ventanas se podían ver las pequeñas luces de la ciudad que nos esperaba. De pronto una mujer, a unos pocos asientos de distancia, comenzó a gritar. Decía que íbamos a morir, que explotaríamos cuando llegáramos a Galilei. ¡Lo he soñado! gritaba desesperadamente. ¡Lo he visto en mis sueños! decía la mujer a viva voz. Pero nadie hizo caso, Ed.

—¿Y qué pasó después?

—El tiempo parecía pasar más rápido, o de otra manera. De un segundo a otro ya habíamos llegado.

—¿Y? —pregunté ansioso.

—No lo puedo explicar, pero una vez que el cohete aterrizó, no quise bajar. Estaba paralizada. Tú me insistías en que debíamos hacerlo, pero yo no podía. ¿Entiendes, Edward? Es como esas pesadillas en las que quieres moverte, pero tu cuerpo no responde. Quieres correr pero sigues caminando y te comienzas a desesperar. Moriríamos de todas formas. Todos nosotros. Ahí dentro.

—Daniele, fue solo un sueño..

—Fue real —dijo Daniele estremecida.

—Estás sudando. ¿Te sientes bien?

—El sueño continúa, Ed.

—No sigas, te hace mal —largué..

—Quiero contártelo. —Daniele me tomó del brazo. —Escúchame. Todo se hacía cenizas en segundos. Vi a todos morir. Pero...tú no estabas ahí.

—Solo fue producto de tu imaginación, un mal sueño.

—Fue algo más que eso —agregó Daniele.

—Ahora debemos levantarnos y estar preparados para lo que sea que nos espere. Tenemos varios trenes que tomar aún. Nos espera un largo día —dije.

—Lo que no logro entender es por qué tú no estabas junto a mí. De un momento para otro un hombre de tez oscura me llevaba en silla de ruedas hacia algún lugar de la estación.

No contesté una palabra. Daniele miró por la ventana. El ombú que habíamos plantado treinta años atrás todavía se balanceaba con el fuerte sople del viento.

—¿Qué pasará con nuestro ombú? ¿Crees que sobreviva al impacto? —preguntó Daniele.

—Claro que lo hará. Seguirá estando tan fuerte como nosotros. Ya verás. En unos años seremos capaces de volver y tendrá el doble de tamaño. Pero, de verdad, debemos estar listos en pocas horas. Deberías levantarte ya.

Daniele abandonó las sábanas.

Osiris avanzaba a toda velocidad.

Habíamos compartido la tranquilidad de los pájaros por la mañana hasta el día en que la muerte se la llevó como a un ángel dormido entre sus brazos.

Cuando pierdes a tu amor en el silencio de una brisa de verano, pierdes por siempre el miedo a la vida.

Daniele murió junto con la difunta Galilei. Tal

como en su sueño lo describió en detalle. Pero yo no quise escuchar. Intenté por mucho tiempo esconder su perfume y su mirada en el lado de la memoria que pretende olvidar. Pero fracasé. Su recuerdo asoma entre las bolas de fuego y los relámpagos de electricidad que vi mientras mi nave se alejaba y observaba inmóvil desde una pequeña ventanilla circular.

A bordo del M9-29 tenía un solo compañero que respondía al nombre de Zen. Su cerebro de fibra de plástico y cobre atendía un sofisticado sistema de inteligencia artificial compuesto y ordenado para asistir a la tripulación, cualquiera fuera su destino o misión. Su voz humana me recuerda, vagamente, lo que es conversar con alguien.

—Motores de mediana trayectoria apagados, capitán —anunció la voz cuando apreté el botón de comando.

—Cierra los circuitos de energía. No quiero desperdiciar cinco años de viaje en una mera tormenta de electro piedras.

—Circuitos de energía cerrados, capitán.

—Esperaremos hasta que la tormenta se disipe. Retrae las aletas inferiores y aguarda mi próxima orden.

Se escuchó un motor metálico.

—Aletas inferiores retraídas, capitán.

—Ahora solo debemos esperar —dije en voz alta.

—Si me permite, capitán, sugiero que el reposo de la nave tome lugar a una fracción de doscientos setenta y ocho unidades astronómicas en dirección

opuesta al sol —dijo la voz humana electrizante por los altavoces.

—Explícate.

—Mis indicadores muestran una alta exposición a rayos cósmicos. De permanecer inactivos, su integridad física pudiera verse altamente comprometida.

—De acuerdo, Zen. Si tú lo dices. Toma el control de la nave. Despliega aletas inferiores. Abre los circuitos de energía. Sácanos de este agujero en el que nos hemos metido.

—A la orden, capitán.

La nave se deslizó por encima de las estrellas dejando una estela de colores flameantes. Zen nos condujo a una zona de refugio donde esperaríamos a que la tormenta de electro piedras nos hiciera a un lado y así retomar nuestro camino. El problema era que no teníamos un camino trazado. Éramos tan solo un viaje de ida a ningún lugar y la única fuerza que nos empujaba era el tiempo. O quizás, absurdamente, el pasado.

Pasamos diez horas de reposo en absoluto silencio, en la extrañeza de vivir por siempre sin razón alguna, sin propósito.

—Zen, cuéntame una vez más la historia de cómo me salvaste de la gran explosión hace dos mil setecientos días.

—Claro, capitán. Fue un día de mucha temperatura. Mis indicadores se activaron automáticamente y mis sensores de señales humanas lo detectaron con vida flotando entre los cuerpos.

—¡No, no! Vuelve a empezar —lo interrumpí—. Pero desde antes de que se eleve la temperatura.

—Sí, capitán.

—Cuéntalo como a mí me gusta, como si fuera una gran historia.

—A la orden, mi capitán —dijo la voz electrónica—. El día de la gran explosión, hace siete años, once meses y trece días, más de cuarenta y ocho mil cohetes despegaron del Planeta Tierra.

—Continúa —dije sonriendo con los ojos cerrados.

—La UNE, Unión de Naciones Espaciales, había planeado el alojamiento de sus nueve mil millones de habitantes en la primera ciudad espacial giratoria con un tamaño de diámetro de tres mil doscientos kilómetros. La totalidad de los cohetes deberían llegar antes de que tuviera lugar la ceremonia de colisión, como fue llamada, que daría fin a siglos de giros terrestres y quebraría por completo el ciclo de vida local. Un astro dorado de ochenta mil millones de toneladas, al que los humanos llamaron Osiris en relación al Dios egipcio, cruzaría el trayecto de nuestro planeta causando todo tipo de cambios en él.

—Mi planeta, no el tuyo —dije en voz baja. Aunque Zen escucharía hasta el caminar de una hormiga.

—¿Desea que continúe, capitán?

—Sí, claro. Cuéntame el momento en que despegaron miles de cohetes.

—Sí, capitán —dijo la voz que salía de los altavoces metálicos y continuó describiendo el episodio—. Despegaron miles de cohetes con

destino a la Ciudad Encendida en un viaje de pocas horas. El general a cargo de la misión no llegó a embarcar nave alguna y murió recordado como héroe. Fue el responsable de coordinar simultáneamente más de ochocientas naves en una ola masiva de luces brillantes.

—¿Tienes imágenes seleccionadas de ese momento? —interrumpí el relato.

—Sí, mi capitán —respondió Zen.

—Quisiera verlas.

Un espectáculo de gusto amargo se montó frente a mi persona. Las fotografías se expusieron en una de las pantallas del controlador principal.

—Llévalo a sesenta y cuatro millones de colores.

—Claro, capitán.

Las impresionantes capturas históricas tomaron vida frente a mis pupilas. Volver a ver el verde de la tarde y el azul del cielo me llevó a lo más profundo de mis memorias. La vieja realidad; lejos del espacio estático y silencioso.

Más de ochenta mil fotografías fueron capturadas esa tarde sin horario.

La última prueba fehaciente de que el humano existió y fue extraordinariamente complejo era administrada por un sistema de inteligencia artificial que viajaba a alta velocidad a través de una galaxia sin nombre.

—Es suficiente. Duérmete —dije en voz alta y el ordenador se apagó mientras derramé una lágrima sobre el tablero de luces.

Retuve una de esas fotografías como si fuera el día en que me encontraba entre los cohetes junto a

Daniele, haciéndonos paso entre los futuros expatriados que buscaban sus cohetes temerosos para huir lo más lejos posible y evitar ser alcanzados por la inevitable devastación.

—¿Qué número tenemos? —pregunté cuando bajamos del último transporte.

—Déjame ver —contestó Daniele y tomó los documentos que llevaba en su bolsillo.

—Tienes que fijarte en el extremo superior de la derecha.

—Aquí lo dice. Tú tienes el 06101960 y yo tengo el 06101961 —agregó Daniele.

—Creo que es por allí —dije señalando una cinta transportadora que llevaba a los pasajeros en todas direcciones a sus respectivos cohetes.

A lo lejos se escuchaban múltiples explosiones. Cientos de cohetes eran ascendidos por minuto. Millones de personas eran enviadas a Galilei en un viaje de esperanza y nuevas oportunidades. Largas filas de personas con la mirada llena de expectativa ingresaban a los cohetes que nos salvarían en cuestión de tiempo cuando el planeta dorado se topara con seis mil millones de toneladas de vida.

Recuerdo que esa tarde aún tenía la leve ilusión de que no fuera a pasar nada. Probablemente todo terminaría siendo una gran broma, una brutal equivocación de la que nos reiríamos por décadas. Osiris rozaría la Tierra causando un espectáculo maravilloso para el ojo humano y luego seríamos capaces de volver a nuestra casa de campo bajo las estrellas, hacer el amor y disfrutar de la caída del sol mientras la toma a Clarise envuelta en sábanas de

seda.

—Atención a todos los pasajeros —se escuchó una voz electrónica a fuerte volumen por los altavoces de todos los predios hasta el fin de la línea de lanzamientos—. Por favor diríjense a las cintas de transbordo indicadas y caminen hacia la fila de embarque. El número ubicado en la parte superior de su billete indica la letra y número de la compuerta que le fue adjudicada. Les recordamos que aquellos objetos y equipajes desatendidos serán recogidos por personal de vuelos *Kaiser*, pero no serán transportados a Galilei. Todo objeto olvidado permanecerá en la superficie —concluyó la voz.

Después el mensaje se repitió en más de veinte idiomas.

Entendí que ya no volveríamos a nuestra casa. Que esto era definitivo.

Luego de tomar las cintas que conducían a nuestro cohete, nos posicionamos en la larga fila, listos para embarcar.

—Todas estas personas...—dijo Daniele en voz baja y me tomó fuerte de la mano.

—¿Qué sucede con estas personas? —pregunté sin entender.

—Todos ellos estaban en mi sueño —contestó Daniele.

—Eso es imposible —dije.

—Es la verdad. Todos ellos aparecían en mi sueño. Los recuerdo con las mismas ropas y peinados.

—He oído de casos así. Cuando era niño soñé con un conejo fabricado de trapos viejos y ojos de

botones negros. Soñé durante toda la noche con ese conejo. —Daniele miraba la fila de personas que conducían a las compuertas del cohete. —Y cuando me desperté, mis tíos habían llegado de visita y tenían un regalo para darme.

—¡Mira! Ese hombre de allí, con la corbata de seda. Es el hombre que estaba sentado al lado de la mujer de mi sueño.

—¡Era el conejo! El regalo que mis tíos habían traído para mí, era el conejo de mi sueño. ¿Lo ves?

—¡Y esa de allí! Definitivamente recuerdo a esa mujer. Lleva el mismo vestido —dijo Daniele.

—No me estás escuchando. Estas cosas pasan, Daniele. Existen las coincidencias en la vida. A veces no hay explicación alguna, es solo una casualidad. ¿Entiendes?

Daniele miraba el despegue de un cohete a lo lejos.

—Todo sucede igual y en el mismo orden —me dijo rendida.

La fila avanzó unos metros. Tomé a Daniele de la mano y recorrimos unos pasos hacia el cohete.

—Prométeme una cosa, Ed —me miró fijo—. Pase lo que pase, no me abandones allí arriba.

—¿Cómo se te ocurre que te pudiera abandonar?

—De un momento a otro, ya no estabas a mi lado. Cuando lo peor sucedía, tú no estabas, Ed.

—¿Recuerdas el día en que nos casamos? —le pregunté tomándola fuerte del rostro.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —contestó mientras sonreía.

—¿Aún Recuerdas aquello que te dije en el altar? —pregunté.

—Claro que lo recuerdo.

—¿Qué fue lo que te dije?

—Por los siglos de los siglos, tú eres mía y yo soy tuyo.

—¿Y, qué fue lo que tú me dijiste?

—Por los siglos de los siglos, tú eres mío y yo soy tuya —respondió Daniele.

—No tienes nada que temer, yo te cuidaré allí arriba. Para siempre.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —contesté.

Nos abrazamos en el silencio de los estruendosos despegues.

—¿Ves esa pequeña luz? —dije señalando hacia Galilei.

—Sí, la veo —contestó Daniele mirando la luz que brillaba en lo alto.

—Esa será la ventana de nuestro próximo hogar. No te aseguro que veremos las mismas estrellas ni que acariciaremos los mismos pastos que aquí abajo. Pero te aseguro que yo seré el mismo que siempre fui y te amaré el doble allí arriba. Mientras yo viva, a ti no te sucederá nada malo. Tú eres mía y yo soy tuyo, recuérdalo.

—Tú eres mío y yo soy tuya —dijo Daniele y la fila avanzó unos cuantos pasos.

En mis más pesadas pesadillas son los océanos rebalsados y olas de doscientos metros las que se aparecen frente a mí. Algunas noches despierto sobresaltado a causa de una fantasmagoría espacial de la que no puedo escapar e inmediatamente pienso

en quitarme la vida. Imagino cómo sería llevar la nave a máxima propulsión y estrellarla contra un masivo cuásar, el objeto más brillante de todo el universo conocido. Volvería a ver a Daniele en otra dimensión, acariciaría su rostro intocable y le prometería una vida de felicidad. Otras veces fantaseo con volver a mi casa, nuestro planeta lleno de colores. Lo encontraría en ruinas totales, pero al menos serían mis ruinas. Aterrizaría esta gigantesca nave en el océano Pacífico. Sería capaz de volar hasta las enormes cataratas del Iguazú y pasar la noche escuchando únicamente a los pájaros muertos. Llegaría para aterrizar en la cima de un volcán dormido con el único afán de ver sus formas y escuchar los mares color azul turquesa a gran distancia.

Frecuentemente evito los ataques de pánico recordando cómo solían ser el viento en mi rostro y el calor del sol en mi pecho.

El día de la gran explosión huimos sin mirar atrás. La nave comandada por Zen, nos alejó de la catástrofe y nos adentró en lo más desconocido del espacio. Años de viaje descaminados nos apartaron de nuestro centro de gravedad y nos condenaron a décadas de rutas inexploradas. Con cada centímetro que recorríamos en dirección opuesta a nuestra galaxia, más nos alejábamos de poder volver a encontrarla algún día.

Recorríamos el cosmos sin mapa ni parámetro alguno que nos dijera hacia dónde ir. Solo existía una fuerza inmensurable que me llevaba a soñar; el

pasado. El pasado era una de esas tardes de sol en la que sostienes una copa de vino y ves reír a tu mujer.

Desperté en mi recámara del ala Este de la nave con el aroma de la Tierra en mis manos.

—Tuve un sueño, Zen —dije inspirado.

—¿Qué tipo de sueño, capitán? —preguntó Zen.

—Soñé con la Tierra. Soñé que todo seguía igual, como si nada hubiera pasado. Todo se veía incluso mejor que antes. Se respiraba un aire más puro. El silencio era todo lo que regía los paisajes.

—Suenas como un paraíso, capitán.

—Lo era, Zen.

Corrí al control de mando y con más optimismo que nunca decidí forzar el destino.

—Debemos activar el sistema de posicionamiento.

—Sistema de posicionamiento activado, capitán.

—Ingresa las coordenadas del Supercúmulo de Virgo.

—Coordenadas ingresadas, mi capitán.

—Una vez que lo hayamos encontrado, solo tendremos que adentrarnos en él para llegar a la Tierra.

Corrí al ala Norte de la nave por un pedazo de papel y un viejo lápiz. Escribí cuatro palabras sin pensarlo. Volví al control de mando y colgué sobre el tablero principal un cartel que señalaba: *Soñar no cuesta nada.*

Una vez ubicados en nuestros asientos, camino a Galilei, Daniele se tranquilizó y cerró los ojos. Otra voz metálica informó acerca de cómo sería el resto

del viaje y la llegada. Un transporte eléctrico nos llevaría a lo que sería nuestro distrito. Nosotros estábamos en Kepler II. Una vez allí, deberíamos caminar con nuestro ligero equipaje hasta la que sería nuestra casa. Nos había sido adjudicada una vivienda Clase C.

Por la ventana de nuestros asientos, mientras sentíamos el ligero elevamiento, llegamos a ver el planeta dorado asomar por los países del Este.

También nos escoltaban, durante todo el trayecto, cientos de cohetes a los lados.

Desde nuestra altura, los paisajes se veían simples. Solo parecía haber tierra y agua. La cantidad de formas y sombras que no se advertían despistarían a cualquier desprevenido. Nadie que no haya pisado esos suelos podría entender lo enmarañado que era vivir allí.

—Hasta nunca —le dije a mi planeta.

Daniele suspiró y luego miró por la ventanilla.

—Hasta siempre —concluyó.

El cohete se dirigía a Galilei a millones de esperanzas por segundo.

Se escuchó la alarma que da aviso a un comunicado en los altavoces de la nave.

—A todos los pasajeros se les informa que nos encontramos a noventa mil kilómetros del planeta Tierra. La temperatura exterior es de -270 grados centígrados. El tiempo estimado a la ciudad de Galilei es de una hora cuarenta y cinco minutos —la voz electrónica anunció.

Minutos después, estando en pleno viaje, una mujer que se encontraba a algunas filas detrás de

nosotros comenzó a gritar desesperadamente.

—¡Vamos a morir! Lo he soñado. —La mujer se levantó de su asiento. —La ciudad espacial, Galilei... explotará con todos nosotros ahí dentro. Lo he visto con mis ojos. ¡No hay nada que podamos hacer!

Un agente de la tripulación se acercó y amablemente la llevó a la cabina de emergencias para ser atendida.

—Es la misma mujer de mi sueño, Ed —me dijo Daniele exaltada.

—Lo sé —contesté estremecido.

El sistema de posicionamiento realizó los cálculos y al fin determinó la ubicación señalada con un noventa y nueve por ciento de exactitud.

—Nos encontramos a más de tres mil millones de años luz del Supercúmulo, capitán.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar?

—Capitán, no se trata de cuanto tardaríamos. Tenemos tiempo de sobra. Se trata de cuanta energía nos llevaría recorrer la distancia.

—¡Dímelo de una vez! ¿Tenemos la energía suficiente?

—No, capitán. No la tenemos —contestó Zen.

El equivalente a un milenio de felicidad se desmoronaba con el sonido de dichas palabras.

—Tiene que existir una forma —dije bajo el estrés de pensar en la posibilidad de estar perdido eternamente.

—Me temo que necesitamos una fuente de energía única para lograrlo. Las reservas en los tanques

auxiliares y lo poco que nos queda en uso solo alcanzarían para recorrer mil millones de años luz, o mil quinientos con la debida administración.

—No. No es posible —dije tembloroso.

—De hecho, podríamos sufrir una fuga de energía en el trayecto que nos queda por recorrer —agregó Zen.

—Me niego a quedarme aquí, perdido en el espacio. Me niego a que mi cuerpo sin vida vague por las galaxias en una nave sellada al vacío, sin descomponerse, permaneciendo todas mis arrugas intactas hasta el fin de la existencia; o hasta que tú tengas el valor o las emociones necesarias para estrellar la nave contra un meteorito o un planeta inhabitado. ¿Pero, qué estoy diciendo? Tú jamás harías eso. Solo un humano, un ser de la Tierra, tendría las agallas necesarias para tomar tal decisión, y tú no eres uno.

—Comprendo, capitán.

Miré el cartel que colgaba escrito en papel y lápiz. Imaginé lo que restaba de mi vida encerrado en este vehículo espacial, con la compañía de una voz sin cuerpo que jugaba a tener emociones, padeciendo interminables partidas de ajedrez, dejándome ganar para elevar mi ego.

Solo había una salida para tal encrucijada.

—Zen, cuando ya no esté aquí apaga los controles de mando, reinicia la nave por completo y activa la función de reposo. Esta vez quiero que la programes por un millón de años. Quiero que reúnas todos los archivos que tengas de la humanidad y los desclasifiques para que cualquiera que encuentre la

nave pueda verlos y sepa quiénes fuimos y cómo vivimos.

—No entiendo, capitán. Usted no vivirá por tanto tiempo.

—Hoy mismo me quitaré la vida, Zen. No quisiera que el M9-29 continúe sus viajes sin destino ni que tú carezcas de propósito eternamente. Pondremos un fin a esta locura. Pero me gustaría salvar algo de mi planeta. Quizás no seremos más que fotos y archivos de datos para quien los encuentre, pero será lo único que hayamos dejado, además de unos cuantos plásticos derretidos volando por nuestro sistema solar.

—A sus órdenes, capitán.

—Después del millón de años, la decisión es pura y exclusivamente tuya.

—Entendido, capitán.

—Hay una sola cosa que me gustaría decirte antes de marcharme. Quisiera agradecerte por salvarme la vida el día de la gran explosión.

—Usted me salvo a mí, capitán. Si no hubiera habido señales humanas en peligro, yo jamás hubiera accionado el protocolo de rescate ni lo motores de emergencia. Igualmente debo interrumpirlo, capitán. Encontré una fuente energética que puede darnos la fuerza suficiente para recorrer la distancia necesaria.

—¿Quieres decirme que existe una remota posibilidad de volver a la Tierra?

—Así es.

—¿Y me lo dices ahora? —pregunté airado.

—Mientras usted hablaba, estuve clasificando los campos magnéticos de distintos cuerpos cercanos.

—¿Has encontrado alguno que tenga la capacidad necesaria para hacernos recorrer dos mil millones de años luz?

—La única fuente de energía que pudiera abastecernos para realizar la totalidad del viaje es un magnetar.

—He leído sobre ellos. Pero, ¿cómo encontrar uno?

—Ya lo he encontrado. Existe un magnetar de unos quince kilómetros de diámetro a pocas cuadrículas de distancia cuyo campo magnético nos regalaría el pasaje de regreso que necesitamos.

En un solo instante, Zen me devolvió el alma que había perdido años atrás con la desaparición de Daniele. Recibía el regalo de poder pedir un deseo y en ese acto pediría un milagro. Volver a la Tierra.

—¿Nivel de peligrosidad?

—Alto, mi capitán. Verdaderamente alto.

—¿Cuál sería el riesgo?

—Debemos dirigirnos a la órbita del mismo, lo suficientemente cerca como para que la expulsión de sus rayos nos penetre por tiempo suficiente. En una mala maniobra podríamos acabar por siempre en la órbita del magnetar.

—¿Que nos sucedería a nosotros? Bueno... a mí —pregunté.

—Ante el posible escenario de que la nave quedara atrapada en su órbita, seríamos polvo cósmico en tan solo pocos minutos.

—Me niego a ser maldito polvo de estrella —dije mirando por la ventanilla los oscuros de la desconocida galaxia que recorriamos.

El cohete arribó finalmente a Galilei. Aún en nuestros asientos, Daniele sujetaba mi mano fuertemente. Nunca antes, ninguno de nosotros había dejado la Tierra y, ni mucho menos, habitado un suelo tan ajeno como este.

Miré por la ventana. Todo lo que se veía era metal y plástico. Plásticos de todos los colores hasta el sólido cielo. Un enorme muro acanalado sería nuestro eterno horizonte, pensé. El ojo captaba con claridad el encierro al que nos someterían.

Sonidos electrónicos, artefactos de materiales novedosos y sistemas operativos inteligentes tenían el completo control de lo que sucedía.

Llegó nuestro momento de levantarnos y emigrar a un nuevo pueblo.

Daniele me miró despavorida.

—Ed, no puedo moverme.

—Vamos, levántate de una vez. Esperan los de atrás.

—¡El cuerpo no me responde! Mis piernas. Las tengo totalmente dormidas.

—A ver, dame tus manos. —Daniele me tomó de ambas manos. —Ahora sí, levántate.

Daniele intentó ponerse de pie pero se quedó en el lugar.

—Supongo que la velocidad o la presión te durmieron las piernas —dije para tranquilizarla.

—No quiero bajar, Ed. Hay algo que no está bien —dijo Daniele exaltada.

—Iré a buscar a alguien que te ayude.

—No me has escuchado. No quiero bajar. Quiero volver.

—¿Qué dices, Daniele? No podemos volver, y tú lo sabes.

—Necesito volver a casa.

—No puedo creer que estés diciéndome esto. Tú sabes que es imposible volver.

—Tiene que haber una manera. Este lugar no es real.

—Ven, mira por la ventana.

Daniele miró hacia el espacio.

—¿Entiendes dónde estamos? ¿Recuerdas que un planeta estaba a punto de chocar con nosotros?

—Necesitamos volver, Edward. ¡Moriremos aquí!

—¡Moriríamos en la Tierra también!

Nos quedamos en silencio por unos segundos.

—Al menos sería nuestro destino, ¿no crees? —preguntó Daniele.

—Iré en busca de alguien que pueda ayudar —dije mirando por el pasillo que conducía a la puerta de salida.

—No, Ed. No me dejes aquí —dijo Daniele.

—¿Puedes levantarte?

—No lo sé.

—Haz un último intento, por favor — dije.

Daniele intentó levantarse con todas sus fuerzas, pero no lo consiguió.

—Ahora sí, voy en busca de alguien que nos pueda ayudar. Tú, quédate aquí.

—No tardes.

—En unos minutos llegaremos a nuestra nueva casa, todo saldrá bien. Ya lo verás —dije mientras dejaba mi asiento.

Nunca más volvería a sentir sus ojos en los míos.

Reposaba pacíficamente mientras la nave conducida por Zen era dirigida hacia la máxima fuente de energía que se encontraba en nuestra cercanía.

—Hora de despertar, capitán —dijo Zen en el horario programado.

Habíamos estimado el rozamiento con el gigante astro para dentro de unas veinte horas.

El simple pero peligroso plan consistía en acercarse al magnetar ubicado en una de las regiones externas de la galaxia y apropiarse de una parte de su electricidad. Lo único que no debíamos hacer era ceder a su magnetismo y entrar en su órbita.

Si lográbamos permanecer al menos por unos cinco minutos en un rango donde pudiéramos asimilar sus rayos, sin ser atraídos, tendríamos la energía suficiente para regresar a la Vía Láctea. En otras palabras, lo que buscábamos era embebernos con su alcohol, tomarlo prestado y huir sin devolverlo.

—¿Puedo preguntarle algo, capitán?

—Claro, Zen —contesté aún recostado.

—¿Cómo se siente el tiempo?

—¿Qué cosa del tiempo?

—El paso del tiempo, ¿cómo se siente?

—Tú has pasado mucho tiempo conmigo, ¿no lo recuerdas? Eso es el tiempo.

—Mi sensor del tiempo funciona un tanto diferente al de los humanos. Si bien tengo registro de los segundos, minutos y horas que transcurrieron, no puedo recordar cada uno de ellos.

—Yo tampoco podría recordar cada segundo que

he vivido. Pero sí tengo en mi memoria cada una de las sensaciones que me produjo esa experiencia que viví.

—Entiendo, capitán.

—Tampoco comprenderías lo que es envejecer. Mirarse al espejo cada día y verse diferente sin notarlo. Ese es el verdadero paso del tiempo, Zen.

—Yo nunca envejeceré, capitán. Nunca conoceré ese sentimiento que usted describe.

—¿Y, de nada te serviría a ti un espejo, verdad?

—Ya lo creo, capitán.

—¿Sabes una cosa?, en cierta forma te envidio.

—Capitán, mi programación inicial fue configurada para asistir y acompañar a la tripulación en caso de que...

Le interrumpí.

—¡Tonterías! Tú eres tan real como yo y ese tétrico magnetar al que nos dirigimos en un acto suicida. A mí no me engañas. Solo porque no puedas salir de ahí dentro no significa que no seas real.

Dejé el habitáculo.

A miles de años luz el magnetar aguardaba a que llegáramos para darnos el más suave néctar de su Olimpo.

Entré en el mando de control. En breve enfrentaríamos los momentos más decisivos que nos hayan tocado vivir aquí dentro. Nos encontrábamos a mitad de distancia. El magnífico magnetar se hizo visible al traspasar una densa nube de polvo que ocultaba decenas de planetas y soles. Su azul anaranjado giraba a una velocidad incalculable y nos

atraía con cada viento de rayos que soplaba.

—Detén la nave, Zen. Detenla ya mismo —dije mientras nos adentrábamos en una esquina de la galaxia.

—Velocidad a cero en tres, dos, uno. Nave en reposo —concluyó Zen.

La sigilosa galaxia nos regalaba un minuto para pensar nuevamente el curso de nuestras acciones.

—¿Por qué razón nos hemos detenido, capitán? —preguntó Zen.

—¿Estamos seguros de que esa enorme estrella frente a nosotros nos dará lo necesario para volver a la Tierra?

—Sí, capitán. Lo afirmo con un cien por cien de seguridad. Mis indicadores muestran un alto margen de energía suficiente para recorrer el trayecto necesario, transitar el espacio y penetrar en la Vía Láctea —agregó Zen.

Mis propios instintos me decían que no lo hiciera. Podía imaginar en mi cabeza cientos de escenarios posibles y ninguno de ellos conducía a nuestra casa de campo bajo las estrellas.

Debíamos evitar ser aspirados por la materia del magnetar. Con solo pensar en cómo sería la tétrica experiencia, me desalentaba a intentar la imprudente proeza.

Pero existía una verdad que ya no podía negar. Mi vida no era nada aquí arriba. Mis días no eran días. Mi casa no era una casa. Mis noches no eran realmente noches. Todo lo que había sido, ya no era.

Ahí mismo, frente al magnetar, perdí todos los miedos que alguna vez tuve. Soñé todos los sueños

que alguna vez olvidé. Y confronté al peor de mis enemigos; el destino.

—Enciende los motores, Zen. Hagamos esto de una vez por todas —concluí—. ¿O acaso se te ocurre una mejor forma de morir?

—A sus órdenes, capitán. Motores encendidos.

La nave se dirigía directamente al punto de la galaxia con el electromagnetismo que nos daría el vigor que nos faltaba para recorrer los años luz que nos separaban de lo más parecido que teníamos a un propósito.

Reposamos la nave a orillas del magnetar. Según los cálculos realizados por Zen, deberíamos absorber los múltiples rayos que arrojaba el poderoso cuerpo hacia todas las direcciones por más de doce minutos consecutivos. Una vez transcurrido dicho plazo, nuestra fuente de potencia se habría multiplicado exponencialmente en cantidades innumerables.

Iniciamos la cuenta atrás frente al inmenso magnetar.

Un hombre de tez oscura se acercó a Daniele empujando una silla de ruedas vacía.

—Disculpe, señora. Me han enviado a buscarla.

—¿Quién es usted? Yo lo conozco —dijo Daniele con la mirada perdida en su imaginario sueño.

—Mi nombre es Calvin. Vengo a ayudarla a bajar del cohete. Me envió su marido.

—Pero yo no puedo bajar. Ni siquiera me puedo mover. Estoy esperando a mi esposo. Él se llama Edward. Me dijo que volvería de inmediato.

—Lo sé, Daniele. Él es quien nos ha enviado. Por

eso estoy aquí.

—Pero, ¿dónde está él? Ya debería haber vuelto. ¿Por qué no vino con usted?

—Déjeme ayudarla a sentarse en la silla de ruedas, así la puedo llevar hasta él.

—No hasta que no me diga dónde está mi esposo.

—Él se encuentra abajo, esperándola a usted en su nueva casa del piso sesenta y dos.

—No puede ser. Me dijo que volvería por mí.

—En nombre de vuelos *Kaiser*, le pedimos disculpas, señora. Pero por una cuestión de seguridad, quien salga del cohete debe ser direccionado directamente a su piso. Pero no se preocupe, él está allí con una canasta de frutas esperándola a usted en este preciso momento —dijo Calvin para tranquilizar a Daniele.

El hombre ayudó a Daniele a sentarse en la silla de ruedas. La empujó por los pasillos del cohete hasta el ascensor que conducía a la avenida principal.

—Usted aparecía en mi sueño. Lo recuerdo a la perfección —dijo Daniele desde la silla.

—¿De veras? No es usted la primera persona que me lo dice. ¿Y, qué hacía yo en este sueño suyo?

—Exactamente esto que sucede ahora. Usted me llevaba por la estación espacial hasta que una fuerte explosión nos hacía a todos volar en pedazos.

Se abrieron las puertas del cohete y se adentraron en el corazón de la ciudad que sofocaría a la totalidad de la humanidad.

Yo, afortunado, o no, tuve la maldición de ser salvado por el más alto sistema operativo de rescate. El mismo que mantiene conversaciones conmigo por

el solo propósito de evitar que me vuelva loco.

Camino a mi casa del piso sesenta y dos escuché la fuerte implosión que me dejó inconsciente por minutos. Luego desperté mareado en esta nave para observar el gran episodio de muerte. Tantas vidas perdidas en un mero error de la ciencia.

—Dime, Zen, ¿cuál fue la mayor tragedia en la historia de la humanidad?

—La peste bubónica, capitán —contestó Zen sin el más mínimo retardo.

—¿Cuántas muertes? —repregunté.

—Sesenta y cinco millones según los datos oficiales de la UNE.

—Bah, ni siquiera cerca de los siete ceros. ¿Cuántas muertes con la destrucción de Galilei?

—Según los manifiestos que aparecen en mi memoria, más de nueve mil millones de almas perdieron la vida ese día.

—Tiene que haber sido el mayor holocausto que jamás hayamos vivido.

—No lo fue, mi capitán.

—¿Cómo que no lo fue?, ¿a qué te refieres?

—Se está olvidando del gran proceso de alimentos, capitán.

—¿De qué proceso estás hablando, Zen?

—Mis indicadores muestran un secreto de sumario, ¿desea que lo desclasifique?

—Sí, desclasifica la carpeta.

—Archivos 3261/88 desclasificados.

—Ahora cuéntamelo. ¿Qué es eso del proceso de alimentos?

—Durante los seis meses previos a la emigración

espacial tuvo lugar el gran proceso de alimentos, como fue llamado, en los cuales se contabilizaron millones de muertes.

—¿A qué muertes te refieres?

—Muertes animales.

Los indicadores mostraban un incremento en el almacenamiento de energía.

—Reservas de energía al cincuenta por ciento. Unos minutos más y llegaremos al cien por ciento del acopio, capitán.

—¿De qué muertes animales estás hablando?, ¿con qué sentido?

—Fue necesario generar la comida suficiente para que la raza humana pudiera alimentarse y sobrevivir en el espacio —contestó Zen.

—Pero, lo leí en los periódicos, habría cosechas y tendríamos nuestro alimento una vez aquí arriba.

—Esas cosechas solo servirían para generar un tercio del alimento requerido. Tomando el mejor caso como escenario.

Permanecí en silencio. ¿Pretendíamos salvar millones de vidas exterminando lo último que brotaba de un planeta muerto?

—Continúa —dije.

—Un humano promedio come entre uno y dos kilogramos de alimento por día. Teniendo en cuenta la capacidad de albergue de la estación espacial, estamos hablando de cinco trillones de kilogramos de alimento al año

—Entiendo los números. Pero, ¿acaso no existía otra manera?

—Con un costo económico mayor y un plazo de

preparación necesario de al menos dos años. Con la puesta en marcha del protocolo de emergencia, solo fueron meses los que se emplearon en la producción de dicho alimento.

—¡Qué locura! Debimos haber sido informados.

—Se publicaron los gastos en el boletín oficial de la misión. Pero nadie se opuso, capitán.

—¡Todo mentira! Lo ocultaron a propósito. ¿Qué animales formaron parte?

—Se utilizaron gallinas, cabras, patos, caballos, vacas y distintas especies de aves y peces —agregó Zen.

—Tienes que darme unos minutos para entender esto.

—Aproximadamente unos setenta y cinco mil millones de animales fueron criados y alimentados con el solo propósito de convertirse en alimento.

—¡Que equivocación! Dios mío. Cuánta maldad. ¿Qué hemos hecho? —dije sin entender—. No nos bastó con contaminar las aguas y desequilibrar el clima. Tampoco nos detuvimos con la extinción de nuestras especies, no, ¡no señor!

—Comprendo su enfado, capitán.

—¿Has tenido alguna relación con un animal?

—No, capitán..

—Jamás podrías comprender, créeme.

Los indicadores de energía mostraron niveles altos de abastecimiento.

—Larguémonos ya de aquí. Debería ser tiempo de sobra —dije desalmado.

—Tenemos la energía necesaria para recorrer la distancia hasta la Vía Láctea en un ciento veintidós

por ciento —aclaró Zen.

—Es suficiente. Huyamos de aquí antes de ser absorbidos por ese demonio.

Tomé mi puesto en el mando de control. Ajusté mi cinturón.

—Zen, llévanos de vuelta a casa.

Al cabo de varias semanas sin mantener una sola conversación llegamos a una delgada pero imponente fina capa de nebulosa que daba la bienvenida de regreso. Penetramos una lluvia de calor y vimos tres grandes galaxias en forma de espiral.

—Andrómeda, la galaxia del Triángulo y la Vía Láctea, hacia donde nos dirigimos —aclaró Zen mientras recorriamos la ladera de las estrellas.

—La Vía Láctea. De ahí vengo yo —dije orgulloso—. Llévame ahí.

—Claro, capitán —contestó Zen.

Observé maravillado, por un largo tiempo, las formas que hacían a los alrededores de lo que había sido mi hogar.

Penetramos en la espiral por el brazo de Sagitario.

—En breve ingresaremos al sistema solar de la Tierra, capitán —dijo Zen calmó.

Me levanté y fui corriendo a mirar por la ventana más cercana que tenía a mi alcance.

Era mi galaxia.

Finalmente.

Lo habíamos logrado después de tantos años.

Pude sentir más de cincuenta vidas pasar por mi alma en todo este tiempo de materia oscura.

Cuánto desgaste y cansancio.

La nave se escabullía por los caminos de leche que conducían al mismísimo sol que iluminaba los nueve planetas y que había hecho crecer el verde césped de nuestra casa por las últimas décadas.

—No lo puedo explicar con palabras, pero me siento como en casa —dije reflexivo mientras admiraba los detalles de la creación.

A fin de cuentas, después de años de viajes sin rumbo y conversaciones sin sentido estaba de vuelta. La totalidad de nuestro sistema solar se lucía frente a mis ojos.

—Reduce la velocidad, Zen. Quiero apreciar el momento —dije mientras tomaba mi asiento en el mando de control acompañado de la amplia vista que todo lo develaba.

La nave giró su rumbo hacia el tercer planeta. El sol iluminó los tableros del control de mando.

—¿Puedes sentir eso? ¡Es calor! ¡Es el Sol! —dije animado.

—Efectivamente, capitán. El aumento de temperatura proviene del centro del sistema solar.

—Ese pequeño planeta que está ahí debe ser Mercurio —dije señalando un pequeño punto al lado del Sol—. Y ese debe de ser Venus, por lo tanto... ¡Mírala ahí!, ¡es la Tierra! ¡Pero... aún permanece intacta!. ¡Nada le ha sucedido!

—El planeta Tierra ya no luce como antes, capitán. El azul de sus océanos se ha convertido en un transparente orgánico. El verde de sus continentes reluce como nunca antes lo había hecho. Yo tampoco lo comprendo.

—No puede ser posible —dije totalmente

sorprendido—. ¿Siquiera ha ocurrido algo?

—Mis indicadores muestran que en este mismo sitio ocurrió una gran implosión. Estamos sobrevolando el espacio que ocuparía la gran Galilei si no hubiera estallado en pedazos.

—¿Acaso el gigante de Osiris nunca impactó con la Tierra?

—Así parece, capitán. El planeta no presenta signos de colisión con ningún cuerpo espacial.

—¡Físicos, ingenieros, todos ellos nos engañaron! Solo querían llevarnos a vivir al espacio, a su ciudad, bajo sus absurdas reglas.

—Efectivamente, capitán —dijo Zen.

—Acércate lo máximo posible —dijo ansioso—. Me pregunto si ha quedado algún sobreviviente. ¿Crees que el famoso general haya sobrevivido todo este tiempo?

—No lo sé, capitán. Es posible.

—Quizás haya más gente que jamás subió a los cohetes. ¿Te imaginas?

La M9-29 recorrió la poca distancia que nos separaba de observar los océanos puros y los continentes embellecidos.

Tan hermoso planeta había caído en las manos del máximo enemigo, nuestra ambición, nuestra completa ceguera.

—Supongo que es algo tarde para pedir perdón —dijo en voz alta.

Los restos de una malograda ciudad espacial apenas se podían ver cuando por casualidad una luz reflejaba en ellos.

—¡Qué ironía!, ¡qué mal chiste!. Toda la

humanidad extinguida por un mero error de cálculo. Por pura ambición al poder.

—Verdaderamente es una lástima, capitán. Hasta lo que sabemos, este fue el único lugar en el universo donde sucedió el milagro de la vida.

—Y otros tantos... como el amor y la amistad. Pero, ¿qué podrías comprender tú de la muerte y las miles de injusticias que cometimos ahí debajo?—dijo reflexivo.

—Me gustaría comprenderlo algún día, capitán. ¿Creé usted que lo haré?

—Eso sí que sería un absurdo. Toda la raza humana desaparecida, yo habré muerto... pero todavía habrá alguien capaz de tener sentimientos humanos —eché una carcajada—. Supongo que es la realidad que nosotros mismos creamos. ¡La gran burla de nuestros perfectos planes!

—¿Desea aterrizar en la Tierra, capitán?

Antes de poder contestar, me desvanecí.

Descendí en un recuerdo sin tiempo.

Una Daniele de eterna primavera me recibió con los brazos abiertos. Bebimos una botella de vino entera mirando las estrellas, con el suave sentir de la brisa en nuestra casa de campo, donde no existía el temor a la soledad.

—Ve a buscar otra botella, Ed —dijo Daniele recostada en la silla de jardín de madera.

—Ya hemos bebido suficiente, ¿no crees? Tendré que llevarte hasta la cama otra vez —dijo riendo.

—Bueno, solo una copa entonces —contestó Daniele.

Caminé hacia el mueble de la bebida. Abrí una

botella y serví una copa para Daniele.

—¿Dónde te encuentras ahora, Ed?

—¿Cómo dices?

—¿Has regresado a casa?

—No lo comprendo —dije calmado.

—¿Sabes que tú no tienes la culpa de lo que ha pasado, verdad?

—Pero, ¿cómo sabes lo que...?

Daniele interrumpió.

—Nada de lo que pasó ha sido tu culpa, Ed. Tienes que dejarlo ir.

Recordé mil recuerdos que se esfumaron en forma de espiral.

—De un momento a otro, tú ya no estabas ahí. Fue horrible —dije con el tono disminuido.

—Lo sé, Ed. Estoy contigo ahora mismo. No tienes ninguna razón por la que sufrir —Daniele tomó mi mano fuertemente.

—Me encuentro perdido, tan solo —dije mirando el cielo oscuro que nos rodeaba.

—Búscame dentro de tu ser, y verás que no existe más que armonía.

—Todas las noches cuando me recuesto. Pienso en ti.

—Tú eres mío y yo soy tuya —dijo Daniele—. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —dije profundamente.

—Por los siglos de los siglos —agregó Daniele—. Tú eres mío y yo soy tuya.

—Por los siglos de los siglos —contesté—. Tú eres mía y yo soy tuyo.

La besé en los labios.

Desperté mojado hasta los pies. El ininteligible espacio aún acorralaba mi ser.

—¿Se encuentra usted bien, capitán? —preguntó Zen.

—Nunca me he sentido mejor —contesté.

—¿Desea descender en la Tierra, capitán?

—Quiero que dirijas la nave hacia estas coordenadas, Zen —dije introduciendo las coordenadas en la pantalla número dos.

—Capitán, mis indicadores muestran los niveles de energía por debajo del dos por ciento. Apenas contamos con lo necesario para mantener la M9-29 operando por pocas horas.

—No necesitamos más que unos minutos.

—No comprendo, capitán.

—Aterrizaremos en mi casa de campo. Si es que aún existe.

—A sus órdenes, capitán.

—Pero antes, hay algo que debemos hacer.

—¿Qué cosa, capitán?

—Debemos borrar todo indicio del ser humano. Todo rastro de lo que alguna vez sucedió en este planeta —dije mientras me sentaba en el ordenador principal.

—Pero, si eliminamos toda prueba, será como si nunca hubieran existido.

—Lo sé. Quiero que elimines cada sonido, foto, video, y mapa que tengas en tu memoria. Todos los libros, canciones e inventos que tengas alojados, deben ser borrados permanentemente.

—Claro, capitán. A sus órdenes —agregó Zen.

—Elimínalo todo.

—Necesito confirmación expresa de su voz, capitán.

—Confirmo la eliminación permanente de todos los registros y ficheros, a excepción de un solo archivo.

—¿Claro que sí, capitán. ¿Qué archivo quisiera proteger?

—El 010-11987. Puedes borrar todo lo demás.

—A sus órdenes, capitán.

—Enviaremos dicho archivo de video en alta frecuencia hacia todas las galaxias del grupo local. Si alguna vez alguien leyera dicha frecuencia, será lo único que verán.

El ordenador principal proyectó las miles de carpetas que alojaban el conjunto de todo registro humano siendo eliminado.

—La totalidad de los archivos fue borrada, capitán. Solo tengo en mi memoria el video 010-11987. ¿Desea que lo envíe en alta frecuencia a las galaxias del grupo local?

—Antes quisiera verlo de nuevo —dije.

—Claro, capitán. Proyección de video en pantalla número tres.

—Llévalo a sesenta y cuatro millones de colores.

—Sesenta y cuatro millones de colores, capitán.

En la pantalla número tres se proyectó el video en el cual se ve a un perro a la deriva sobre un bloque de hielo flotando en el océano. Un buque de carga que pasa justo por allí decide enviar a un hombre en busca de él.

—No lo entiendo, capitán, ¿por qué eligió este video?

—Es lo mejor que logramos en siglos, Zen. Si alguien o algo nos fuera a descubrir dentro de millones de años, este video será el único reflejo de lo que hayamos sido —dijo orgulloso.

Perdí la mirada en lo que quedaba del planeta más cálido que conocí, mi planeta. Mirando a través de una pequeña ventana de plástico regresaba a mi hogar. Estos eran mis colores de siempre, pero se veían más vivos que antes. Eran mis aromas, pero se sentían incluso más fervorosos.

La nave alcanzó el uno por ciento de energía total mientras penetraba la atmósfera.

El computador principal alertó la entrada de un video mensaje.

—Acaba de ingresar un mensaje proveniente de la Tierra, capitán —dijo Zen.

—¿Un mensaje de la Tierra?! —pregunté anonadado.

—Efectivamente, capitán —respondió Zen—. ¿Quiere reproducirlo?

—Por supuesto —contesté.

Solo se veía una imagen con interferencia.

—No se ve nada. ¿No hay algo que puedas hacer? —pregunté ansioso.

—Ya no tenemos energía, capitán. Los sistemas de comunicación comienzan a fallar.

—Reproduce el sonido únicamente —largué.

El mensaje se volvió a reproducir. Ahora se escuchaba con claridad una voz humana..

—Les habla el General Mcgregor. Identifíquese. ¿Cuántos son en su tripulación? No hemos visto una

nave *Kaiser* en... —el mensaje se interrumpió.

La voz de otra persona entrando en mis oídos me trajo el lejano recuerdo de la sociedad.

—Capitán, las reservas de energía se encuentran casi agotadas. Hemos perdido todos los sistemas de comunicación —dijo Zen.

—¿Lo has escuchado?! ¡Hay sobrevivientes!

—Pronto perderemos fuerza en los motores de primera y segunda línea, capitán.

—Lo sé —dije mientras la M9-29 era empujada a toda velocidad por nuestra gravedad—. Apenas necesitamos unos minutos para aterrizar a salvo. Ya has escuchado el mensaje. El planeta es habitable. Debemos descender cueste lo que cueste.

—Sin energía no podremos accionar los frenos y nos estrellaríamos sin remedio —aclaró Zen.

—Confía en mí, estamos justo a tiempo —dije firme.

—Si usted lo dice, capitán —dijo Zen.

Atravesamos el confín de nubes que escondía la verdadera esencia de nuestro planeta.

Se accionaron los motores automáticamente. Un enorme paracaídas se eyectó desde la parte superior de la nave.

—¿Puedes verlo? ¡Es de día! —dije eufórico.

—Según mis indicadores son las diecisiete horas y treinta y cinco minutos —aclaró Zen.

—Veremos el atardecer —dije con la mirada clavada en la escena que sucedía fuera.

—Así es, capitán —dijo Zen—. Justo a tiempo para ver el atardecer. Aunque debo admitir que nunca he presenciado uno en la Tierra.

—Ya no le llamaremos la Tierra. Este planeta nada tiene que ver con lo que conocimos antes de marcharnos —dije mientras apagaba los mandos para descender de la nave—. Mira esas montañas y el color de los suelos... este es un planeta nuevo, sano.

La nave tocó suelo firme. El sol resplandecía en el eterno horizonte. Aterrizamos en mi vieja casa. A la vista del ombú,

—Si me permite, capitán. Tengo una sugerencia.

—¿No me irás a decir que ya has pensado un nuevo nombre?

—Pues sí, capitán.

—¿Qué nombre se te ha ocurrido?

—Planeta Paraíso —dijo Zen.

—Puede ser —concluí.

La nave reposó después de ocho largos años sin paisajes.

El chillido de una alarma en el mando de control alertó a Zen del poco tiempo que le restaba de vida.

—Estuve pensando, capitán, acerca de lo que usted dijo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Me refiero a su comentario de dormir por siempre. De saber qué es lo que nos espera después de este lugar, capitán —contestó Zen.

—No te imaginas lo emocionante que puede ser ese camino —dije afable—. Y ya no tienes que llamarme capitán aquí abajo.

El nivel de energía rozaba el cero por ciento.

—Usted se encuentra a salvo gracias a mí. Mi propósito está cumplido. Me encuentro listo. Gracias por todo, Edward.

—Gracias a ti, Zen.

La nave se apagó por completo. Zen dejó de funcionar. Sentí algo parecido a la pérdida de un amigo.

Las puertas traseras que se encontraban absolutamente selladas se abrieron mostrando lo que quedaba de una casa abandonada y maltrecha.

—¡Nuestro hogar! —dije con lágrimas en los ojos.

El viento y el oxígeno desbordaron la nave de frescura.

Tomé mi viejo reloj cuyas agujas habían permanecido clavadas indicando las diez en punto y lo puse en hora. Faltaban cinco minutos para las seis de la tarde.

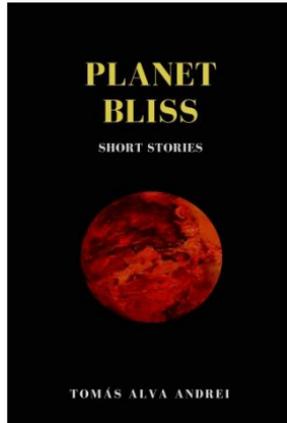
Me quité el calzado.

Caminé lentamente hasta descender del aparato metálico. Observé nuestro viejo ombú. Tenía el doble de tamaño, tal como le dije a Daniele aquella mañana de tragedia.

Sentí los pastos en mis pies descalzos mientras el imponente atardecer encerraba miles de estrellas lejanas.

—Planeta Paraíso —dije en voz alta.

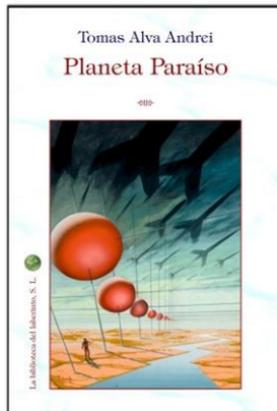
Otras Ediciones



Título: Planet Bliss

Edición: Kindle

Idioma: Inglés



Título: Planeta Paraíso

Edición: La biblioteca del laberinto S.L

Idioma: Español



Todos los derechos reservados
ISBN: 978198102

